

de LEONID ANDRÉIEV

# SASCHA YEGULEV

HISTORIA DE UN ASESINO



Lectulandia

*(...) fue su muerte solitaria y terrible. Le dieron sepultura junto con malhechores y asesinos, cuyo destino había compartido por propia voluntad; murió maldito de los hombres, y nadie puso una cruz sobre su tumba desconocida. (...)*

*Sascha Yegulev* es una de las más bellas novelas de la literatura rusa y la de mayor aliento de su autor, Leonid Andréiev. Obra maestra sobre el alma humana, la fuerza inexorable del destino y la inmensa tragedia que acecha y ensombrece la vida de los seres más nobles.

**Lectulandia**

Leonid Andréiev

# **Sascha Yegulev**

**Historia de un asesino**

ePub r1.0

Titivillus 17.10.16

Título original: *Sashka Zheguliov*  
Leonid Andréiev, 1911  
Traducción: Julio Figueroa  
Diseño de cubierta: Primo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**PRIMERA PARTE**  
**SASCHA POGODIN**

*El mérito consiste en estar predestinado a la salvación.*

**LIBRO DE JOB**

## LA FUENTE DE ORO

**E**l amor, como el llanto, aspira a ser correspondido. Cuando el alma de un gran pueblo sufre, todos sus miembros acusan el dolor, los espíritus inquietos se agitan y los de corazón noble e inocente van al sacrificio.

Así le sucedió a Sascha Pogodin, joven bello y puro. La vida le había señalado como víctima en el altar de la pasión y sus dolores, y él abrió su corazón a las llamadas misteriosas, incomprensibles para los demás; llenó hasta los bordes la copa de oro con la sangre de su inmolación.

Triste y sensible, amado por todos a causa de la belleza de su rostro y la pureza de sus pensamientos, unos labios sedientos bebieron su sangre, y murió muy joven, y fue su muerte solitaria y terrible. Le dieron sepultura junto con malhechores y asesinos, cuyo destino había compartido por propia voluntad; murió maldito de los hombres, y nadie puso una cruz sobre su tumba desconocida.

¿Quién cierra los ojos de un asesino? Seguirán abiertos, mirando fijos a las tinieblas, hasta el gran Día del Juicio Final. ¿Quién osaría cerrar los ojos de Sascha Yegulev?

Pero su madre vive, y su madre le llama:

—¡Sascha, mi Sascha querido!

## INFANCIA DE SASCHA

Sascha Pogodin no tuvo, al parecer, eso que suele llamarse una infancia luminosa. Aunque era un muchacho como todos, su memoria no conservaba ningún recuerdo de ese sentimiento particular de serenidad, de inocencia y alegre desenfado tan propio del inicio de la vida. Podría decirse que no había nacido como los otros niños, sino que había despertado de un sueño: un viejo que se durmiera con el alma hastiada y cargada de pecados y se despertara niño, habiendo olvidado lo que fue antes. Un sentimiento de cansancio, y de indescifrable confusión, pesaba, abrumador, sobre los primeros días de la infancia de Sascha. En cierta ocasión, cuando la familia estaba en San Petersburgo y aún vivía su padre, Sascha se acercó a su madre y se lamentó con voz sorprendentemente seria:

—¡Si supieras, mamaíta, qué cansado estoy!

—Eso es que has corrido mucho —repuso la madre.

Acababa de ver a Sascha jugar con los demás muchachos por aquel patio enorme, lanzando gritos belicosos.

—No hay que correr tanto —añadió—; así no te cansarás. ¡Mira qué sucio te has puesto!

—¡No, no es eso!

—¿Entonces, qué es? ¿Qué te pasa?

—Estoy cansado, sencillamente. ¿No lo entiendes?

En aquel momento, Helena Petrovna miró a su hijo a los ojos, como si fuera la primera vez que lo viese, y se asustó. «Se me morirá de escarlatina», pensó; pues en esa época la escarlatina hacía estragos entre los niños.

Pero la epidemia cesó pronto, Sascha estaba sano, crecía bien, era fuerte, al igual que su hermana, que parecía una flor tierna y sólida, sobre un tallo flexible. Pero la expresión de los ojos de Sascha, que tanto había alarmado a su madre, permaneció en ellos y ya no desapareció.

Como su hermana menor, Sascha era extraordinariamente risueño. Su padre, el general, explotaba a veces esta debilidad. Con frecuencia elegía el momento en que Sascha tenía la boca llena, para decir expresamente alguna gracietta. El muchacho hacía grandes esfuerzos para no reír, inflando los carrillos, pero acababa por estallar en carcajadas, derramando el té sobre el mantel; enseguida se refugiaba en la habitación próxima, para seguir riendo a sus anchas. El general reía también a carcajadas, y cuando Sascha volvía, la madre posaba en él una mirada inquieta, mientras pensaba: «Morirá en la guerra». Sascha, en aquella época, estaba estudiando en la Escuela Militar, siguiendo los deseos de su padre.

Tras la muerte del general, Helena Petrovna sacó a Sascha de la Escuela Militar, probablemente atemorizada por el hecho de perder a su hijo en la guerra —temor que nunca la abandonó—. A continuación, tras algunas dudas, vendió parte de sus bienes y enseres, y se trasladó con sus hijos a su localidad natal, donde había vivido durante

los tres primeros años de su matrimonio.

La madre de Sascha era una mujer inteligente y tenaz. Creía que en la vida apacible de una ciudad de provincia su hijo estaría más seguro que en la gran ciudad, agitada, febril y pervertida. Su pueblo apenas había cambiado en aquellos años, y, al volverlo a ver, la señora Pogodin no se sintió decepcionada. Tejió en torno a sus hijos un silencio imperturbable. Sascha ya no suscitaba en su madre ninguna idea sombría o dolorosa; además, al sustituir la guerrera militar por el uniforme de colegial, se había convertido en un joven como todos los demás. Daba gusto verle con su gabán, que le llegaba hasta los tobillos. Podrá parecer extraño, pero aquel abrigo demasiado largo, relleno de algodón y tan tieso que parecía almidonado, ejercía sobre la señora Pogodin una influencia tranquilizadora; cuando veía a su Sascha por la calle, con su largo gabán y sus chanclos, se decía sonriente:

«¡Y pensar que estaba tan asustada! No, nada hay que temer. ¡Qué lástima que no pueda verle el general!».

Se imaginaba que el general —llamaba así a su esposo, aun después de muerto— compartía también sus temores.

Pero en aquel momento sentía una tranquilidad gozosa, una dulce esperanza de que todo iría bien, de que no había nada que temer. Esto sucedía cuando Sascha y su hermana Lina discutían por tonterías; por ejemplo, si la lluvia que había caído era mucha o poca. Al oír sus voces agitadas, la madre sonreía feliz, e imploraba a Dios que aquella dicha familiar durara toda la vida.

Los niños reñían muy raras veces. Se amaban con ternura y pasaban juntos días enteros en una intimidad cordial. El amor tan grande que unió a sus padres en otro tiempo, se reproducía en ellos; pero despojado del *carácter* sensual, convertido en un eco lejano, bello y puro. Y cosa extraña: la pequeña Lina, tanto por su físico como por su carácter, recordaba a su padre el general. Era fuerte, robusta, de cara redonda, colorada, alegre y vivaracha. Vehemente en sus pasiones, exigente en sus afectos. Cuando lloraba, no lo hacía en silencio y en un rincón, sino con sonoros sollozos que se dejaban sentir en toda la casa, como gritos de guerra; luego cesaba de repente de gimotear, e inmediatamente se echaba a reír a carcajadas. A pesar del parecido con su padre, tenía algo que no tuvo el general: este, aun siendo un hombre excelente, carecía de talento, mientras que la pequeña Lina estaba extraordinariamente bien dotada; se diría que la llama del genio iluminaba todo su pequeño ser. Cuando tenía entre sus pequeños dedos un lápiz, el papel cobraba vida y parecía reír bajo su mano; cuando posaba aquellos mismos dedos sobre el teclado, el viejo piano de teclas amarillentas se rejuvenecía de pronto y se ponía a cantar alegre. Le gustaba inventar cuentos de hadas, llenos de horror, o anécdotas divertidas.

A su lado, Sascha, retraído, apenas destacaba, y parecía insulso. Externamente tenía un gran parecido con su madre: era pálido y moreno como ella. Helena Petrovna, de origen griego, tenía el rostro fino y atezado, con grandes ojos negros, como rodeados de cenizas apagadas, pero calientes aún. Sascha tenía los mismos ojos



y era más guapo aún que su madre. Cuando se cambiaba de camisa, su madre se sorprendía de verle tan moreno. Sascha, al igual que su padre, no tenía ningún talento. En los primeros años de su vida, la madre hizo todo lo posible para dar a cuanto le rodeaba un hálito de belleza: y aquella falta de talento de su hijo le parecía una gran desgracia, como si hubiera sido ella misma la culpable de este defecto.

—¡Ah, Sascha, ni siquiera tienes oído para la música! —le reprochaba, sintiendo ella misma la injusticia de la recriminación—. ¿Ves cómo toca el piano Lina?

La pequeña Lina agitaba desesperadamente las manos y gritaba con voz dolorosa:

—¡Ah, querida mamá, es terrible! ¡No tiene ni gota de sentido musical! Como este farol... Procuro enseñarle algo, pero es inútil: ni siquiera sabe tocar el «Vals de los perros».

—El «Vals de los perros» lo sé —replicaba tranquilamente Sascha, sin levantar los ojos, negros y como envueltos en cenizas.

—Sascha, ¡eso no es cierto! —protestaba, indignada, la pequeña—. Tocas ese vals de tal modo que ningún perro querría bailar al son de tu música.

Helena Petrovna, pese a su ingenio, tenía muy poco talento musical. No había sido capaz de aprender a tocar más que «Trendibrendi», un fragmento de opereta muy corto, ingenuo y simplón como los primeros ensueños de la infancia. Se sentía muy satisfecha al ver que a Sascha le gustaba aquella cancioncilla, y el niño le pedía siempre que la tocara. En aquella música sencilla y sin pretensiones, descubría una importancia misteriosa. En cuanto a Sascha, aquella canción facilona se convirtió, para él, más tarde, cuando el huracán de los acontecimientos terribles lo arrastró consigo y sintió dolorosamente todo el horror del aislamiento, en una plegaria, un manantial de puro dolor, de dulces recuerdos penosos de lo irremediamente perdido.

Pero así como el ojo humano no ve en los primeros momentos más que las cosas iluminadas por el sol, y solo más tarde percibe, con asombro jubiloso, los tesoros ocultos en la oscuridad, así también a primera vista las gentes encontraban a Sascha pálido e insulso, si lo comparaban con su hermana. Pero todo cambiaba cuando reparaban en los ojos del niño; desde este instante, comenzaban a escucharle con atención y a atribuir una importancia particular a cada una de sus palabras. Pero Sascha ocultaba celosamente su mirada profunda, como si presintiera toda la trascendencia y gravedad del misterio que se escondía detrás de aquella mirada; fijaba siempre la vista sobre la silla en que estaba sentado o sobre sus manos. Helena Petrovna conocía bien este modo de ser de su hijo, y, en su orgullo maternal, trataba de hacerle levantar los ojos para que la gente pudiese verlos.

—¿Te duele la cabeza? —le preguntaba de pronto.

Sabía que esta pregunta inesperada le haría abrir mucho los ojos, y que luego, pasados algunos segundos, respondería a su vez con extrañeza y sonriendo:

—¿Por qué? No; me encuentro bien.

La madre sabía asimismo que los que vieran los ojos y la sonrisa de su hijo

pensarían: «Pues es muy interesante este muchacho». Luego, dejando a la encantadora Lina, tratarían de llevarle a una conversación íntima, y, al no conseguirlo, quedarían aún más encantados de Sascha, y al despedirse en el vestíbulo, dirían a Helena Petrovna:

—¡Qué hermosos hijos tiene usted!

—Sí, estoy muy contenta de ambos —afirmaría ella tranquilamente.

Lina estaba también orgullosa de su hermano, y al separarse de él por la noche, le decía con un murmullo que se oía en toda la casa:

—¡Ella está orgullosa de ti! ¡Y yo también!

«Ella», entre los niños, significaba la madre. Al padre, muerto hacía mucho tiempo, le llamaban, siguiendo el ejemplo de Helena Petrovna, «el general».

## PRECEPTOR DISCRETO

**D**esde los primeros días de su llegada a N\*\*\*, Helena Petrovna adaptó su vida para poder alentar las relaciones afectuosas de sus hijos y despertar en sus almas un amor recíproco. Lo más difícil fue encontrar una casa; durante un año entero estuvo sin poder dar con lo que buscaba; por fin, gracias a sus amistades encontró un verdadero tesoro: una casa aislada, con cinco habitaciones, rodeada de un enorme jardín, que más que un jardín era un parque.

Por encima de sus cabezas se cerraban, por todas partes, frondosas bóvedas de ramas verdes, altas e impenetrables.

Aquellas magníficas alamedas hacían pensar en los bosques vírgenes de la Biblia y en el patriarca Abraham.

Durante las lóbregas noches de otoño, el jardín, sacudido por el viento, producía un sonido que parecía inundar toda la tierra. Se diría, también, que las paredes habían desaparecido, y que al pie de la misma cama, en la sombra, comenzara la inmensa Rusia. Ni siquiera la pequeña Lina podía dormir mucho tiempo durante aquellas noches, y se quejaba en alta voz de insomnio, suspirando. Sascha escuchaba el ruido del jardín, hasta el momento en que caía en brazos de un sueño extraño y fantástico; le parecía que su cuerpo se diluía por completo, fundido en la atmósfera, al tiempo que su alma se iba volviendo más vasta y más ancha, a medida que crecía el fragor del jardín y se cernía por encima de las cúpulas vegetales, cubriendo toda la tierra; aquella tierra era Rusia. En aquellos momentos, Sascha experimentaba una sensación de inmensa tranquilidad, de felicidad infinita y de indecible tristeza. Amaba aquellos sueños, en comparación con los cuales los vulgares reflejos de la vida cotidiana resultaban anodinos e insulsos.

Los primeros días, Sascha y Lina, acostumbrados a la vida de San Petersburgo, tenían miedo al jardín y no se atrevían a alejarse demasiado; les atemorizaba, especialmente, cierto edificio sin terminar que había allí. Aquel armazón de adobe se fue cubriendo de cizaña, ortigas y flores rojas; en una de sus habitaciones, donde tenía que haber vivido gente, crecía plácido un abedul, como si estuviera custodiando una tumba.

Pero pronto los niños se habituaron a él. Seguía siendo misterioso para ellos y les causaba inquietud; pero en ella no había ansiedad, sino alegría. Cada uno disponía en el parque de su rincón favorito, inaccesible y defendido como una fortaleza; pero mientras las fortalezas de Lina se hallaban en tierra, al pie de los arbustos, las de Sascha estaban situadas en la altura, sobre los árboles, entre las ramas espesas. Los dos hermanos, no obstante, se visitaban con frecuencia, pero a Lina le daba miedo.

Su vida entera giraba ahora en torno al jardín. Como un preceptor de cuyas miradas y de cuyo rostro arrugado se desprende sabiduría, el jardín educaba a los niños con su silencio y su austeridad. Gracias a él, Sascha conoció el misterio de los anchos caminos, con su encanto punzante, ese encanto de los altos árboles.

Comprendió el carácter misterioso de los dilatados senderos un día en que trepó a la tapia y admiró la senda que se alejaba serena, tranquila, invitando a partir a alguna parte...

Helena Petrovna amaba también el jardín, pero no sabía, por naturaleza, apreciar su misterioso encanto; no pensaba más que en el efecto saludable que produciría el aire libre sobre la salud de sus hijos. Por lo que se refiere a sus almas, quería dotarlas ella misma de belleza, de la que su vida conyugal se había visto privada por culpa de su esposo. Estaba firmemente convencida de que la belleza está íntimamente ligada a la limpieza. Sabía que a los niños les gusta estar sucios, y bañaba a Sascha y a Lina, los frotaba y pulía como diamantes, y acabó por acostumarles a ducharse dos veces al día, mañana y tarde, con agua fría. Pese a que no le gustaban los animales, Helena Petrovna toleraba a la gata con sus gatitos, porque estaba siempre aseada.

—Escucha, Lina —decía a su hija cuando esta se resistía a lavarse—. Mira la gata; se pasa todo el día en el patio, y a pesar del barro y de la lluvia, siempre está muy limpia. Es porque se lava.

La higiene más escrupulosa reinaba en toda la casa. Helena Petrovna había hecho de ella la ley fundamental de su nueva vida. Además, procuraba dar un aire de belleza a todas las cosas que rodeaban a los niños. Bordaba cortinas para las ventanas y para las puertas; ponía flores por todas partes; tapizaba las paredes con telas pintadas en color muy claro, como si las atravesaran rayos de sol.

Fuera, el invierno se hallaba en todo su esplendor; pero en el interior parecía vivirse en primavera o en otoño; las flores se abrían; sobre el suelo encerado se reflejaban los rayos de sol, que inspiraban deseos de jugar con ellos, como hacen los gatos.

La casa de los Pogodin agradaba a todo el mundo. Los niños estaban encantados. Si el jardín les enseñaba la sabiduría, la casa, con toda la armonía que atesoraba, les descubría el gran enigma de la vida humana, sus fines misteriosos y su trágica hermosura.

Lo único que disgustaba a la madre era que la casa estaba situada lejos del centro, de modo que los niños, para ir a la escuela, tenían que pasar por un sucio descampado, donde se celebraba mercado los miércoles y viernes. Venían campesinos de la aldeas próximas, con hierba y haces de leña; y las tabernas no faltaban en ella: la rodeaban por todos lados, como un seto. En el centro había un descuidado estanque en el que nadaba una pareja de patos.

Después de atravesar por primera vez aquella explanada, Lina comenzó a sentir antipatía por los campesinos. En cuanto a Sascha, sentía por ellos una gran curiosidad, aunque al tiempo experimentaba un leve temor. Pero llegó a acostumbrarse pronto; las largas barbas de los campesinos, sus medias pellizas, sus cánticos de borracho, llegaron a gustarle, sin que él mismo hubiera podido decir por qué. Veía que aquellos *mujiks* no se parecían a los demás hombres; se diría que venían de otro país, y precisamente esto era lo que suscitaba en él la curiosidad.

Los domingos, Helena Petrovna iba con sus hijos a la cercana iglesia sacramental de san Juan Bautista. Lina estaba muy guapa con su traje blanco. Sascha, con el suyo de colegial, flacucho, bien educado, tenía también un aire muy distinguido. La madre caminaba por entre la gente, muy orgullosa de sus hijos.

Las viejas mendigas que se colocaban a la entrada del cementerio, miraban con hostilidad a Helena Petrovna. La llamaban, con malignidad, la «generalità». Pero al verla con sus hijos se apresuraban a salir a su encuentro, y con sus voces adulatoras gritaban a coro:

—¡Qué niños tan hermosos! Debe dar gracias a Dios por haberle dado esos hijos.

Helena Petrovna evitaba hacer amistades. De las personas de su clase se apartaba con toda intención, y de las demás, por temor a las habladurías. Además, era muy orgullosa. Pero quienes la visitaban en su casa —que no eran demasiados— admiraban la tenacidad con que iba labrando para sus hijos una vida bella y pura; la voluntad de hierro y la pasión juvenil de aquella mujer, cuya vida iba ya declinando. Y se decían que en el pasado no debió de haber sido feliz y dueña de hacer su voluntad.

Pero ni siquiera los niños sabían que mucho tiempo antes de nacer ellos, durante la primera época de su matrimonio, había vivido un drama terrible y poco corriente. Sascha no era su primer hijo. Nadie sospechaba que Helena Petrovna no amaba aquella ciudad por los recuerdos felices, sino por los sufrimientos que en ella había pasado.

Sucedió siete años antes del nacimiento de Sascha, y el general, que era por aquel tiempo un bebedor impenitente, hasta rayar en la inconsciencia, y llevaba una vida de crápula y loco, que más de una vez lo puso al borde del crimen, hubo un día, estando borracho, en que le dio tal golpe en el vientre a Helena Petrovna, que la pobre mujer dio a luz antes de tiempo a un niño muerto, al que ella había puesto mucho antes el nombre de Alejo. Y aunque su marido juró que no la había empujado intencionadamente, la esposa declaró que se negaba a toda relación conyugal y no quería tener más hijos hasta que renunciara a la bebida. Un año entero soportó el general aquel suplicio y vivió con su mujer en la misma casa; luego la abandonó y estuvo tres años seguidos emborrachándose. Volvió otra vez a unirse a Helena Petrovna; se separó de nuevo de ella; y al fin, se echó llorando a sus pies y le juró que aceptaba sus condiciones y mantendría su promesa.

Entonces fue por segunda vez mujer de su marido. Dio a luz a Sascha, y año y medio más tarde a Lina. Y nadie supo nada. El general fue fiel a su palabra; pero, poco antes de morir, le dijo a su mujer con voz llena de odio:

—¡Por tu causa, solo por tu causa, he renunciado a la bebida! ¡Te odio y te maldigo! Debería matarte por lo que me has hecho...

Y entonces comprendió también ella que no podría perdonarle nunca y no le perdonaría, y que la misma muerte no podría hacerle olvidar el terrible ultraje a su maternidad. Y Sascha, su hijo varón, fue para ella el solo y único tesoro. «En él

perdonaré a su padre», pensaba. Y nada de todo aquello sabían los niños.

## LOS NIÑOS CRECEN

**E**l general murió, y durante tres años, Helena Petrovna vivió tranquila y alegre, sin ver en Sascha nada de particular ni de inquietante. Cuando estalló la guerra ruso-japonesa se dijo: «Hice bien sacando a Sascha de la Escuela Militar». Lo que, al fin y al cabo, pensaron también otras muchas madres de aquella época.

Pero la desdicha de las madres rusas se acercaba. Cuando los periódicos publicaron la noticia de la pérdida del crucero «Variag», Helena Petrovna derramó lágrimas ardientes: era imposible leer, sin llorar, la descripción de la muerte de aquellos hombres, que fueron saludados en sus últimos momentos con el himno ruso, por los franceses, testigos de su renuncia. Eran los héroes rusos.

«Se lo daré a leer a Sascha —se dijo Helena Petrovna—. Es necesario que él también conozca la historia».

Pero Sascha lo había leído ya.

—¿Por qué estás tan pálido, Saschonka? —preguntó su madre—. ¿Has trabajado mucho en la escuela?

—Sí, estoy un poco cansado.

—¡Qué contrariedad! Precisamente quería haberte leído la noticia de la pérdida del «Variag».

—La hemos leído ya.

Helena no prestó atención a aquellas palabras: «la hemos»; solo percibió su palidez y que sus ojos eran más profundos y más negros. De pronto, Sascha alzó esos ojos profundos y negros, y dijo severamente:

—No tenías derecho. ¿Por qué me sacaste de la Escuela Militar? Si el general viviera, no lo habría permitido.

Ella estuvo a punto de echarse a llorar, pero se contuvo. Y en tono seco, rehuyendo la mirada de su hijo, repuso:

—No tienes más que catorce años. Eres todavía demasiado joven para juzgar los actos de tu madre. Además, la milicia nunca te gustó.

—De todos modos, no tenías derecho. Allí se mueren, y tú me retienes aquí. No tienes derecho a hacer eso.

Se fue al pequeño sendero donde él mismo había estado barriendo la nieve la víspera. Estuvo paseando hasta que el crepúsculo descendió sobre el jardín.

Helena Petrovna se sintió muy desgraciada. Si Sascha hubiera llorado, habría sabido encontrar el modo de calmar su pena infantil; pero Sascha sufría en silencio, y ella nada podía hacer. Por otra parte, sentía una angustia terrible: veía en su hijo la fuerza de voluntad de un hombre. «Ni siquiera parecía emocionado al decirme esas cosas», pensaba espantada; y recordaba los terribles ojos de su hijo. Pero al acercarse al espejo, para arreglarse —como suelen hacer todas las mujeres después de una emoción fuerte— notó que también ella parecía tranquila en su exterior y no necesitaba retocarse. Se estuvo contemplando largo rato en el espejo, y tuvo tiempo

de pensar en muchas cosas; en su marido, al que aún no había perdonado; en Sascha, que le causaba constantes preocupaciones; en el porvenir, que se le antojaba amenazante y peligroso. Pensaba en las cosas más tristes, y latía muy fuerte su corazón; pero su rostro permanecía sereno, como el agua profunda, en medio de las tinieblas de la noche.

Al retirarse, se llevó las manos a sus lisos cabellos y decidió: «Todos nosotros somos así... lo llevamos en la sangre. ¡Si hasta estoy alegre!».

Por un acuerdo tácito y secreto entre la madre y el hijo, no volvieron a reanudar aquella peligrosa conversación. Helena Petrovna olvidó pronto las palabras frías y severas de su hijo. Por entonces comenzó a soplar, desde el Extremo Oriente, el viento de la derrota sobre los ejércitos rusos. Se hacía duro pensar en una guerra en la que no se vislumbraba ni un propósito claro ni la alegría de la victoria. Con una ligereza inconsciente, la pequeña ciudad recobró su calma habitual y su dulce quietud. Los niños se tranquilizaron también, y aunque continuaban jugando a soldados, gustaban más de imaginarse japoneses que rusos. Las personas mayores estaban igualmente fascinadas por los japoneses, y hablaban con elogio de su desprecio a la muerte y hasta de su pequeña estatura.

Una tarde de los primeros días de marzo se desató un huracán muy violento. El jardín, aun desprovisto de hojas, lanzaba gemidos dolorosos; parecía que se levantase en el aire con todos sus árboles y volase a una velocidad vertiginosa por encima de la tierra, haciendo un gran ruido de alas y lanzando hondos suspiros.

Helena Petrovna había salido a hacer una visita. La pequeña Lina se entretenía dibujando, cuando Sascha entró, sin hacer ruido, en la habitación de su hermana. Se sentó cerca de la mesa, a la sombra verde de la pantalla. Aquella misma sombra cubría también el rostro de Lina, haciéndolo aún más delicado y más etéreo. Sus deditos cortos, lo único iluminado y vivo de su cuerpo, manejaban con habilidad el lápiz y la goma. Acostumbrada a las visitas de su hermano, ni siquiera miró a Sascha. Un minuto después le dijo, sin levantar los ojos del dibujo:

—¡Ahora, por lo visto, hay lobos en el bosque!

—Es que allí no tenía ganas de leer —dijo Sascha—. Aquí, en tu cuarto, hace más calor. Pero en el mío, la nieve bate los cristales de la ventana.

—Pues, entonces, siéntate y caliéntate.

Callaron. Sascha escuchaba el rumor poderoso del jardín. Le parecía extraño que, en medio de aquel estrépito, se percibiese el ruido del lápiz sobre el papel.

—¡Lina!

—¿Qué?

—A ti te gusta llamarme griegucillo. Te ruego que no me llames más así; no quiero parecerme a un griego.

—Pero, vamos a ver, mi querido Sascha...

Frotó fuertemente el papel con la goma y añadió:

—Pero ¿por qué, mi querido Saschonka? Hay griegos y griegos. No son todos



como los que vienen aquí a vender mercería. Acuérdate, por ejemplo, de Milcíades. Yo misma quisiera parecerme a él.

—Pues yo no quiero. Yo quiero parecerme a los rusos.

—¿Cómo que quieres? ¿No eres ruso y requeterruso?

Callaron de nuevo. Enseguida continuó Sascha:

—Byron era un gran poeta. Murió luchando por la libertad de los griegos.

—Ya lo sé —respondió Lina, aunque aquella era la primera vez que oía decir que Byron hubiera muerto por la libertad—. No me molestes, Sascha. Si no, lo rompo.

—¿Y *ella* parece griega?

—¿Quién? ¿Mamá?

Aquella pregunta era nueva e interesante. Lina dejó el lápiz a un lado. Ambos se miraron con las cejas fruncidas, tratando de recordar lo que hubieran visto de griego en su vida; pero solo podían recordar la estatua de Minerva del colegio, de mentón rígido y labios gruesos.

—No, *ella* no parece griega —decidió Lina.

Sascha sonrió bajo su sombra verde.

—Pues yo sé a quién se parece. ¿Quieres que te lo diga? Se parece a una de esas mujeres que venden arenques en el mercado y van siempre envueltas en un chal...

—¡Qué tontería! ¡Vaya una comparación!... Mamá es tan... tan...

Lina no acertaba con la palabra.

—...¡tan aristocrática!

—No; te aseguro que tiene un parecido extraordinario con esas mujeres. Sobre todo cuando no venden nada y se quedan inmóviles, cruzados los brazos, mirando con sus ojos enormemente grandes...

—Espera, no me distraigas, déjame recordar...

Lina cerró casi los ojos. Su boca estaba entreabierta. De pronto susurró con voz trágica, casi ahogada:

—Sascha, ¡ya he dado con ello!

Y con los ojos muy abiertos y un hilo de voz aún más misterioso, siguió susurrando:

—En nuestra iglesia... ya sabes... en el ala izquierda... hay un cuadro... un icono que representa a una santa... ¡Eso es! ¡Ella se le parece de una manera sorprendente!

—¿De veras? —dijo Sascha—. ¿No crees que eso es terrible? Piénsalo: ¡parecerse a un icono!

Ambos se asustaron. Su madre, una mujer como todas, viva, que no estaba allí en aquel momento, pero que no tardaría en entrar, ¡parecerse a un icono! ¿Qué podría significar eso? ¿Y si no volviera? Si se perdiera en la noche, en medio de aquella nevada, pidiendo socorro con todas sus fuerzas: «¡Sascha! ¡Lina! ¡Hijos míos!...».

—¿Adónde vas, Sascha?

—A buscar a mamá.

—Sí, sí, vete. ¡Qué viento!

—Dijo que estaría en casa de los Dobrov.

—¿Con los chanclos?

—No, no llevaba chanclos.

En el hogar no había fuego. La noche, eternamente extraña a los hombres, y terrible, miraba por la ventana.

—¿Dónde está mi abrigo?

—Aquí lo tienes. ¡Anda, ve enseguida!

Cuando Sascha salió, encontró en la puerta a su madre, que acababa de llegar. ¡Todo había terminado bien!

Desde aquel momento, el lazo que unía a la madre con los hijos se afianzó. Sascha la trataba con más dulzura, con una ternura reprimida y una especie de caballerosidad, como si se hubiera hecho mayor precisamente en aquella noche memorable; prestaba pequeños servicios a su madre, la acompañaba por las noches, y a pesar de su exigua estatura, hasta le ofrecía el brazo. Hacía todo esto con tanta dignidad, que Lina, como la misma Helena Petrovna, lo encontraron muy natural.

Sascha, a escondidas de su hermana, fue a la iglesia donde estaba el icono, y se convenció de que Lina tenía razón: el parecido era real. Pero pensó en ello no mucho tiempo, pues dijo, con esa rectitud de los niños rusos puros: «Todas las madres son santas».

Así vivían los tres, en apariencia tranquilos y alegres, confiando en la duración de su felicidad. Los niños recibían la visita de muchos otros chicos de su edad, que se sentían muy a gusto en aquella casa tan acogedora. Había algunos que venían solo para admirar aquella belleza, y se sentaban allí tardes enteras, silenciosos, en cualquier rincón. Sascha se burlaba inocentemente de ellos, y cuando hablaba con su madre, le decía que eran muchachos muy inteligentes y que, llegada la ocasión, hasta muy locuaces.

—¿Por qué están tan callados, entonces? —protestaba Helena Petrovna, quien, como Lina, tenía entre los escolares amigos y enemigos.

—No sé... Será por timidez... No te enfades, mamá; dicen que solo en nuestra casa pueden ver la verdadera vida.

—¡Brutos! —decía Lina—. Timojin ni siquiera sabe bailar. Una vez que le invité, me miró como un buey, estúpidamente.

—Y sin embargo Timojin es el único de la clase que estudia él solo inglés. Lo habla ya bastante bien..., y sin profesor...

—¡Vaya un inglesito!...

La madre procuraba poner paz entre los hermanos.

—Está muy bien que estudie inglés; pero solo no aprenderá nunca pronunciación. En cuanto a que no sepa bailar, eso no es grave; pero bien podía participar en la conversación...

En la siguiente velada estuvo muy amable con aquellos jóvenes que tan antipáticos le resultaban; pero no logró soltarles la lengua. Todo esto, sin embargo, no

eran más que incidentes sin importancia. En definitiva: aquellos chicos eran agradables. Helena Petrovna los veía con agrado, porque comprendía que su Sascha era mejor que todos. Cuando los demás cantaban o se ponían a hablar de asuntos importantes, en el mismo silencio de Sascha se percibía su superioridad. En las discusiones, todos intentaban llevarlo a su terreno. «¿Estás de acuerdo conmigo, Pogodin?». Y aquel con quien Pogodin estaba de acuerdo, consideraba terminada la discusión y silbaba, como si tras la voz de Sascha vibraran millares de otras voces misteriosas, confirmando la verdad.

No era Helena Petrovna la única en admirarse de esa particularidad de la voz de Sascha. Únicamente él parecía no darse cuenta.

## SUEÑOS

**P**ero ¿de dónde venía aquella tristeza, cuanto todo iba tan bien y la vida era tan hermosa? ¿No se alegra el día con la mañana y la noche con el día? ¿Y no hay siempre nubes amenazadoras y no brilla siempre el sol y canta el agua?

De pronto, en medio de los alegres juegos, de las risas sin motivo y del vivo devanar de luminosos pensamientos, un pesado suspiro, un mortal cansancio del alma. Lozano el cuerpo y fuerte como un muchacho; pero el alma está triste, el alma está cansada, el alma implora descanso, a pesar de no haberla extenuado aún el trabajo. ¿Por qué esfuerzo pugnaba? ¿Qué fatiga la agobiaba? Acuciantes llamadas, tiernas invitaciones sonaban sin tregua; eran las voces de lo hondo y lo ancho, que abrían los furiosos ojos de su vacío y clamaba:

«¡Sascha! ¡Lina! ¡Hijos!». Y cuando Sascha dormía profundamente, aquel rumor nocturno de los potentes árboles le sugería sueños de eterno cansancio, de vida eterna y de indefinible amplitud.

Abría los ojos y miraba a la ventana; los árboles se mecían, proyectando sombras en el cuarto, y desde la misma cama arrancaba la bruma, y desde la misma cama, Rusia.

Pero ¿por qué tan claros sueños? Soñaba Helena Petrovna que se angustiaba en las noches por Sascha, y a oscuras y descalza se acercaba a su cuarto y veía con sorpresa que la cama, deshecha, estaba vacía y ya se había enfriado. Encogiendo las piernas, se sentaba a la cabecera y dulcemente llamaba: «¡Sascha!». Y no sabía de dónde, allá lejos, le contestaba Sascha: «¡Mamá!». Llamaba otra vez: «¡Ven aquí conmigo, Sascha!». Pero esta vez su llamada no obtenía respuesta.

Helena Petrovna se despertaba y caía en la cuenta de que aquello había sido un sueño y que ella estaba en su cama, y en la ventana iluminada se mecían los árboles y proyectaban su sombra.

Se levantaba, y, presa de inquietud, se dirigía efectivamente a la habitación de Sascha; pero ya desde la puerta oía su sosegado aliento y se volvía, y en todas las ventanas que encontraba a su paso, descalza, se cimbreaban los árboles y parecían proyectar su sombra. «¡No; en la ciudad se está mejor!», pensaba Helena Petrovna.

## TIEMPOS DIFÍCILES

**P**ero se acercaba lo terrible para la madre. Se echó encima sin sentir, se aferró a la tierra con sus uñas de hierro. ¿Quién, al arrancar cada día la hoja del calendario, piensa que el tiempo pasa? La roja sangre que corriera ya del Oriente a Rusia volvía a sus lugares nativos; en tenues raudales se derramaba sobre campos y ciudades, regaba la tierra patria para la inminente cosecha. Estaba todo tranquilo y, de súbito, se alteró. ¿Y quién de los presentes podría precisar el día, la hora, el minuto en que terminó lo uno y empezó lo otro? ¿Cuándo brotó la sangre? ¿Fue antes? ¿Fue después? Y sucedió realmente.

¿Cuándo fue el día en que Sascha volvió a casa a las cuatro de la madrugada, con un aspecto que asustó a Helena Petrovna? ¿Antes del asesinato del ministro o después? Y en aquella ocasión, ¿fue su aspecto lo que alarmó a Helena Petrovna, u otra cosa? Ni una cosa ni otra. Aquello había sucedido cuando empezó la represión; pero ¿cuándo empezó la represión? ¿Antes del santo de Lina, cuando, por no se sabe qué razón, bebieron champán, y Helena Petrovna bebió, y todos bebieron y estaban tan alegres que les costaba trabajo acordarse?, ¿o después? No, sin duda fue antes, cuando todos les visitaban, y los muchachos, por las noches, se reunían en la casa, y Sascha leía en voz alta el *Pobre Baltasar*:

*A impulsos del destino ineludible,  
De Babel las murallas se rindieron...*

Pero ¿fue en su casa donde Sascha leyó los versos de Byron, o en alguna velada en casa ajena? Sí, en alguna reunión, o, en todo caso, en otro sitio, y con gran éxito.

¿Y cuándo dejaron de ir a verles? ¿Cuándo fue aquella noche terrible, aquella infausta noche de sábado, en la que no se presentó nadie? Desligada de los lazos del tiempo, ¿cómo recordar claramente aquella noche con todos sus pequeños detalles, bajo una lámpara que ya empezaba a humear?

Habían dado las nueve y nadie se había presentado, aunque por lo general los escolares lo hacían a las ocho y aún más temprano, y Sascha estaba en su cuarto, y Lina, ¿dónde estaba Linochka? Bueno, donde estuviese. Ya habían servido dos veces el samovar, y aún seguía ronroneando en la mesa vacía, cuando Helena Petrovna fue a la habitación de su hijo y, asombrada, le preguntó:

—Pero ¿qué significa esto? Aún no ha venido nadie.

Sascha dejó a un lado el panfleto que estaba leyendo, de portada roja, y con absoluta indiferencia dijo:

—Es probable que no vengan.

—¿Es probable?

—No, es seguro. Hoy hay reunión en casa de Timojin.

—¿Y por qué no aquí? No lo entiendo. Y tú, ¿cómo no me has avisado?

Y, de pronto, le asaltó una desagradable y ofensiva sospecha, y en tono áspero le exhortó:

—¿Será, tal vez, que estorbo? Si así fuere, la cosa tendría su explicación. Pero aun así, ¿por qué no vas tú a casa de Timojin? Anda, que todavía no es tarde.

—No te enfades, mamá. No es que nos estorbes; eso es una tontería, pero ellos dicen que esto es demasiado bonito.

—¿Y no se pueden tirar colillas al suelo?

Y Sascha, con expresión severa, realmente severa, replicó:

—¡Sí, no se pueden tirar colillas al suelo!

—¡Pues Timojin, a pesar de todo, bien que lo hace!

Sascha sonrió de un modo forzado y no contestó; se metió las manos en los bolsillos, ya hundiéndose por la habitación, ya desapareciendo en la sombra, ya exponiéndose plenamente a la luz, con su casaca gris abrochada hasta arriba, dejando ver un trozo de la blanca camisa; una libertad que antes no se había permitido, ni aun estando solo. Helena Petrovna comprendía que decía bobadas, pero ya le dolía haber preparado el segundo samovar, y pasándose una mano por los lisos cabellos, se sentó tranquilamente en la silla de Sascha.

—Digo bobadas —se excusó—, y hasta sonrió.

—Pero ¿de qué se trata? ¡Explícamelo, Sascha!

—Ya sabes que yo no sé hablar; pero poco más o menos a ellos les pasa lo mismo, creo yo. Esta limpieza tuya —señaló con el hombro a las habitaciones está muy bien, y yo valoro mucho tus desvelos; a mí me gustaba mucho, pero antes de lo que ocurre ahora, antes de la vida actual.

¿Comprendes? Ahora resulta antipática y hasta molesta. A mí no me importa, estoy acostumbrado; pero a ellos, sí.

—A nadie puede molestar la belleza.

—Sí, puede que cualquier otra belleza no moleste; pero esta... No quisiera ofenderte, *mamochka*, pero a mí todo esto me parece superfluo; bueno, ¿a qué viene poner en la mesa ese cuchillo de mango tan raro, cuando un simple cuchillo vulgar puede prestar el mismo servicio? Y hasta resulta más adecuado, porque este cohíbe. Y esa pulcritud tuya, hace ya tiempo que quería decírtelo, es algo horrible, por el tiempo que te toma. Piénsalo bien...

Pero Helena Petrovna ya ni siquiera se sorprendió cuando le llegó su turno a la limpieza; solamente reparó en que Sascha se ruborizaba, y extemporáneamente pensó: «Empieza a rizársele el pelo, lo que siempre esperé».

—No, ¡fíjate bien! Yo, al levantarme, siempre, antes de nada, me limpio los dientes; he cogido esa costumbre y no puede dejar de hacerlo.

—Por eso tienes unos dientes tan bonitos y ni una sola caries.

—¡Bah! ¡Ya se me picarán! Cuenta: tres; mejor dicho, cinco minutos.

—Pero ¿tanta falta te hace el tiempo?

—¡No, espera! Luego hago gimnasia..., es otra costumbre... quince o veinte minutos. Luego me ducho con agua fría, hasta que se me pone el cuerpo rojo, ¡tiene que ponerse rojo! Me lo froto. Luego...

Y resultaba, en suma, que, según él, todo el día no hacía otra cosa que asearse. Pero en aquel momento entró Lina y el diálogo se amplió a los tres, y también ella se quejó de sus estudios, que le llevaban mucho tiempo.

—¿Para qué queréis el tiempo? —se asombró Helena Petrovna.

Pero sus hijos le argumentaron, y a continuación procedieron a tomar el té y pasaron muy a gusto la velada, pues Helena Petrovna cedió algo en su afán de belleza, y ellos también se sacrificaron un poco a su pulcritud. Y eso de que ella tan fácilmente se apartase de aquella belleza con que soñaba, por la que se desvivía y que consideraba la ley básica de la vida, fue lo más sorprendente de aquella alegre reunión. Y esa misma noche, o tal vez otra noche igualmente alegre, y en cierto modo decisiva, permitió Helena Petrovna a su hija dejar de lado las lecciones de dibujo o de música. ¿Cuándo dejó la música?

¿Cuándo dejaron los chicos de ir a la iglesia? ¿Fue antes o después? Corren los días sin conexión, se altera el orden, como cuando se lee un libro interesante, saltando páginas o empezando por el final o por la mitad. ¿Cuándo fue que ellas, junto con Sascha, vieron cómo echaban del mercado a los barbudos occidentales, y cómo gritaban las mujeres y los niños, y cómo lloraba Helena Petrovna y se afanaba por dirigirse no se sabía adónde, mientras Sascha la tenía cogida del brazo, y con voz suplicante le decía: «¡*Mamochka*, no es necesario!»? ¿Qué no era necesario? Sin duda que eso ocurría antes del manifiesto y en relación con aquel día perfectamente asociado, como su continuación, a aquel otro en que se reunieron en casa de Timojin, el inglés, en aquel cuartito caliente, con el suelo repleto de colillas, igual que las ventanas, y donde ella tenía un aire ambiguo de visita honorable o de tártara. Pero lo que sí resulta indudable es que entre uno y otro acontecimiento no habían pasado más de dos o tal vez tres años, sino que en el recuerdo y la impresión parecían consecutivos.

¿Y cuándo empezó ella a asistir, como una muchacha, a mítines y reuniones donde la situaban en las primeras filas? Una vez hasta salió en los periódicos, y el periodista, incluso, concedió a su presencia en el acto una importancia enorme y la aplaudió, llamándola «general N\*\*\*». También entonces, a propósito de sus observaciones, sus hijos se rieron no poco de ella.

Un día la llamó a su casa el director del colegio y le informó de que Sascha quedaba expulsado en virtud de ciertas faltas; pero luego resultó que a Sascha no le expulsaron y se quedó en el colegio hasta que se fue él por su propia voluntad. ¿Cuándo fue eso? ¿O quizá no fue el director, sino la directora del colegio de niñas quien le citó para hablarle de Lina? En todo caso, también vio a la directora y tuvo con ella una explicación; eso lo recordaba muy bien.

¿Y cuándo, en las calles de cierta ciudad, aparecieron de repente los cosacos? ¿Y

cuándo tuvo lugar el primer acto de terror? ¿Cuándo mataron al capitán de los gendarmes? No; antes mataron a un policía, y antes aún al inspector comarcal. Y Helena Petrovna pensó que uno de ellos era... Sascha. ¿Y cuándo empezó a tenerle a aquella centuria negra un miedo rayano en el espanto y a soñar con ella en tenaces pesadillas por las noches? ¿Cuándo le pusieron aquel barrote de hierro a la puerta?



## EL PADRE

**P**ero sucedió que, por desgracia, Helena Petrovna recordaba muy bien hasta el día, un miércoles de diciembre, seis meses antes de que Sascha se fuera.

Por la mañana, después del té —aún tomaba té—, Sascha leyó en el periódico el nombre del nuevo gobernador, recién nombrado, y que ya había mandado ahorcar a tres hombres, y Helena Petrovna, de pronto, recordó:

—Telepnev... Telepnev... Espera, Sascha, estoy acordándome de algo. Dime: ¿cuáles son sus iniciales? ¿P. S.? Eso es. ¡Piotr Seminovich, el compañero de tu padre! Fíjate, Sascha: ese Telepnev, nuestro nuevo gobernador, fue su mejor amigo; estudiaron juntos...

—¿Sí?

—¡Desde luego! Se me había olvidado: tu madre, Sascha, se va haciendo vieja. ¿Cómo ha podido olvidármeme, con lo amigos que fuimos?

Pensativa, con esa expresión que suelen adoptar quienes evocan algo remoto, miraba a Sascha; pero este callaba y continuaba leyendo el periódico. Lo tenía cogido con ambas manos, y en una de ellas sostenía un cigarrillo que, lentamente, y con brusco ademán, se llevaba a la boca. Pero aún no sabía fumar bien; no sacudía la ceniza, que caía sobre el diario y el mantel alrededor de su mano. ¿O sería que estaba pensativo y no se daba cuenta?

Con toda delicadeza, para no molestarle, Helena Petrovna echaba a un lado la ceniza y, olvidándose de Telepnev, se preguntó de pronto qué sería lo que Sascha estaba pensando, con el interés que le inspiraba cuando era indicio de su personalidad aparte de la suya, de su vida independiente, de hombre ya hecho y derecho. A veces se reía de sus ocurrencias ella misma; de pronto le chocaba que Sascha leyese, o que, como todo un hombre, levantase con una sola mano una pesada silla y la cambiase de lugar, o que se dirigiese a la escupidera del rincón y escupiese, o que le llamasen por su nombre de pila, Aleksandr Nikolayevich, y él contestase sin extrañarse lo más mínimo, ya que él también se tenía por Aleksandr Nikolayevich.

¡Aleksandr Nikolayevich!

Pero ahora, al habitual asombro de la madre, que no podía avenirse a separación e independencia de su dominio, se mezclaba algo nuevo, muy interesante; era como si hasta entonces solo lo hubiera visto por partes, y de pronto, por primera vez, lo viese entero. «¡Dios mío! ¿Pero es realmente él? ¿Qué ha sido del antiguo Sascha?».

Estaba a punto de cumplir diecinueve años; era alto, lo que se advertía incluso cuando estaba sentado; cierto que algo flaco y con el pecho juvenilmente encogido; pero su rostro moreno denotaba fuerza y lozanía, y en sus labios, de bello contorno, y en su firme barbilla se adivinaban vigor y hasta autoridad. Los ojos, igualmente hundidos y fijos ahora en el periódico, miraban severos; pero ¡qué diferente aquello del antiguo cansancio de su mirada, de la que emanaba una eterna inquietud! Era como si llevase mucho tiempo sin ver a Sascha; recordaba Helena Petrovna su mirada

de ahora, sí ese era su modo de mirar, audaz y atractivo, y tal vez un tanto pesado cuando fijaba largo rato la vista y se olvidaba de mover los ojos.

¡Y qué suerte que aún no le hubiera salido el bigote y tardara en salirle! Resultan tan desagradables esos chicos bigotudos, como aquel estudiante que se llamaba Kusmichev, ¿no?, compañero de Saschin, que ya lucía unos mostachos de sargento francés. Ojalá nunca llegara a tener bigotes, sino solo aquella cálida sombra sobre los labios, un poquito más densa que en el resto de la cara.

«No hay que decirle que es guapo», pensaba Helena Petrovna, y se apresuró a bajar los ojos. Breve silencio, que, como a la fuerza, les obligaba de nuevo a plantear esta fría y destemplada pregunta:

—¿Y frecuentaba la casa?

Helena Petrovna ya había adivinado el sentido de aquella pregunta y el corazón le dio un vuelco; pero precisamente por haberle dado un vuelco el corazón su rostro continuó aún más serio y tranquilo, y a sus oscuros ojos, casi sin brillo, hundidos, bizantinos, asomó una expresión de orgullo. Plácidamente se llevó la mano a los lisos cabellos y dijo brevemente, sin esa femenina y bienintencionada locuacidad con que hasta entonces se expresara:

—Sí. La frecuentaba.

—¿Y le recibían con gusto?

—El general le apreciaba.

—¿Quieres té?

—Gracias —dijo Sascha, y una vez más repitió—. Gracias. Bueno, vamos a ver: dime qué piensas; tú conocías bien al general —los labios de Sascha se fruncieron en una alegre y extemporánea sonrisa—. Si nuestro general viviese y fuese ahora gobernador de la ciudad y hubiese ahorcado también, ¿qué dirías a eso, mamá?

Transcurrió un largo y penoso día, y por la noche Helena Petrovna fue a ver a su hijo a su habitación, le despertó y se puso a contarle cosas de su vida con el general: de su primer parto, de su amargo ultraje, de sus lágrimas, y del suplicio de una mujer inerme y orgullosa en soledad, hasta ese momento con nadie compartida. A las primeras palabras de su madre, Sascha se sentó rápidamente en la cama, la escuchó todavía un minuto, y con voz firme y acariciante le pidió:

—Mira, *mamochka*: sal de aquí un momento, que ahora mismo me visto.

¡Y cómo recordaba ella aquellos pocos instantes a la puerta!, por cuya rendija se filtró de pronto una delgada franja de luz, crujió la cama, sonó un ruido de botas, tintineó la fuente del lavabo, era evidente que Sascha se estaba vistiendo deprisa, y ella, mientras esperaba, se paseaba por el oscuro cuarto y murmuraba, sin ruido, retorciéndose los brazos:

—¡Compréndeme, Sascha! ¡Compréndeme!

Y andaba, y no se oía a sí misma, gris en la sombra, sigilosa, cual pájaro nocturno mortalmente asustado.

—¡No, no, por favor, apaga la luz! —suplicó ella, quedamente, a Sascha.

Al principio, atemorizada, lloraba, bebía sorbos de agua, vertiéndola en la oscuridad, y cuando Sascha nuevamente encendió la luz, Helena Petrovna, reconfortada, se alisó los cabellos, y rehecha, segura, sin nada que omitir, le fue contando por su orden al hijo todo cuanto hasta entonces aquel había ignorado.

- cuando Sascha, después de escucharla con suma atención, se acercó a ella en mitad del relato y pasó su ardiente mano varias veces con rapidez y energía por sus lisos y aún negros cabellos, puso su madre cara de no comprender el sentido de aquella caricia, cuyo momento aún no había llegado, apartó la mano de Sascha, y sonriendo, le preguntó:

—Qué, ¿se me han alborotado?

- simuló alisarse el pelo, gesto del todo innecesario. Pero, al terminar su historia, ante su terrible final, que hasta entonces no había perdonado ni podía perdonar a su marido, vaciló, tragó aire y, alarmada, despavorida, guardó silencio.

Callaba también Sascha, pensativo. Le había impresionado el relato de su madre y el que ella, siempre tan austera y hasta recatadamente vestida, se le mostrase ahora en su humilde camisón blanco de noche; este detalle le daba a la narración un sentido y una significación especiales, pues se trataba de la vida real. Se pasó la mano por los cabellos, reconcentrando el pensamiento, y dijo:

—Bueno, mamá. No voy a decir que me haya sorprendido mucho, ya que presentía algo hace ya mucho tiempo. Sí, el general... No le digas nada a Lina, por ahora; más tarde ya se lo contarás.

—Bien, Sascha. ¿Qué me dices de tu padre?

—¿El general? El general ya murió.

—No le llames así.

—Tienes razón. ¿Padre? ¡Sí, padre! Temes decir que no le has perdonado ni puedes perdonarle, ¿verdad?

Helena Petrovna asintió con la cabeza, y sus pestañas se bañaron de lágrimas que pugnaban por salir.

—Yo le amaba.

—Pero ¿no puedes... perdonarle?

Helena Petrovna asintió con la cabeza. ¡No! Corrieron ardientes las lágrimas y ella no hizo nada por contenerlas, hasta que le anegaron los ojos; y ya rodaban por las mejillas, y en aquel instante se iluminaba el cuarto, se envolvía en centelleante bruma y sonreía. Sascha dijo algo; se movió en la sombra.

Apenas se daba cuenta de sus palabras, pero tampoco eran necesarias; otra cosa era lo que brotaba del adolorido corazón, muy distinto de aquello que fluía por sus labios, y no en palabras, sino en besos. Y dando a la palabra *beso* un sentido enorme en toda su vida, tremendo y redentor, preguntó ella con voz firme, o al menos así se

lo pareció, con la entonación que hacía falta:

—¿Puedo darte un beso, Saschonka?

Y expectante, henchida de miedo, cerró los ojos, húmedos de llanto.

—¿Qué pasó después?

—Pues pasó algo que siempre me hará llorar al recordarlo. El zar, agraciado con el imperio, y que imagina ser el único que sonríe; el ser venturoso, el refulgente soberano, que piensa ser el único que besa y que con ello concede un goce inmortal... ¡Oh, estúpido Sascha! «A diario estaba yo dispuesta a sufrir los tormentos del parto, solo por ver cómo ahora tú andas y dices algo insoportablemente serio... y no te escucho. ¡No te escucho!».

—¡Habla! ¡Habla, Sascha!

—Pero ¡si no escuchas, mamá! Yo te pregunto y tú...

—¡Habla, habla, Sascha!

«¡Oh! Que ande por el cuarto como un borracho; ¡borracha estoy yo también de maternal alegría!».

He aquí lo que aún ignoraba Helena Petrovna de aquella noche.

Cuando su madre se durmió, Sascha se volvió a su habitación y se desnudó, para acostarse; pero no pudo pegar los ojos ni un momento y se puso a fumar y a cavilar. Le parecía haber adivinado entonces algo de su destino, solo que no podía precisar ni definir claramente qué era, y se limitaba a afirmar:

«¡Sí, sin duda, sin duda que es así!».

Y la imagen del padre difunto, deliberadamente arrumbada en su memoria hasta aquel día, asomaba por vez primera a su conciencia, y le sorprendía con su cuasi extrañeza y al mismo tiempo con algo que era suyo. Veía con claridad cada pelo de su ancha barba cuadrada y la calva entre sus rubios y blandos cabellos y sus rudos y anchos hombros; sentía el áspero roce de sus charreteras, entre acariciante y amenazador, y solo ahora, de pronto, reconocía aquel malestar que, empezando en su infancia, había impregnado toda su vida.

Sí, era él, el padre, aquel hombre serio, unas veces cariñoso, otras de frío malhumor, sombríamente feroz, que tanto lugar ocupaba en la tierra, que se llamaba «general Pagodin». Y mostraba su abombado pecho, repleto de condecoraciones. Y los mismos pechos altos, cubiertos de medallas, mostraban también sus amigos y sus subalternos; se inclinaban, haciendo tintinear sus espuelas, brillaban con el oro de sus galones, parecían llegar hasta el techo de las salas y traspasar las paredes, y en su sombría grandeza y gravedad destilaban un glacial vacío. Huecos, como en sueños, retumbaban los pasos del padre; desde el fondo, atravesando muchas estancias, se le oía andar, se acercaba, pesados sonaban sus pies, crujía seca la madera; y de lejos se escuchaba también su voz recia, sin esfuerzo, ronca a causa del vodka, de bajo profundo; sus palabras estallaban como ladrillos que se derrumban. Así era el padre, sí.

Y su asistente Timoschka tenía la piel flácida y a menudo surcada de verdugones;

y también tenían así la piel los otros asistentes, que sin cesar cambiaban, ¿por qué la piel y no la cara? Pero no; aquello no merecía el nombre de cara, y no eran lágrimas lo que con amor y rara satisfacción se enjugaba Timoschka en sus huesudas mejillas. Y o la memoria le engañaba o era así; un día el propio Sascha, con su puñito de niño, le dio un golpe a Timoschka en la cara, y algo de terriblemente extraño, ahora ya olvidado, hubo en aquel golpe y también de expectación. ¿Qué va a pasar? ¿Y el gato viejo, ahorcado por los asistentes, detrás del granero? ¿Y el caballo que le tenía un miedo cerval al padre y le miraba de reojo y se abría de patas ampliamente, como agobiado, cuando el padre, apoyándose en él, ponía el pie en el estribo y luego se dejaba caer pesadamente en la silla? ¡Qué fuerza la de aquella madre, que tanto tiempo pudo aguantar al marido y acabó por vencerlo!; pero ¿por qué ella misma y los hijos callaban cuando desde lejos oían los pasos del padre que llegaba, y de pronto, como presintiendo la inminente catástrofe, crujía el suelo de tablas de la habitación? Y aquel gesto de Helena Petrovna, el apresurado e innecesario alisarle los cabellos, que empezaba desde que sentía crujir el suelo de madera.

Y ella decía que le amaba. No le perdonaba y le amaba. Pero ¿es eso posible? ¿Y cómo, con qué palabras designar ese sentimiento por el padre que hacía un momento experimentara su hijo Sascha Pagodin? ¿Amor? ¿Odio y rabia? ¿Ansia tardía de venganza y rebeldía y rebelión sangrienta? ¡Ah! Si ahora se encontrase con él, ¿no podría Telepnev notarlo, puesto que habían sido amigos?

En cierta ocasión asistió Sascha con su madre a una revista, pequeña, pero especialmente importante, y el general, que estaba a caballo, montó a Sascha junto a él. Y cuando, aupado por las manos de no sabía quién, vio ante los ojos el grueso e inquieto cuello del caballo y a sus espaldas sintió el conocido desasosiego, oyó su respiración sibilante y el crujir de las correas y el recio paño, le parecieron tan amenazantes los dos, el padre y el caballo, que rompió a llorar y a tratar de zafarse. Y cuanto más fuerte le apretaban los brazos del hombre invisible, tanto más fuerte lloraba él, hasta que alguien le cogió. Y ya en tierra, dejó como por ensalmo de llorar y miró con asombro los ojos saltones, grises, aquilinos, inyectados de rabia, del padre, que, inclinándose en la silla, le gritaba: «¡Cobarde! ¡Estúpido! ¡Qué vergüenza! ¡Qué chico tan cobarde!». Y el terrible caballo, tan pesado como el padre, pateaba el suelo con sus gruesos cascos peludos, le miraba de reojo y también relinchaba: «¡Muchacho cobarde, cobarde!».

«¡Y qué vergüenza me dio aquello, delante de los soldados! —pensaba Sascha, apretando los dientes—. ¡No, excelencia, y de sobra lo sabe usted! Su sangre corre por mis venas y mi brazo no es menos pesado que el suyo y bien que usted lo sabe. Y, después de todo, buenas noches, excelencia».

Luego Sascha pensaba, mientras se dormía: «¿Es posible renegar del padre? Una estupidez; ¿quién sería yo entonces si renegara? Porque yo también soy ruso. Pero en el colegio no me tragan, aunque sea ruso. En general, lo característico de los rusos, ¿qué es lo característico de los rusos? ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es lo característico de los

rusos? ¡Detente, Pagodin!».

- ya completamente dormido, vio Sascha vaga y confusamente cómo él, Sascha, renegaba de su padre. Mucho gentío en la iglesia se había reunido al efecto, y el cura, revestido de negros y suntuosos hábitos, decía a Sascha, hincado de rodillas: «No te damos el beso, Judas, sino que te declaro bandido...». Y el coro cantaba: «Amén».
- tan terrible fue su impresión, que Sascha se despertó y vio con asombro que tras las ventanas clareaba el día y en su boca tenía una colilla apagada. La escupió y se durmió profundamente, y aquella vez sin sueños.

## SIN TALENTO

Sucedió un domingo de marzo.

Acababan de dar las doce de la mañana, cuando un tal Kolesnikov se presentó en casa de los Pogodin. «¡Vaya una calle!», se dijo, saltando sobre las piedras que algunas personas caritativas habían puesto en medio del barro para facilitar el paso a los transeúntes. Por todas partes se veían charcos que brillaban al sol y pequeños islotes de nieve no fundida aún. «¡Vaya una casa!», añadió, desesperado, después de entrar en el patio, que era en aquel momento un extenso lago de agua primaveral. En él se reflejaban, como en un cristal, los árboles y la encantadora casa, baja y blanca. Delante de la puerta había una señorita que observaba a Kolesnikov, y que se reflejaba igualmente en el agua.

«¡Diablos! ¡Me está mirando! —pensó Kolesnikov, malhumorado—. No debo de estar muy guapo en este momento... Tal vez Pogodin no esté en casa...».

—¡Acérquese! —le gritó la muchacha—. ¿Quiere usted ver a Sascha? Siga por la izquierda, a lo largo de la valla... Allí hay un sendero... Un poco más a la izquierda.

Al ir, dócilmente, a tomar la izquierda, Kolesnikov vio una señora delgada, hermosa, ya de cierta edad, que apareció junto a la señorita. Le miraba también, aumentando su confusión. Pero Kolesnikov se acercó y saludó:

—¿Vive aquí Pogodin, el estudiante?

—Sí; yo soy su madre. ¿Viene usted a ver a Sascha? Acaba de levantarse y está tomando el té.

—Bien. Yo soy su amigo Kolesnikov.

—¿Su amigo? Mucho gusto. Haga el favor de pasar.

La señora hablaba con voz amable, pero que denotaba desconfianza, y sus ojos le miraban con una intensidad demasiado sostenida. Kolesnikov estaba ya acostumbrado a la suspicacia de las madres. «No hay por qué —se dijo—. No he venido a nada».

Helena Petrovna, por su parte, pensó: «Ya tenemos a otro amiguito». Botas viejas, barba de malhechor... Si se afeitara, tal vez tendría cara de buen chico... ¡Ah, Dios mío, todos son buenos chicos, y sin embargo...!»

—¡Mamá! —dijo Lina, que adivinaba los pensamientos de su madre y no los aprobaba—, hay que enseñarle el camino... Venga usted... ¡Sascha! ¡Preguntan por ti!

Sascha se sorprendió al ver la barba negra, los pómulos amarillos y la espesa cabellera de su visitante, como si viera por primera vez a aquel hombre. Sin embargo, había en los ojos redondos y negros de Kolesnikov, también algo asombrados, un no sé qué conciliador, como una antigua lealtad de siempre; su mirada era sincera, y bastaba observarlo para que pareciese como si contase toda su vida y esperase eterna amistad.

—¡Pero si esto parece Venecia! —dijo Kolesnikov, con voz grave de bajo,

mirando a Lina y sonriendo—. Pero mis góndolas —añadió, señalando sus zuecos— están chorreando, y voy a ensuciarles el suelo.

Lina, cambiando una mirada rápida con su hermano, como para decirle «¡quién es este!», respondió:

—Sascha y yo, cuando éramos pequeños, fabricábamos rastrillos con los que emprendíamos viajes marítimos por el patio.

—Vamos a mi cuarto —dijo, invitándole, Sascha.

Helena Petrovna lanzó una mirada a la mesa, en la que Sascha se disponía a desayunar.

—Pero todavía no has acabado de tomar el té. ¿Tomará, quizá, una taza tu amigo?

—Gracias, mamá; no, no quiero. O, mejor sí, mándanos dos tazas a mi cuarto.

En la habitación de Sascha había una claridad deslumbradora. Los rayos del sol jugueteaban en el cristal del tintero, sobre la mesa, y rápidos resplandores saltaban sobre las paredes y en el techo. Parecía extraño que, a pesar de aquella fuerte luminosidad, tanto en la habitación como detrás de la ventana, todo estuviera silencioso, y las ramas de los árboles inmóviles.

Kolesnikov carraspeó, y dándole a la palabra un sentido especial, que solo él comprendía, dijo:

—¡Primavera!

Sascha, flemático, no respondió nada. Empujó el tintero de cristal hacia la sombra, y los rayos del sol se extinguieron en el muro.

—Su madre me tiene miedo, pero su hermana, no —continuó diciendo Kolesnikov. Y añadió, lanzando un suspiro—: ¡Sí, llega la primavera!

—¿Nos conocemos? —preguntó Sascha—. Yo no recuerdo...

—Naturalmente... Una vez, en casa de amigos comunes. Lo cierto es que había demasiada gente y es fácil que usted no se fijara en mí. Pero yo me fijé bien en usted... Es una lástima que su madre me tenga miedo; pero ¿qué se le va a hacer? Por otra parte, no es este el momento de preocuparse por tales cosas...

Sascha enrojeció ligeramente.

—¿Dónde fue aquello? No recuerdo.

—Pues «allí»...

Kolesnikov cogió una taza de té y la puso al alcance de su mano.

—Usted propuso matar a Telepnev; pero los nuestros se opusieron. Yo presenté entonces mi dimisión del Comité. «¡Al diablo, imbéciles! —pensé—. No sois capaces de distinguir si alguien puede o no hacer una cosa semejante». Pretextaban desconfianza, pero no era verdad; era, sencillamente, que tenían miedo.

El rostro de Sascha adoptó una expresión sombría.

—Esos recuerdos me resultan desagradables —dijo—. Pero celebro que haya venido usted a verme. Ahora ya me acuerdo bien. Beba el té, se lo ruego.

—Me llamó Basilio Vasilievich. Le diré, por si puede interesarle, que me he evadido dos veces de Siberia. Lo malo es que no soy un buen orador, y, en general,



no poseo ni una pizca de talento.

—¡Yo tampoco! —exclamó Sascha, alzando por primera vez sus ojos sonrientes hacia Kolesnikov.

Aquella mirada inspiró inmediatamente a Kolesnikov una alegre convicción de que había algo, poco vulgar y muy grave, en Sascha. Se sintió feliz; mostró en una amplia sonrisa sus dientes negros, pero sólidos, y dijo con su voz de bajo:

—¡De modo que no tiene usted ningún talento! Y esos cuadros que hay en la pared, ¿no son suyos?

—No, los ha hecho mi hermana.

—¿De veras? Mi enhorabuena a su hermana.

Pero, en el mismo instante, se puso triste, y añadió con dolorida franqueza:

—¡Qué lástima que no tengamos talento! Pero en cuanto a usted, estoy seguro de que se engaña. Es imposible que no tenga ningún talento. Quizá no se haya manifestado todavía. Eso les ocurre muchas veces a los jóvenes. Hay muchas clases de talento... Aun cuando no se sepa manejar el lápiz o la pluma, se puede tener talento...

—Yo no tengo ninguno. Tampoco soy orador.

—No se puede imaginar hasta qué punto me sorprende. Pero, espere; su talento no tardará en manifestarse.

Kolesnikov se levantó de pronto y se puso a pasear por la habitación con paso agitado. El cuarto era pequeño, y largas sus piernas; no podía dar más que cuatro pasos en la misma dirección. Pero esto no le molestaba; se veía que estaba acostumbrado a moverse en espacios pequeños.

—¡Dios mío! —decía con su voz de bajo profundo, impresionando fuertemente a Sascha por su figura deforme y una expresión de dolor que, visiblemente, provenía de mucho tiempo atrás.

—¡Dios mío! ¿Es posible que no tenga usted talento? Nunca lo hubiera creído. Que usted no sepa dibujar o hacer discursos, no prueba nada. Tonterías, mi querido señor, permítame que se lo diga. Usted tiene talento en el más pequeño rasgo de su rostro. ¡Y dice usted que no lo tiene! «¡No; es mi hermana! ¡No, es mamá!».

¡Tonterías, señor!

Sascha experimentó un vago malestar. Kolesnikov se calló de pronto, se sentó y dijo con voz tranquila:

—El té se ha enfriado. Es mi sino; o bebo el té demasiado caliente, o lo tomo demasiado frío.

—Deme usted su taza, le traeré té caliente.

—No, no vale la pena. Lo beberé así... Pero ¡qué día tan hermoso! ¿Quiere usted que vayamos a ejercitarnos un poco en el tiro? He traído mi *Browning*...

—También yo tengo la mía —dijo Sascha sacando del cajón un revólver niquelado, muy limpio y cargado ya.

El revólver de Kolesnikov era negro. Ambos examinaron largo rato sus armas,

con interés. Kolesnikov lanzó un suspiro.

—Sí, vivimos tiempos difíciles —continuó—. Yo tenía una amiga... una joven... Tiraba muy bien con la *Browning*, pero la perdió. Más le hubiera valido no emplearla jamás...

—¿La ahorcaron?

—No; la asesinaron los cosacos... Bien: vamos allá, Pogodin. Camarada, yo no tengo ningún talento. Creerá usted, quizá, por el timbre de mi voz, que sé cantar. Se equivoca. En otro tiempo, un imbécil me dio lecciones, creyendo que había descubierto un tesoro en mi garganta... En el coro, todavía soy aceptable; pero en un coro, hasta las ranas saben cantar.

Salieron. Los barrancos y las pequeñas depresiones del terreno estaban llenos de agua. Les costó trabajo llegar hasta los cobertizos de ladrillo que habían elegido para el ejercicio de tiro. Kolesnikov era el que con más dificultades tropezaba; perdió los zuecos por dos veces, se mojó los pies, y sus viejos pantalones grises estaban llenos de agua y barro hasta las rodillas.

—¡Magníficas botas tiene usted! —dijo a Sascha—. Tendré que comprarme unas como esas.

El horizonte estaba teñido de colores primaverales. A lo lejos se dibujaban los contornos azules del bosque. No hacía viento, y la mañana prometía una tarde clara y una noche serena, con estrellas y un poco de frío.

Todo alrededor tenía un aire de fiesta. Disparar revólveres parecía una diversión y un placer inocente.

Sascha encontró un tablón de madera, y, pegando en él un pedazo de papel, preparó una diana. Primeramente, tiraron a la distancia de veinticinco pasos. De tres balas de Kolesnikov, dos atravesaron el blanco, y exclamó muy contento:

—¡No es tan fácil como parece!

Y se puso a observar cómo tiraba Sascha. Notó que este palidecía un poco y pasaba el revólver de la mano izquierda a la derecha. «El joven está desconcertado —pensó—. Se diría que se dispone a tirar sobre Telepnev. Pero su actitud es correcta».

Sascha atravesó el papel tres veces, justamente en el centro. Kolesnikov lanzó un grito de triunfo. Sascha, pálido, pero visiblemente contento, se pasó el revólver a la mano izquierda, y comentó:

—No está mal. Probemos ahora a cuarenta pasos.

—Pruebe usted solo. Yo no quiero desperdiciar la munición.

Así y todo, cuando la diana estuvo colocada más lejos. Kolesnikov tiró una vez más, pero no acertó. Sascha disparó dos veces y las dos balas atravesaron el papel, una al lado de la otra.

—¡Y dice usted que no tiene talento! —exclamó, con entusiasmo, Kolesnikov—. ¡Vaya usted al diablo, Pogodin! ¡Con un talento semejante se puede escribir una novela!

—¡Y sin embargo, declinaron mi ofrecimiento! —adujo Sascha secamente,

aludiendo al Comité—. Sentémonos, Basilio Vasilievich. Se está bien aquí.

Eligieron un lugar seco, cubierto de hierba amarillenta; pusieron en el suelo uno de sus abrigos, y se sentaron. Permanecieron así largo rato, calentándose al sol, admirando el horizonte azul y escuchando el dulce murmullo de los arroyos. Sascha fumaba.

—¡Los arroyos corren, pero a mí me parece que son lágrimas del pueblo! —dijo Kolesnikov, lanzando un sus— piro.

A Sascha, que esperaba una respuesta respecto a Telepnev, no le gustaron aquellas palabras pretenciosas ni el suspiro que las acompañó. No dijo nada y esperó a que volviera a hablar Kolesnikov. Este, de pronto, se echó a reír.

—Le estoy mirando, Pogodin, y estoy asombrado de verle tan correcto. Afortunadamente, le conozco demasiado; si no, no me quedaría otro remedio que marcharme.

—Pero ¿cómo puede usted conocerme?

—Si no le conociera a usted, no habría venido —dijo seriamente Kolesnikov—. Pero, dígame, ¿por qué ha elegido usted a Telepnev? No es un personaje tan importante que merezca que le ahorquen a uno por su causa.

Sascha se sintió molesto.

—¿Por qué he elegido a Telepnev? Creo que mis razones son bastante comprensibles...

De pronto, sin alzar los ojos hacia Kolesnikov, le preguntó:

—¿Es usted ruso?

El otro, que examinaba a Sascha con una atención profunda, tardó un rato en contestar.

—Ruso. Eso no tiene ninguna importancia.

—Mi madre es griega.

—Eso está muy bien.

—¿Por qué?

—Es buena sangre; sangre de mártires.

Sascha envolvió a Kolesnikov en una mirada cariñosa. «Me gusta mucho», pensó.

—Byron se sacrificó por la causa de la libertad griega —dijo.

—¡Tonterías! —respondió Kolesnikov—. Los que aman la libertad, no tienen por qué ir a buscarla a países lejanos. No hay naciones libres, y cada cual puede luchar por la libertad en su propia patria... Además, lo que me ha dicho respecto a Telepnev no me gusta.

Se levantó y empezó a pasear. A cada paso que daba se oía el ruido del agua en sus chanclos.

—Yo, por ejemplo... —continuó con su voz de bajo pro— fundo—. Nadie me ha ultrajado, ni a mí ni a mi mujer, puesto que no la tengo, ni a mi novia... No tengo nada personal... Tengo sangre en estas manos... Ahora bien: ¿podría haberla vertido si hubiera tenido algo personal? ¡Naturalmente que no! Me matarían los

remordimientos de conciencia y otras simplezas...

Se acercó a Sascha, e inclinándose hacia él, le amenazó colérico con el dedo:

—Escúchame bien, joven: si tienes algo personal, vive al amparo de las leyes; espera tiempos mejores, si estás descontento. El asesinato es una cosa terrible, lo sé por experiencia. Solo aquellos que no poseen nada personal tienen derecho al asesinato. Solo ellos pueden soportarlo. Si no eres puro como un ángel, si tienes algo que te ate, renuncia, ¡te lo suplico!

En sus ojos había fulgores de fanatismo. De pronto, gritó con violencia:

—Estoy dispuesto a suplicarte de rodillas, ¡renuncia!

—No —dijo Sascha, pálido, levantándose y apartando a Kolesnikov con la mano—. ¡Hace mal en gritar! No me ha entendido. No tenía ni tengo nada que me ate.

Kolesnikov le miró fijamente.

—Entonces, perdóneme, Pogodin. Vivimos en una época tal, que a veces se vuelve uno loco.

Diez minutos después, cuando volvieron a la casa, Kolesnikov bromeaba a propósito de sus góndolas. Y chanceándose y saltando por encima de los charcos, contó su vida de vagabundo. Veterinario de profesión, se ocupó de la estadística, fue empleado de ferrocarril, y durante medio año dirigió una revista, que había valido al editor ir a la cárcel. Ahora estaba empleado en la administración de una red ferroviaria.

—¿Mi padre? No es fácil responder a esa pregunta. Nuestra familia es muy antigua, casi contemporánea de los Rurik. En nuestro escudo figuran una rueda y una bota de campesino, pero por un error histórico; mi abuelo y mi abuela fueron siervos, mientras que mi padre, probablemente para restablecer el lustre de nuestra familia, posee en la ciudad una taberna y una tienda. En nuestro escudo actual figura sobre el fondo verde de un billar, una botella con la divisa: «Tertulia de amigos».

—¿Vive su padre?

—Temo que sí. Si todavía no ha reventado, ahora será sin duda presidente de la unión local de «Los cien negros». Es muy ambicioso y filósofo; me hizo aprender el oficio de veterinario porque, por inclinación, le interesan más los animales que los hombres... También tengo hermanos... ¡Unos canallas de primera!

—¿Por qué emplea este tono?

—No es muy académico, ¿verdad? No puedo hacer otra cosa. Por otra parte, ellos me han enterrado hace ya mucho tiempo. Según una sentencia, que felizmente no se ejecutó, han debido de ahorcarme; al menos, eso creen.

Le sorprendían a Sascha sus cambios de humor, inesperados y bruscos. Tan pronto estaba extremadamente agitado, como muy tranquilo; tan pronto grosero y cínico, como amable e ingenuo. Sascha solía formar pronto una opinión precisa acerca de las personas, pero esta vez no lograba definir a su interlocutor; en algunos momentos le disgustaba, pero unos instantes después le agradaba hasta el punto de sentir por él una ternura profunda, como si evocara en su alma imágenes dulces y

queridas. Kolesnikov le hablaba como un camarada, aunque le doblaba en edad; y escuchaba con una atención extremada, casi respetuosa.

Acompañó a Sascha hasta la puerta de la casa, y antes de separarse de él, le miró fijamente a los ojos y preguntó:

—¿Ha leído el periódico de hoy?

—Todavía no.

—Han ahorcado a dieciséis personas... Bueno, hasta la vista, Pogodin. Tira usted maravillosamente. Es un gran talento... ¡Estoy asustado! ¿No será hereditario?

Sascha adoptó una expresión severa, pero viendo los ojos ingenuos de Kolesnikov, sonrió.

—No, no lo creo —dijo—. He heredado muy poco de mi padre; por otra parte, no me acuerdo de él; hace ocho años que murió... ¡Hasta la vista!

De este modo se fueron conociendo.

Al ver alejarse a Kolesnikov, Sascha estaba muy lejos de presentir que aquel hombre iba a separarle de su hermana y de su madre, y a llevarle hasta el extremo límite del horror. Miraba el dulce cielo primaveral reflejado en los charcos y en los cristales de las ventanas, sin pensar en el destino que se acercaba, sin sospechar que la próxima primavera... ya no lo vería.

## LA PRIMAVERA

**D**urante todo el día, Sascha estuvo extraordinariamente alegre. Después de almorzar cogió el periódico, que habían leído todos; miró los titulares, vio la palabra dieciséis, y lo dejó a un lado. Pensó que no había por qué leer aquello. Por la noche, cuando el cielo estuvo lleno de estrellas y los charcos ligeramente helados, tomó a Lina del brazo y la llevó a una montaña, desde la cual, durante el día, se abría una amplia perspectiva sobre el río. Por el camino fue bromeando con ella, y le hizo reír como a una loca; imitaba la marcha de un general paralítico, provocaba la admiración ferviente de Lina, apretándole la mano contra el corazón, galantemente, diciéndole tonterías caballerescas. Hermano y hermana jugaban ingenuos, amándose, sin sospechar que eran como actores que se preparan para el espectáculo trágico del mañana, sin comprender cuánto de verdad había en su juego.

Sascha rebosaba alegría; representaba a un joven locamente enamorado y hacía gestos tan grotescos que llamaba la atención de los transeúntes. Su hermana estaba muerta de risa.

—¡Te lo suplico, Sascha! ¡No puedo más! ¡Me duele el pecho de tanto reírme!

—¡Ah! —rugía él en tono trágico—. ¿Quieres, desventurada, compartir mi gran amor? ¿Sí o no?

—Sascha, basta, ¡que me voy a caer de tanto reír!

Finalmente, Sascha, en su éxtasis teatral, le dio un empujón, haciéndole pisar un charco. Lina se mojó el pie derecho, y estuvo dos minutos muy enfadada, pero olvidó pronto el contratiempo, miró al cielo y le pidió:

—Sujétame bien por el brazo, que me voy a caer.

Le parecía que las pálidas estrellas iban a su encuentro y que el aire que respiraba venía de las profundidades celestes misteriosas, donde reina la inmortalidad alegre. Empezó a mover ligeramente la cabeza.

—¡Ah!, Sascha, ¡si fueras siempre así! —dijo lanzando un suspiro.

—¿Por qué? ¿Acaso no tienes pretendientes?

Ella respondió tiernamente:

—No digas tonterías... Ayer, Eugenia Egmont me habló otra vez de ti.

Sascha enrojeció en la penumbra y protestó airado:

—Te he pedido que no me hables de ella.

—Ya lo sé. Por eso he dicho: ¡Si fueras siempre así! Pronto tendrás diecinueve años.

—Esas son las mismas palabras de mamá.

—Aunque así fuera, mamá sabe lo que se dice.

—Pues bien, yo también lo sé. Mira, no hablemos más de eso... No quisiera pelearme contigo esta noche.

Por aquel tiempo discutían con frecuencia y bastante seriamente. Ni ellos mismos sabían por qué. La conversación recaía siempre sobre el carácter de Sascha. Lina le

reprochaba que había cambiado y que ya no era él mismo de antes. Él, sin embargo, pensaba que era Lina la que había cambiado y se apartaba del camino común. No hablaba más que de cosas superficiales. Hacía un mes que había empezado a dibujar apasionadamente, después de un largo intervalo de inactividad, y se lamentaba llorando de que su mano había perdido destreza.

Por otra parte, no solo reñía con Lina. En el colegio, con los camaradas, pasaba lo mismo, y también sin ninguna razón plausible. Nada había cambiado allí; pero las conversaciones de sus camaradas irritaban profundamente a Sascha. La víspera, que era sábado, Groman, entre clase y clase, había contado un chiste desvergonzado, y todo el mundo se rió. Verdad es que luego su conducta fue censurada, y aquel alemán cobarde juró que no volvería a contar simplezas semejantes; pero con todo, su grosería había provocado en los primeros momentos una carcajada general.

«No importa —pensó Sascha— cueste lo que cueste, tengo que acabar mis estudios en el colegio para entrar en la universidad. Allí las cosas serán diferentes».

Como era domingo, en la montaña había mucha gente. La oscuridad era tan profunda, que no se veían más que las apacibles luces del otro lado del río. Al pie de la montaña brillaban los faroles de gas. Sobre las casas se cernía el humo espeso de las chimeneas.

La gente empezó a agitarse. Se vio un vaporcito en el río; primero una luz roja; luego una luz verde; por fin todo desapareció en las tinieblas de la noche.

—¡Un vapor! —gritaba la gente.

Sascha reconoció la voz de bajo de Timojin. No estaba solo; un grupo de colegiales y colegialas charlaban sentados en la barandilla de un banco, detrás del cual había un profundo barranco.

—¡Que te vas a caer, Timojin! —gritó uno.

Timojin, que estaba visiblemente borracho, respondió:

—No te preocupes; conozco a fondo la ley del equilibrio. Si quieres, pasaré por la hipotenusa.

Sascha pensó con tristeza que Timojin, tan formal, taciturno y torpón, se había convertido de pronto en un charlatán y bromista; todo el mundo se burlaba de él, y sin embargo, seguía haciendo el payaso.

—¡No debíamos haber venido aquí! —se dijo.

Pero en aquel momento se puso muy colorado. Eugenia Egmont, inquietante por su belleza, le estrechaba significativamente la mano en su silencio.

Era siempre extremadamente respetuoso con las estudiantes amigas de Lina, como con todas las demás mujeres. Este respeto frío paralizaba a las más atrevidas; cuando las saludaba, o con aire solemne les ofrecía el brazo, mirándolas como si se dispusiera a recitar una poesía, ellas sentían que se inmovilizaba su lengua. Aunque todas las noches acompañaba a su casa, ya a una, ya a otra amiga de Lina, no había podido, hasta el presente, encontrar tema de conversación que no les desagradara o no alterara los sueños fantásticos en que viven las muchachas.

Le incomodaba acompañar a las colegialas; sobretodo a Eugenia Egmont, bella, soñadora, delicada y dulce como un junco de las orillas del Nilo. Después de haberla acompañado la primera vez, sin que cruzaran una sola palabra, Sascha dijo decidido a su hermana:

—Si quieres que la acompañe, tienes que venir tú con nosotros.

Lina se enfadó, pero aceptó aquel ultimátum.

Así pues, iban paseando los tres; Lina charlaba por los codos; Sascha y Eugenia Egmont, del brazo, caminaban con paso solemne y callaban como muertos. A veces le parecía a Sascha que Eugenia Egmont apretaba ligeramente la mano contra su brazo. ¡Tal vez se engañaba! ¡Era tan sutil aquella presión! Pero cada vez que esto ocurría, el corazón de Sascha se turbaba ligeramente, sus piernas flaqueaban y no veía el camino, hasta el punto de que hubo un momento en que tropezó con una piedra y a punto estuvo de caer. Sintió una especie de placentero abandono, y le pareció que no andaba, que se elevaba por encima de la tierra, volando en el aire, cogido de la mano firme y cálida de Eugenia Egmont.

En este momento le preguntó ella:

—Ahora mismo ha pasado un vapor, ¿lo ha visto?

—Sí, lo he visto —respondió Sascha, sintiendo de nuevo aquella sensación de ingravidez.

La observó con la mirada tímida de un condenado y encontró en ella algo luminoso y exquisito; y a través de aquellos ojos extraordinarios vio la noche primaveral; su belleza le conmovió hasta tal punto que hubiera querido rezar, como en un templo.

Timojin, borracho, se acercó y se puso a su lado.

—¡Dos palabras, Sascha! ¡Mi querido camarada! No me desprecies por haberme entregado al alcohol. Ellos no comprenden, pero tú lo puedes comprender todo... y perdonarlo todo.

Y lanzando sobre el rostro de Sascha su aliento alcoholizado, añadió misteriosamente:

—Oye: todas las fuerzas de la revolución están rotas. Estamos vencidos.

—No bebas más.

—Sascha, eres demasiado puro para entenderlo. ¿Has leído hoy el periódico? Entonces... ¡Pero silencio! ¡Tú tienes confianza en Dobrovolsky, lo sé, pero haces mal, Sascha, te lo juro! Todos ellos son unos canallas; los conozco a fondo. Escúchame, Sascha: ve al convento, como Ofelia, que yo... yo conozco mi camino...

Lo mejor era irse inmediatamente de allí; pero Sascha se quedó. Se sentó de modo que Eugenia Egmont no pudiera acercarse a él. Escuchaba distraído la conversación, en la cual oyó tres veces la palabra «pornografía», que en aquella época era nueva aún. Pronto la voz fuerte de Dobrovolsky atrajo su atención.

—¿Por qué la revolución rusa tiene por himno una marcha fúnebre? Hay aquí tantos poetas, que sería muy difícil ahorcarlos a todos; y, además, poetas de primer



orden. Sin embargo, a ninguno de esos canallas se le ha ocurrido escribir la «Marsellesa rusa». ¿Por qué hemos de contentarnos con las sobras de la mesa europea, o apechugar con un himno fúnebre?

En las tinieblas sonó la voz pregonera de Timojin:

—¿La oyes, Sascha?: «No habías gastado aún las botas con que acompañaste, llorando, el ataúd de tu marido...».

—¡Los zapatos y no las botas, Timojin!

—¡Tú sí que eres una bota, Timojin!

—¡Recítanos el monólogo de «Hamlet»!

—¿Lo oyes, Sascha?

Pronto se extinguieron las risas y las voces. El viento helado soplaba desde el río. Durante unos minutos, todo el mundo guardó silencio. En la otra orilla, una mano invisible apagaba los faroles de gas, no dejando encendido más que uno de cada tres. Una voz femenina preguntó:

—¿Habéis leído el periódico?

—Sí. Dieciséis...

Otra breve pausa; alguien, con voz juvenil, dijo, como sacando conclusiones de sus pensamientos:

—Sí, queridos míos; tendremos que ponernos de nuevo a estudiar.

Algunos rieron.

—¿Lo oyes, Sascha? —preguntó una vez más, Timojin, con tono trágico.

Se entabló una discusión. Pero Sascha se alejó. Aceleraba cada vez más el paso, como si le estuvieran persiguiendo. Y a medida que se alejaba, se sentía mejor. Comprendía el encanto misterioso de la noche de primavera, y sus miradas se dirigían, llenas de felicidad, a las estrellas. Pero se acordó de Kolesnikov, y se eclipsó su alegría; sus pasos se hicieron más lentos y más pesados.

—Habrà que conseguir informes sobre él —se dijo.

Helena Petrovna quedó sorprendida al ver a Sascha, que volvía solo; y sus ojos de icono se fijaron en él con inquietud.

—¿Dónde está Lina? ¿Habéis regañado otra vez?

—No, no mamá —contestó Sascha sonriendo, y besó a su madre—. La acompañarán; no tengas miedo. ¿Por qué no admites la idea de que he deseado estar un poco a solas contigo?

El rostro sombrío de Helena Petrovna se iluminó.

—¿De veras?

—Claro que sí. Dame té, mamita.

Ella se volvió desde la puerta y preguntó:

—Aquel hombre... Kolesnikov, si no me equivoco... ¿No te ha dicho nada malo?

—No, nada más que cosas buenas. Es un original.

Lina no volvía, y después de tomar el té, Sascha pidió a su madre que tocara «Trendibrendi». Roja de emoción, desconfiando aún de los sentimientos de su hijo, se

sentó al piano. Al principio estaba molesta, porque sus dedos no le obedecían; pero pronto la arrastró por entero la conmovedora ingenuidad de las notas. ¿Qué nombre podía darse al sentimiento con que una madre canta, meciendo a su hijo? Es más profundo y más sublime que la plegaria. Cuando una madre canta meciendo a su hijo, se diría que su mismo corazón pulsa las cuerdas de un instrumento mágico.

Helena Petrovna se volvió y miró a Sascha; estaba sentado, apoyada la cabeza en las manos, sumido en reflexiones desconocidas, inspiradas por la música.

Cuando se separaron para ir cada uno a su habitación, Sascha pidió:

—Mamá, ¿no tienes ni un solo retrato de nuestro padre? Búscame uno. Yo no le he visto nunca.

Helena Petrovna le miró sin decir nada, fue a su cuarto y volvió un minuto después con una gran fotografía. Sascha vio una figura rígida como una estatua: era su padre, el general Pogodin. El fotógrafo había borrado como con una plancha todas las arrugas del rostro, y el general parecía aún más duro y severo. Su pecho cuadrado estaba cubierto de condecoraciones.

## LOS ESTUDIANTES

**A**l entrar en el patio de su casa, Sascha quedó profundamente sorprendido. A pesar de la hora avanzada, las ventanas del comedor estaban iluminadas. Apretó el paso. En el umbral encontró a Lina, que le estaba esperando.

—¡Sascha, querido, ha ocurrido una desgracia! —dijo con voz conmovida.

—¿A mamá?

—No, ¡a Timojin! Acaba de ahorcarse; te están esperando... Dobrovolsky, Stenberg y otros.

Y de pronto Lina le echó los brazos al cuello, ocultó la cabeza en su pecho y prorrumpió en llanto. Aquellas lágrimas eran provocadas evidentemente por un dolor más profundo que el suicidio de Timojin, a quien apenas conocía.

—¡Mi Sascha querido! —decía, sujetándole con fuerza, como si temiera que se fuera de nuevo—. ¡Con qué impaciencia te hemos esperado! ¿Por qué no venías, Sascha?

—¡Vamos, Lina, basta! —pidió tranquilamente Helena Petrovna acercándose a sus hijos y tratando de desasir a Sascha de los brazos de su hermana—. ¡Cálmate, hija mía! Te están esperando, Sascha...

Y Helena Petrovna, de repente, rechinó los dientes.

Sascha no había oído jamás rechinar los dientes a un ser humano, y se estremeció, como atacado por un intenso y repentino frío. ¡Pobre madre!

Fue una noche muy triste. Los escolares, pálidos, abatidos, pasaron en casa de los Pogodin toda la noche, cruzando miradas de espanto y tomando té para calentarse. Por la mañana, acompañados por Helena Petrovna, Sascha y Lina fueron al hospital donde se hallaba el cuerpo de Timojin, para asistir a los funerales.

El rostro de Timojin estaba cubierto por una gasa. Solo se veían sus manos amarillas, que alguien había colocado en forma de cruz. No estaban allí sus padres, que vivían en una ciudad lejana.

A causa del cansancio y de la noche en vela, Sascha sentía vértigos. A veces le parecía que todo estaba envuelto en una espesa niebla, pero sus ideas y sus sentimientos eran extremadamente nítidos, de una nitidez morbosa.

Observaba la ancha espalda del pope, vestida con un alba bordada de plata, el humo azulado del incienso, las finas velas encendidas que un hombrecillo con una perilla ridícula distribuía entre los asistentes. Y le parecía que todo aquello tenía un sentido preciso y profundo que no alcanzaba a comprender. El pastor recitaba las oraciones en voz baja; su ayudante, sin dejar de distribuir las velas y de ocuparse de los pequeños detalles del servicio, le respondía con voz segura y serena.

—¡Roguemos al Todopoderoso! ¡Roguemos!

Al tomar en sus manos una vela encendida, Sascha pensó: «Hace solo una hora, este hombre estaba en su casa, al lado de su mujer, tomando té, con su perilla ridícula; y ahora se ha convertido en un ser superior que sabe cosas que no saben los

demás, que tiene una autoridad ante la cual se inclinan todos».

Sascha encontraba esto muy natural. Según él, todo estaba bien, todo sucedía como es debido, todo era normal. Hasta la ventana abierta sobre el pequeño jardín del hospital donde se paseaban los enfermos y por donde llegaba el perfume de los álamos y de los abedules. «Es preciso —se decía Sascha—, que esa ventana esté abierta, que los árboles exhalen sus perfumes primaverales, que el día de abril sea bello y cálido».

Entre el humo azulado del incienso vislumbró el rostro de su madre, que rezaba, y se preguntó con sorpresa cómo podía ser que estuviera allí, olvidándose por completo de que habían ido juntos; luego se acordó, y se dijo que también esto era natural y razonable. Examinó largo rato su rostro severo, de expresión grave, y pensó; «Es una mujer excelente. Pronto, cuando yo muera, rogaré a Dios por el descanso de mi alma». Luego se puso a observar las manos amarillas de Timojin, y pensó tranquilamente que él también estaría pronto con las manos cruzadas, inmóvil y grave. Por un breve instante, tuvo compasión de sí mismo e incluso ganas de llorar. Se imaginó en el lugar de Timojin; pensó que no era Timojin quien estaba tendido sobre la mesa, sino él mismo, Sascha Pogodin. Esta idea le produjo un escalofrío. Para convencerse de que estaba vivo, comenzó a mover los dedos, pero un minuto después, recobró la calma y se sumió en reflexiones sobre la vida y la muerte de Timojin.

De súbito, todos los presentes manifestaron una gran emoción. Se oyeron voces espantadas, cuchicheos:

—¡Es un pobre loco! ¡Echadle!

Sascha se volvió hacia la ventana, y se estremeció. Aferrado a los barrotes, estaba uno de los locos, que tuvo la idea de mirar lo que sucedía en el interior de la capilla. Iba sin gorra, con los cabellos cortados al rape, y sus ojos tenían la expresión extraña de un orate furioso. Una sonrisa vaga contraía sus labios, y su mirada escrutaba inquieta los rostros de los asistentes. Haciendo la señal de la cruz, el colegiado Dobrovolsky se acercó a la ventana. La cabeza del loco desapareció.

Unos minutos después terminó el funeral. El pope no se daba prisa por quitarse el alba y marcharse. Probablemente quería decir algunas palabras a los escolares, pero no estaba seguro de la acogida que tendría su sermón. Se volvió a los asistentes y les miró tímidamente, con sus bondadosos ojos viejos. Sascha, que no conocía más sacerdote que el del colegio, el padre Alejo, examinaba con una curiosidad benévola el pálido rostro desconocido y los ojos enrojecidos por el llanto. Leyó en la mirada del religioso no solamente el dolor, sino la timidez, casi el espanto. Los demás estaban también confusos.

—¿Por qué tarda tanto? —pensó Sascha, lleno de pie— dad hacia el pope.

Con los pies separados, el pope, indeciso, movía con sus dedos la gran cruz que llevaba colgada del pecho. De pronto guiñó los ojos varias veces, y dijo con voz temblona de emoción y anhelo de convencer:

—¡Señores colegiales! ¿Es posible esto? Pensad en vuestros padres, señores colegiales. ¡Es terrible lo que ha pasado!... ¡Ah, señores colegiales!...

Quiso añadir algo más, pero no encontró palabras. Se contentó con una sonrisa bondadosa y un poco confusa. Algunos de los asistentes le sonrieron también. Al salir, le saludaron con afecto. Respondía a todos con sendas sonrisas benévolas, mirándoles con sus compasivos ojos atentos y enrojecidos por las lágrimas, y agitando torpemente la cruz que pendía de su cuello.

Algunos minutos después estaban todos en el patio, procurando mantenerse alejados de los dementes que por él se paseaban. Timojin, con sus manos amarillas cruzadas sobre el pecho, se quedó solo.

Por el camino, Stemberg exclamó, iracundo:

—¡Qué imbécil es Dobrovolsky! Ha dado la nota de Timojin a los alumnos de las clases inferiores, para que la copien. No tenía derecho, porque las últimas palabras de Timojin eran propiedad de nuestra clase. Además, era tan corta, que no valía la pena copiarla. Se puede aprender de memoria fácilmente.

Sascha se acordó de aquella cartita lacónica. «No tengo fuerzas para luchar con el mal, y no quiero vivir como un cobarde. ¡Adiós! Venid a mis funerales». En estas últimas palabras, había algo bufonesco, propio del carácter de Timojin. Era necesario recordar su rostro hinchado, sus manos cruzadas, el pope con los ojos enrojecidos, para creer en su trágico final.

Solo Stemberg volvió a la casa, los demás se dirigieron a la montaña, y se entretuvieron allí mucho tiempo, cansados por la noche de insomnio, bostezando, con los rostros sombríos repentinamente enflaquecidos. Un pequeño vapor remolcaba una chalana vacía, cuya borda sobresalía por encima del agua; avanzaba tan lentamente, que parecía inmóvil.

—¡Qué buen pope!... —comentó uno de los colegiales, con una sonrisa dulce.

No le respondió nadie; pero la misma dulce sonrisa floreció en todas aquellas fatigadas caras juveniles.

## ENCRUCIJADA DE CAMINOS

La partida había sido fijada para la noche del domingo, que era dos de mayo.

—Tal vez sea mejor que nos vayamos de día —dijo Kolesnikov—. Por la noche pueden advertir nuestra marcha con más facilidad.

—No. Si me voy de día, mi madre lo sabrá por la noche... Prefiero que se entere de día, cuando haya gente a su alrededor. Saldré por la ventana, y nadie se enterará de nada.

—Deja una carta a tu hermana.

Sascha no respondió, pero pensó, disgustado: «¡Qué falta de tacto! ¿No comprende que no hay por qué hablar de estas cosas, que por sí solas se entienden?».

Durante aquellos últimos días que pasó sin salir apenas de casa, se mostró muy frío con Kolesnikov, evitando mirarle. Se encerró en sí mismo, en sus penas y en sus ideas agitadas. Kolesnikov, minado por la emoción y por los tristes pensamientos que le asaltaban respecto a Helena Petrovna, miraba fijamente, con maldad, el rostro sereno y firme de Sascha, sus manos blancas, tranquilamente posadas sobre las rodillas. «¡Un verdadero hijo de general!», pensaba. Pero no se atrevió a decir nada. Por el contrario, estaba muy correcto con Sascha.

En las ideas, en los actos, y hasta en los deseos de Kolesnikov, durante aquellos últimos días, se percibía cierta confusión. Los últimos pasos de Sascha fueron firmes. Kolesnikov en cambio, ardía en la fiebre de mil emociones. Tan pronto reía sin razón alguna, como estaba triste y melancólico. Varias veces al día enviaba notitas a Sascha, convocándole para nada; no solamente Helena Petrovna, sino hasta los criados, miraban a sus mensajeros con recelo. La mayor parte de ellos eran pilludos de mal aspecto. Una vez, con una sonrisa de felicidad, Kolesnikov se dirigió a casa de Sascha, a enseñarle sus botas nuevas, pero a la mitad del camino reflexionó y se volvió atrás.

Apenas dormía. Cuando intentaba pensar en el futuro o en las razones de su próxima partida, notaba con horror que todas sus antiguas ideas habían desaparecido. En su mente bullía una extraña mezcla, y Kolesnikov se volvía loco de ira y de impotencia. No hacía nada; todos los días iba a ver a Andrés Ivanich, el marinero a quien tenía escondido, exponiéndose a caer preso.

—Ese Pogodin me inspira ideas negativas —le comen— taba al marinero—. No sé qué hacer.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo? —preguntaba el otro.

—Eso no. No es de los que tienen miedo, pero... no es de los nuestros...

Andrés Ivanich no decía nada.

Era un hombre vigoroso, de estatura mediana, extremadamente tranquilo y reservado. Iba vestido con un buen traje. Su rostro juvenil afeitado, su bigote fino, sus hermosos ojos, producían la impresión de una tranquilidad absoluta, imperturbable. Su andar era silencioso, casi imperceptible, pero muy firme. Cuando estaba de pie,

parecía que apenas tocaba la tierra.

—¿Es usted un intelectual? —le preguntó Kolesnikov, con menosprecio, examinando su habitación muy limpia y cuidada, casi como la de Sascha.

Andrés Ivanich sonrió, pero no dijo nada. Esperaba que Kolesnikov le dijese algo importante. En la pared, cubierta por un papel desgarrado y húmedo, había colgada una balalaika, cuyo respaldo adornaban dibujos fantásticos, hechos probablemente por algún marinero amigo de Ivanich; había allí, entre ramas verdes, un pájaro, una paloma probablemente, y una rosa aplastada.

Kolesnikov examinó la balalaika.

—¿Va a llevársela?

—Naturalmente.

—¡Déjela aquí, Andrés Ivanich!

—Pero ¿por qué, Basilio Vasilievich? Me ha acompañado en todos los peligros, la he llevado en todas mis andanzas, y no veo razón para abandonarla. Además, no molestará a nadie.

—Bueno, pues al menos toque algo.

—A sus órdenes.

Kolesnikov se enfadó.

—¡A sus órdenes! Vamos, Andrés Ivanich, no hay que estar a más órdenes que a las de uno mismo. Uno tiene que tener sus propios deseos, y su dignidad.

—¡Yo los tengo, Basilio Vasilievich!

—Pero siempre está callado... Esto tampoco me gusta: un hombre que se respeta, intercambia ideas con los demás.

Andrés Ivanich cogió la balalaika, y repuso sonriente:

—El que se interesa por mis pensamientos, los conoce sin que yo se los diga... Ahora, ¿qué quiere que toque?

Pero Kolesnikov ya no quería música. Una infinita tristeza invadía su alma; iba a romper a llorar. Su corazón estaba oprimido por el afecto, por la compasión, hacia Sascha, hacia aquel marinero con su balalaika, hacia todos los seres vivientes.

Se despidió y se marchó, inquieto y turbado, buscando el verdadero camino y preguntándose dónde está la verdad. Se diría que Kolesnikov, en aquellos momentos, personificaba la conciencia agitada de todo el pueblo ruso, que a tientas buscaba su camino.

## MI ALMA ESTÁ SOMBRÍA

**S**e acercaba el día fijado para la partida. Y a medida que se acercaba, adquiría dimensiones mayores.

El tiempo pasaba con una rapidez vertiginosa, al menos para Sascha. Pero a veces, hasta los minutos se le hacían largos como años. Era cuando pensaba en su madre.

Una de las preocupaciones que más le angustiaban era cómo tratar a su madre, los días últimos, antes de su marcha. Tal vez convendría que estuviera en casa lo menos posible, para que se fuera acostumbrando poco a poco a su ausencia. Pero no; eso no serviría de nada.

¿Mostrarse frío, seco, con el fin de que sintiera menos el dolor de la separación? Pero esta frialdad no produciría en ella ningún efecto, porque no la tomaría en serio. Por otra parte, aunque la maniobra surtiera efecto, ¿de qué valía hacerle daño? ¿Para qué insultarla con la desconfianza y el disimulo? Pero Sascha no podía ser afectuoso, tierno, desbordante de amor, con ella, como hubiera querido, porque entonces la pobre sentiría aún más dolorosamente perderlo para siempre.

Sascha se consumía en estas cavilaciones, y argumentaba mentalmente:

«Mamá, tú podrías decirme cómo debo actuar en este momento trágico. Pero no debo detenerme. Sobre la sangre de tu hijo se construye el templo del porvenir. Ábreme tu corazón, y, antes de que me lleve la muerte, dame tu bendición maternal».

Y le parecía que la madre contestaba:

«Hasta el presente solo me has dado alegrías. No me las niegues ahora. Cuando vayas a sacrificarte, yo iré contigo. No tienes derecho a privarme de la parte que te corresponde, en tus sufrimientos y en tus dolores. Dame, pues, la alegría hasta el momento en que llegue la hora de sufrir».

Los últimos días, Sascha apenas salía de casa. No se ausentó más que una hora el jueves, para dar dinero a Kolesnikov. El resto del tiempo estuvo junto a su madre.

Por la tarde paseó con ella y con Lina, por las afueras de la ciudad. Por la noche, después de separarse de ambas, volvió a leer su correspondencia, y quemó las cartas. Quiso hacer lo mismo con su diario de la niñez, en el que tenía la costumbre de escribir sus impresiones infantiles. Pero reflexionó, y lo dejó para consuelo de su madre.

El viernes no se separó de ella, desde la mañana. Era extraño que Helena Petrovna no sospechara nada y se sintiera feliz con las atenciones de Sascha, encontrando muy natural que no la abandonara un solo instante. Ni siquiera le sorprendió la inactividad del muchacho, que no trabajaba ni estudiaba, mientras Lina estaba todo el día en su habitación, preparándose para los exámenes. La misma Lina manifestó en diversas ocasiones su extrañeza, y hasta comenzó a recelar algo.

Le hizo, por dos veces, una pregunta inquietante:

—¿No haces nada para preparar los exámenes? Falta muy poco tiempo.



—Estoy preparado ya.

—¡Ten cuidado, Sascha! ¡No saldrás bien de los exámenes!

Por la noche, Lina fue a casa de Eugenia Egmont, para estudiar juntas. Sascha se quedó con su madre, leyéndole poesías de Byron, que a ambos les gustaban mucho.

Eran las diez de la noche, cuando la criada le entregó una nota de Kolesnikov: «Ven enseguida. Muy grave».

—La ha traído un chaval —dijo la criada—. Espera respuesta.

—Bien. Dile que iré enseguida.

Helena Petrovna palideció y se levantó.

—¿Es de Kolesnikov? —preguntó.

Sascha hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no viene a casa? ¿Por qué te manda siempre cartas? Es tan extraño todo esto... ¿Irás a buscarle?...

—Sí, mamá. Es cosa de una hora... Kolesnikov está un poco raro estos últimos días...

—Dime la verdad, ¿le espían?

Sascha hizo de nuevo un signo afirmativo.

—Dentro de una hora estaré de vuelta —reiteró—. No cierres el libro, mamá. Vamos a continuar. Volveré... dentro de una hora.

Kolesnikov estaba muy emocionado; su agitación se notaba enseguida a pesar de la poca luz que había en la calle. Su enorme cuerpo temblaba y respiraba fatigosamente. Cuando Sascha se acercó a él, le apretó febrilmente la mano.

—Al fin —comenzó a balbucear—. Oye, voy a decirte una cosa. Vamos más lejos.

Le llevó hasta el extremo de la callejuela. Luego se detuvo, puso las manos en los hombros de Sascha y le gritó:

—¡Sascha, quédate! ¡Quédate aquí!, te digo. Todos nuestros proyectos son tonterías. Te han engañado. Merezco que me maten...

Sascha apartó las manos de Kolesnikov y le ordenó con voz imperiosa:

—Cuéntame todo lo que pasa. Me parece que estás un poco alterado.

Kolesnikov quedó aún más turbado por el tono imperioso de Sascha.

—Son tonterías, te digo. Es una pesadilla, un mal sueño. Todos soñamos, Sascha querido. Yo no puedo... Eres como un hijo para mí.

Se oían sollozos en su voz.

—No tengo a nadie... a nadie más que a ti... ¡Despierta de esta pesadilla!

—No grites, pueden oírnos. ¡Estás loco! Vámonos más lejos.

—¡Sascha!

—¡Vamos, te digo!

Echaron a andar muy deprisa. A medida que avanzaban, Kolesnikov se fue tranquilizando visiblemente. Sascha lanzó una mirada de odio sobre la espalda curva de su compañero y dijo con voz seca:

—Usted, Basilio Vasilievich...

Rectificó inmediatamente.

—Tú, Basilio, por lo que veo, no te das cuenta exacta de la situación. Como te había dicho, me voy el domingo, ¿lo oyes?

«No me quiere» —pensó con dolor Kolesnikov, y su espalda se curvó aún más.

—Crees probablemente, que voy porque eres tú el que me llama. Te engañas en ese caso. Has de saber que tu convocatoria no tendría ningún efecto sobre mí. No es a tu llamamiento lo que sigo, tu voz es demasiado débil para eso. ¡La voz del pueblo es la que me ha despertado! Y si es un sueño, como afirmas, no eres tú quien me hace soñar, sino el pueblo...

Sascha hablaba cada vez con mayor pasión.

—Yo no me arrodillaré ante el pueblo, como tú, pero sí le daré todo lo que poseo: mi pureza. Te confieso con orgullo, Basilio, que soy puro. La otra vez te dije algunas vaciedades al hablar de mis supuestos pecados. Si los pecados existen, no soy yo quien los ha cometido; voy allí precisamente a expiar los pecados ajenos. No sé lo que sucederá, pero amo a aquellos hacia quienes voy y... creo en la verdad. Aunque solo consiguiera morir de una muerte honrada, eso bastaría para mi ventura. Porque es imposible que una muerte honrada sea estéril. ¡No! ¡Es imposible! ¡Te lo juro! ¡Basilio, con toda la verdad que existe sobre la tierra! ¡Oh, Basilio!

El tono de voz de Sascha se hizo súbitamente dulce, casi tierno.

—Hace un momento contemplaba el rostro puro de mi madre, y mi conciencia estaba tranquila. El que puede mirar al rostro de su madre con la conciencia tranquila no cometerá un crimen, aunque todo el mundo, hasta el mismo Dios, le considere criminal.

Se hizo un largo silencio. Al fin, Kolesnikov preguntó:

—¿Entonces será el domingo?

—¡Sí, el domingo!

Kolesnikov se echó de pronto a reír, alegre y francamente como un niño.

—¿Qué tienes? —preguntó Sascha.

—Mira, Sascha, quizá yo encuentre contigo también el buen camino.

—¿Qué camino?

—¡Pues el de la verdad!... Bien, bien, no te enfades, ¡mi general! Ahora ya estoy tranquilo por completo. Hasta creo que dormiré esta noche. El zapatero en cuya casa vivo se pondrá muy contento. ¡No le dejaba dormir! Llegó a tomarme por un loco... Bueno, hasta la vista, Sascha. Ya no te molestaré más hasta el domingo.

No acompañó a Sascha, quien volvió a su casa. Sascha estaba muy contento de haberse quedado solo. Los árboles, a ambos lados del camino, exhalaban un olor acre, excitante, primaveral, y a Sascha le parecía que la primavera misma le llamaba por medio de aquellos árboles. El fuerte olor dominaba la ciudad. Se esparcía por encima de los campos y de toda la tierra imprimiendo al ambiente un carácter primaveral.

Sascha no quería abandonar aquellas calles silenciosas henchidas de primavera.

«Volveré media hora más tarde —se dijo—. Quiero ordenar mis pensamientos».

Se apartó un poco del camino, y entró por una callejuela desierta.

Su primer pensamiento fue Eugenia Egmont. Cada vez que Lina iba a casa de su amiga, Sascha experimentaba el deseo de rondar por cualquier parte en las calles desiertas. Se figuraba a sí mismo en el lugar de su hermana, junto a la que amaba. Cuando Lina se hallaba en casa de Eugenia Egmont, Sascha aguardaba con impaciencia el regreso de su hermana y nunca se acostaba hasta verla llegar. Pero jamás le preguntaba nada sobre su amiga; al contrario, parecía tan torpe, torvo y de tan mal humor que a Lina se le quitaban las ganas de hablar de Eugenia, y Sascha se iba a su cuarto feliz y desgraciado, rico en extremo, y terriblemente pobre al mismo tiempo.

Esta vez, vagando por las calles oscuras, pensaba otra vez en Lina, que estaba en casa de Eugenia Egmont. Trataba de imaginarse cómo estaban sentadas una junto a otra. Se figuraba las miradas que cambiaban, los libros y los cuadernos sobre los que posaban sus manos. Si se le hubiera preguntado en qué pensaba hubiera respondido con toda sinceridad que pensaba en su hermanita querida; pero se hubiera avergonzado de sí mismo al confesar que, a través de Lina, pensaba en Eugenia Egmont.

Cuando estuvo ya muy cerca de su casa, recordó su reciente encuentro con Kolesnikov. Esta idea se incrustó en sus pensamientos como un pedazo de mármol negro en un mosaico de color claro. No quería a Kolesnikov, y lo encontraba pesado, desagradable. No comprendía que, precisamente aquel Kolesnikov, le había traído la tranquilidad y la confianza en sí mismo, y que la angustia de aquel hombre había disipado su propia angustia. Algo muy grave que deshizo todas las dudas, y todos los equívocos, se había dicho durante aquella conversación. No solo dicho sino decidido. No solo decidido sino hecho. Sascha no sabía exactamente lo que era, pero se sentía más tranquilo y más firme.

Su madre no le dirigió ningún reproche, aunque llegó con una hora de retraso. De nuevo se reían, eran felices, estaban unidos. Sascha empezó a leer una poesía de Byron. Las páginas iluminadas del libro le deslumbraban un poco; después de la oscuridad de las calles, sobre el fondo claro, las letras parecían muy negras, distintas y bellas.

Sascha recitó:

*Mi alma está sombría; ¡pronto, a cantar!  
Aquí está mi arpa de oro.  
Que tus dedos evoquen sonos de paraíso  
Cuando toques con ellos sus cuerdas sonoras.  
Si no mató el destino todas mis esperanzas  
florearán de nuevo sobre mi corazón;  
correrán abundantes y cálidas mis lágrimas,*

*si al fin no se han secado.*

—Lees admirablemente, Sascha. Si no estás cansado...

—En absoluto, mamá.

—Lee el poema «A la orilla de los ríos de Babilonia». Cuando lo oigo, me parece que somos todos pobres judíos, víctimas del dolor... ¿Vas a recitarlo de memoria?

—Sí; lo conozco muy bien.

Sascha recitó con los ojos cerrados los versos del poema de Byron:

*En los árboles están colgadas nuestras arpas.*

*Selim nos ordenó, antes de su caída,*

*que no cantáramos mientras no fuéramos libres.*

*Por eso no tocamos las arpas*

*que siguen colgadas en los árboles.*

Hacia la una, volvió Lina. Se puso enseguida a hablar de las dificultades de los exámenes; toda su persona exhalaba olor de primavera. Le parecía a Sascha que la misma Eugenia Egmont le miraba por los ojos de Lina, «¿Por qué no dice nada de Eugenia Egmont?», se preguntaba Sascha, descontento. «¡Qué mala idea tiene mi hermana!». Pero Lina no lo hacía expresamente; había olvidado a Eugenia y las horas que había pasado en amistosa intimidad. Al cabo de algunos minutos se acordó:

—Se me había olvidado decir que Eugenia me ha acompañado hasta casa y me ha dado unos acianos para ti, mamá. Los tengo allí, en la blusa. Ahora te los traigo.

«Entonces, ella acaba de estar aquí, ahora mismo cerca de nuestra puerta», pensó Sascha, emocionado.

—¿Con quién ha vuelto a su casa? ¿No se habrá ido sola a la una de la madrugada? —preguntó Helena Petrovna, aspirando el olor de los acianos.

—Nos ha acompañado su primo, un oficial de la Guardia, de enormes bigotes... Ha llegado de Petersburgo... ¡Dios mío, qué galante es! ¡Me daba vergüenza por la calle; ni un solo farol! Es terrible; esto no puede seguir así...

Antes de ir a acostarse. Lina besó a Sascha y cuchicheó algo a su oído. Le pareció que quería decirle algo respecto de Eugenia, y, con las cejas fruncidas, preguntó:

—¿Qué es lo que cuchicheas?

—¡Silencio, Sascha! Te digo solamente que mamá está hermosa de veras... Tan joven... Mira sus ojos... Y buenas noches; tengo un sueño terrible. Esa maldita geometría, lo que cansa...

A pesar del oficial de la Guardia que había venido de Petersburgo, Sascha durmió muy bien aquella noche. El sábado por la mañana, bajo la lluvia alegre de primavera, fue a la farmacia a comprar iodoformo y todo lo necesario para los vendajes. Sabía que Kolesnikov no pensaría en esto.

Por la noche, sus condiscípulos habían organizado una cena; pero Sascha se negó a ir, pretextando que no le gustaban los borrachos, que no faltarían allí, sin duda.

Después de la lluvia, el aire se tornó más puro aún. Sascha se paseó con su madre por la orilla del río, hasta la entrada de la noche. Esta vez Helena Petrovna no sospechó nada tampoco y encontró muy natural que Sascha estuviera constantemente con ella, sin pensar en los exámenes.

Lina pasó también el día en casa de Eugenia de Egmont, y como la noche anterior, volvió muy tarde, hacia la una. Pero esta vez no reía; estaba muy distraída, pensativa y como turbada por algo. Lanzaba suspiros.

—Mamá, ¿crees en los presentimientos? —preguntó de repente, alzando sus ojos hacia Helena Petrovna.

—Vamos, vamos, Lina querida; ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué me hablas de presentimientos? ¿Habéis vuelto a hablar de la muerte de Timojin? Aquel desgraciado joven os va a volver locos a todos... ¿Di, habéis hablado de él?

—Sí. ¡Eugenia ha dicho unas cuantas tonterías sobre eso! Me ha sorprendido. Después, hemos llorado.

—¿Por qué?

—¡Ah, mamá! Naturalmente que había por qué; no se llora sin razón.

—Anda, ve a acostarte.

—Quiero que me acompañes, Sascha, a mi cuarto.

La madre sonrió.

—Pues bien, Sascha, acompaña a esta locuela.

Sin mirarla, ofreció su mejilla, que besó Helena Petrovna; luego se dirigió flemática a su habitación, apoyada en Sascha, que la sostenía ligeramente por el brazo. Pero cuando estuvieron lejos de la vista de su madre, Lina cogió a su hermano de la mano y empezó a murmurar furiosa:

—¡Sascha, eres tan!... ¡Yo no te comprendo!... ¡Toma esta carta! ¡Dios mío, qué tonto eres!

—¿Qué carta?

—¡Pues una de Eugenia, vamos!

—¿Qué es lo que desea?...

—Si no la coges, Sascha, te juro... ¡Eres tan tonto, que me da vergüenza que seas mi hermano!... Sascha, Saschenka, te lo suplico. Es preciso que tú también jures...

—Dame la carta.

—Tómala. Espera la respuesta.

—Sí, la tendrá... mañana, por la noche...

Lina besó con fuerza a su hermano y se separó de él.

Aquella primera noche del mes de mayo, Sascha no se acostó hasta el alba. Una mitad de la noche —última que pasaba con su familia— estuvo vacilando; ¿abriría o no la carta de Eugenia? No la abrió. La segunda mitad de la noche la empleó en escribir una larga contestación a la carta que no había leído. Pero rompió la

contestación y acabó por responder con estas tres palabras. «No es necesario. S. P.».

Así, pues, ni siquiera tuvo tiempo, durante aquella última noche, de reflexionar sobre el gran cambio que iba a producirse en su vida, de despedirse de los años apacibles y dichosos que había pasado en compañía de su madre y de su hermana. Aquella noche fue consagrada a los sufrimientos de un corazón lleno de amor... de un amor hacia otra persona, que no era ni su madre ni su hermana. Ni siquiera pensó en su madre; la traicionó con otra mujer. No pensó tampoco en su hermana Lina, a quien también traicionó por otra mujer. Solo a su horrible sueño, a su proyecto ingente no le hizo traición. Y si la niebla espesa que oculta el porvenir del hombre se hubiera disipado un instante, Sascha hubiera visto, petrificado de estupor doloroso, que lo más terrible que le esperaba no era la muerte y que iba a pasar por un trance infinitamente más amargo.

Pero la niebla no se disipó y Sascha no vio nada.

Por fin el domingo fatal llegó.

Eran las dos y media de la madrugada. Llovía. En una callejuela desierta aguardaba un carruaje campesino, tirado por dos caballos. Dos hombres esperaban a Sascha: Kolesnikov, que estaba de pie y manifestaba inquietud, y otro individuo, sentado en el carruaje y apenas visible en la oscuridad. Se diría que estaba dormido. Pero de pronto expresó también cierta inquietud. Con una voz juvenil, armoniosa y dulce, dijo a Kolesnikov:

—¿No nos habremos equivocado de sitio, Basilio Vasilievich? Eso sería fastidioso.

—No, no. Más vale que te calles.

—¡Bueno!

—¿Cómo?

—Ya me callo. ¿Ha mirado usted la hora?

—Sí, no te preocupes.

Aquel era el punto convenido, detrás del jardín de los Pogodin. Sascha conocía muy bien aquel lugar, que había contemplado tantas veces, siendo niño, desde la tapia del jardín. Y, sin embargo, no llegaba; la hora fijada había sonado ya.

La angustia de Kolesnikov iba en aumento. De repente, se oyó un ligero ruido detrás de la valla.

Un minuto después, apareció Sascha por encima de la tapia.

—¡Toma! —dijo a Kolesnikov, dándole un maletín.

—Te has retrasado —repuso este, cogiéndolo.

Sascha no respondió. Saltó ágilmente al suelo.

—¡Buenas noches, Sascha!

—¡Buenas noches! ¿Y el otro, quién es? ¿Andrés Ivanich?

—No, Andrés Ivanich se fue ayer. Este es Petruscha. ¿No es verdad, Petruscha, que eres tú?

—Ya lo creo —dijo, riendo, el aludido.

—¿Todo está preparado? —preguntó Sascha.

Cuando estuvieron en el carruaje, Sascha, que tocaba a Petruscha con el hombro, pero que no podía verle, dijo:

—Pues bien, Petruscha, me alegro de conocerle.

—No le gusta que le traten de usted —declaró Kolesnikov—. Mira, Petruscha... Es nuestro atamán.

—Eso está bien. También yo me alegro. ¿Y cómo se llama usted?

Sascha enrojció, y respondió con tono firme:

—Sascha Yegulev.

—¿Alejandro Ivanovich?

—Sí.

Petruscha fustigó los caballos.

—Buenas noches, entonces, Alejandro Ivanovich —dijo.

**SEGUNDA PARTE**  
**SASCHA YEGULEV**



## EL SEMBRADOR INVISIBLE

**E**ra una época terrible. Los ríos, crecidos por las aguas primaverales, no habían recobrado su aspecto normal. Los pantanos y los prados, también anegados, parecían lagos. Los campos estaban húmedos, y en los barrancos no se había fundido la nieve, protegida por la frialdad de las noches. La primavera proseguía su obra de regeneración; pero el fuego, oculto hasta ahora, cautivo del invierno, había surgido ya, lanzando al cielo sus resplandores lúgubres. La serie de incendios comenzaba.

Por el pueblo se extendían noticias y rumores lúgubres. No los transmitían palabras humanas, sino voces misteriosas. Los límites entre lo real y lo invisible habían desaparecido. Se sabía, de antemano, que tal o cual persona debía morir, y ya se la consideraba como muerta. Apenas comenzaba a arder alguna finca señorial, cuando ya lo sabían los campesinos de treinta verstas de distancia, antes de ver teñido el cielo con el rojo resplandor del incendio; con sus carros, y sus caballos acudían los pobladores de las aldeas próximas a aquella propiedad para apoderarse de los bienes señoriales. Se decía que la gente había adquirido un don misterioso, de adivinación, o recibía avisos y sabía qué propiedades estaban destinadas al fuego y al pillaje, y qué hombres iban a ser asesinados. El fuego y los fusiles habían entrado en acción, y llenaban de ruido y sembraban la alarma por los campos pacíficos.

Algo invisible rodaba en las tinieblas de la tierra rusa. Nadie podía alcanzarlo, detenerlo en su marcha. ¿Qué era? ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? ¿Era el alma del pueblo despierta en la noche, sedienta de venganza, acechando a quienes le habían robado la luz del astro del día? ¿Era Dios mismo, ardiendo de ira por la maldad de los que gobiernan la tierra, y castigando, no solamente a los culpables, sino también a los inocentes? ¿Qué era? ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? Las máquinas de imprenta, con ruido monótono, tiraban a diario grandes hojas donde estaban cuidadosamente registrados los incendios, los crímenes, el dolor que agarrotaba a las gentes. Los habitantes de las ciudades, espantados, alarmados, dirigían miradas de terror, por encima de los muros, hacia los campos y los pueblos. Allá en las aldeas todo era negro, oscuro, incomprensible, misterioso. Algo invisible merodeaba en las tinieblas. Algún olvidado lanzaba, como fiera herida, gritos de dolor, aullaba, plañía, injuriaba, se agitaba en la noche negra, se escondía en los bosques. Solo se veían los tétricos resplandores de los incendios.

Las gentes estaban como perdidas en la selva virgen.

—¿Están todos allí?

—Todos.

—¿Qué es lo que merodea en las tinieblas?

—No lo sabemos.

—¿Qué es lo que pasa?

—No se sabe.

Era una época terrible, llena de amenazas misteriosas.

## LA VÍSPERA

La noche descendía sobre el bosque.

Un *mujik* delgado, de elevada estatura, llamado Eremey Gnedij, se acercó a Pogodin. Fruncidas las cejas sobre sus ojos severos, dijo:

—Alejandro Ivanovich, habría que ampliar un poco la barraca; nuestro número aumenta y estamos muy apretados.

—Pues bien, hazlo.

—Sí, pero Fedot no quiere trabajar—. «Yo he venido aquí para vivir a lo grande —dice—, y no para trabajar».

Alrededor de la hoguera encendida sonaron carcajadas. Petruscha, riendo, exclamó con su voz melodiosa:

—¡Échele usted, Alejandro Ivanovich! Le hemos prometido construir mañana una barraca nueva... Ahora, en la oscuridad, es imposible. Pero él no quiere comprenderlo. Quiere que nos pongamos inmediatamente a la obra.

Eremey, sin mirar siquiera hacia Petruscha, dijo con mal humor:

—Hace frío. No es agradable acostarse a la intemperie.

—Eso es porque estás acostumbrado a acostarte con tu mujer en la chimenea —replicó Fedot—. No tengas cuidado, no te morirás de frío.

—Además, no hace tanto frío. Alrededor de la hoguera se siente calor... Ese Eremey es un verdadero señor. ¡Siempre quiere construir!

Todos los presentes se echaron a reír de nuevo. Eremey, molesto, se alejó y se sentó junto a la hoguera. El fuego, con fulgores saltarines, iluminó su rostro. Torvo, silencioso, permaneció allí sin pronunciar palabra, sin moverse cada vez más resplandeciente por las llamas, conforme se hacía más densa la oscuridad, bajo los árboles que les rodeaban. Se diría que no escuchaba siquiera lo que los otros decían.

Un vagabundo llamado Mirmidón, muy flaco, arrastrando casi sus piernas, había llegado a aquel rincón con no pocas dificultades, y musitaba con voz débil:

—He visto muchas personas en el mundo, y todas sin excepción son estúpidas. ¡Sí, hermanos míos, todas! Para nosotros, los vagabundos, un techo sobre la cabeza es como la losa de una tumba; en cambio, los demás procuran albergarse, que es enterrarse en vida.

Fedot, un aldeano joven con cara de tísico, tosió y replicó malhumorado:

—¿Y cómo pasarías el invierno sin un techo? Ayer, cuando llegaste aquí, tiritabas de frío; y eso que estamos en primavera... No, viejo; haces mal en charlar así. No dices más que tonterías. Aquí estamos reunidos para un asunto grave, y no para charlar. Más vale que te vayas.

Petruscha estaba de acuerdo con Fedot.

Y, dirigiéndose a Pogodin, ordenó:

—Alejandro Ivanovich, en lo sucesivo habrá que echar de aquí a todos esos vagabundos. ¡No hacen más que estorbarnos!

El vagabundo enrojeció al oír aquellas injurias. No le querían comprender, y aunque tenía la intención de haber permanecido allí un día más, declaró:

—Bien, mañana me iré. ¡Dios mío, ni siquiera me dejan descansar un poco! Creo que no os he arruinado.

—Nadie te pidió que vinieras.

—Es que por todas partes se habla de vosotros, los «Hermanos de los bosques». Puesto que son hermanos, hay que ir a verles... Pero estos hermanos me echan.

Se estuvo quejando largo rato de la injusticia de que era víctima.

Abajo se oía el rumor de un arroyo, que iba crecido por el agua primaveral. Los troncos ardían en la hoguera con un ruido monótono. Los hombres, alrededor del fuego, hablaban en voz baja. El vagabundo seguía lamentándose y Petruscha le contestaba con su voz melodiosa.

«¡Ese es uno de los que amo!» —se dijo Sascha mirando hacia Eremey, quien, sombrío, severo, indiferente a las bromas, permanecía junto al fuego, con el rostro iluminado por los resplandores fantásticos. Guardaba silencio y estaba tan profundamente sumido en sus pensamientos, que parecía que el bosque y toda la tierra pensaban con él. Solo una vez se movieron sus labios y pronunció algunas palabras, interrumpiendo las frases de Petruscha, y aquellas palabras cayeron como piedras en las aguas tranquilas de un río. No eran palabras suyas; las había tomado de una canción popular:

Me casaron estando yo ausente, mientras hablaba con el molinero.

Sascha, interesado, preguntó:

—¿Qué es lo que estás diciendo, Eremey?

—Digo que me casaron estando yo ausente.

—Estamos hablando de la Duma —explicó Petruscha—. Según dicen los periódicos, la Duma ha discutido la cuestión de la tierra y de los campesinos sin pedir siquiera la opinión de estos. ¡Y Eremey cantando que le casaron estando él ausente!

Petruscha sabía leer; pero no leía casi nunca periódicos, que eran muy difíciles de encontrar. Inventaba las noticias y acababa por creer él mismo que las había leído en los diarios.

Fedot gritó, furioso:

—Mientras, ¡esos canallas! No darán nada a los campesinos. Cuando se ven en peligro, lo prometen todo; pero luego... ¡Cerdos! ¡Habría que exterminarlos a todos!

«¿Por qué se muestran tan ávidos de tierra? —pensaba el vagabundo—. Si se la dan, la rodearán de altas tapias, y, para nosotros, los vagabundos, la situación será peor todavía... No, decididamente estas gentes no son de mi agrado. Mañana me voy».

El arroyo seguía fluyendo con un ruido monótono. El bosque cantaba un coro de voces variadas. El admirable mes de mayo tenía despierta toda la naturaleza, sin dejarla dormir, ni de día ni de noche. Hacía crecer la hierba, levantaba con sople acariciador las hojas secas del otoño anterior, propalaba mil voces por el bosque,

lanzaba tiernos llamamientos a toda la tierra.

Sascha estaba sentado sobre el tronco de un árbol derribado, con la cabeza baja, y tan pronto reflexionaba como soñaba. Eran sueños dulces que cambiaban a cada instante de forma, como las nubes que se cernían sobre su cabeza. Pensaba que los fusiles se llenaban de roña a causa de la humedad del bosque; se figuraba el rostro de Eremey; se inquietaba al pensar que Kolesnikov y el marinero no habían vuelto aún de la caza. Hacía mucho tiempo que habían salido. «Pero no importa, se dijo, procurando tranquilizarse. No tardarán en volver». Luego, se puso a escuchar el ruido monótono del arroyo. Pero a través de todos sus pensamientos y de todos sus ensueños, experimentaba siempre el sentimiento de un alegre reposo, de una quietud como solo se siente en las grandes fiestas de primavera, cuando todo en derredor florece y germina.

De pronto, Petruscha gritó con voz inquieta:

—¿Quién va? ¡Responded!

Sascha cogió su tercerola, que siempre estaba a su lado. Kolesnikov le había aconsejado que no se separara jamás de su arma.

—Un soldado puede estar algún tiempo sin sus armas; pero nosotros jamás. Hasta para comer y beber debemos tenerlas siempre al alcance de la mano.

Era una falsa alarma; Sascha oyó la voz de Kolesnikov, que se acercaba.

—¡Somos nosotros, Petruscha! —dijo, y se adivinaba en su voz que sonreía.

Los cuatro recién llegados se acercaron a la hoguera; Kolesnikov, el marinero, un *mujik* llamado Iván, y Vaska Soloviev, un joven mejor vestido que los demás. Todos hablaban al mismo tiempo. La alegría reinaba en la pequeña reunión. Hasta Eremey se había puesto más alegre y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¿Habéis tenido buena caza? —preguntó Sascha, estrechando la mano de Soloviev, a quien veía por primera vez.

—No, Alejandro Ivanovich; nada —respondió Andrés Ivanich—. Las balas no sirven para la cetrería. Una perdiz se me escapó delante de las narices.

—Es porque no sabe tirar —comentó Kolesnikov.

Esto era una broma. Todo el mundo sabía que, después de Sascha, el marinero era el mejor tirador.

—Bueno —continuó Kolesnikov—, ¿no es verdad, Sascha, que se está bien aquí? Hemos venido a veranear en el mejor momento.

Fedot comenzó a reír y a toser al mismo tiempo. Eremey esbozó una leve sonrisa, y dijo:

—Una verdadera casa de campo.

—Iván ha comprado pan y unos arenques que huelen muy mal —declaró Kolesnikov—. Siéntate, Soloviev. Estás aquí entre buena gente.

Soloviev, cuya mirada era tan pronto muy dulce como inquieta y turbada en extremo, tenía modales de soldado viejo; se sentó sólidamente en el suelo.

—¡Gracias, Basilio Vasilievich!

—¿Sabe, Basilio Vasilievich —dijo Petruscha—, que aquella buena mujer que nos vendió huevos ha vuelto de nuevo? Y han venido también otras. ¿Cómo habrán sabido que estamos aquí? Cualquiera diría que nos consideran como grandes señores que han venido a pasar el verano. E insistían en que aceptáramos su mercancía, aunque no se la pagáramos.

—Eso no es extraño —replicó el vagabundo—. Hace mucho tiempo que se habla de vosotros. Yo he oído hablar de vosotros muy lejos de aquí. Cuando pedía pan a los campesinos, me respondían: «No tenemos nada; busca a Yigalev...».

—Yegulev —rectificó el marinero.

—Sí, busca a «Yigulef», me decían, que te dará de comer y quedarás contento. Gracias, amigos míos, por haberme dado pan; pero, en cuanto a lo demás..., es decir, al asunto que os ha reunido aquí... no puedo estar con vosotros... porque mirad... yo no puedo ver la sangre...

Todos fruncieron las cejas. Fedot, amenazando al vagabundo con el puño, gritó:

—¡Cállate, imbécil!

El vagabundo se alejó asustado.

—Los «Hermanos del Bosque» de Saratov me han acogido muy hospitalariamente... En Viatka también... pero aquí...

—No le toquéis —ordenó Sascha—. Mañana se irá.

Kolesnikov miró con ternura el rostro de Sascha, que en pocos días había envejecido muchos años. «Naturalmente la gente charla —se decía—, pero esa charla es significativa. Esperan algo grave. Y parece que no se engañan. Sascha Yegulev les sorprenderá a todos».

Frente a Kolesnikov, el *mujik* Iván contaba cómo había comprado provisiones en la aldea.

—Le pedí: «Dame buena mercancía, porque es para los Hermanos del Bosque».

—¿Y él, qué te respondió? —preguntó Eremey.

—Así reventéis todos —me dijo—. Por vosotros voy a morirme de miedo. Habéis puesto en actividad a toda la policía... Y ya veis, aquel canalla me había robado diez copecs.

Eremey movió la cabeza censurando.

—¡Vaya un hombre!

—Sí, un verdadero canalla.

—¡Debiste escupirle en la cara!

—Además, me ha dado unos arenques, que probablemente tenía guardados en casa desde hace muchos años. Huelen muy mal.

Petruscha cogió la balalaika de Iván Ivanich.

—Andrés Ivanich, querido, ¡toca algo!

Habiéndose negado el marinero, Petruscha se puso a tocar él mismo.

Kolesnikov hizo una señal a Sascha y a Soloviev, y se alejó con ellos hacia la barraca.

—Bueno, Sascha —dijo en voz baja—. Eso será para mañana. Soloviev te lo dirá todo: ha trabajado tres días en la vía férrea y está bien informado. Es muy listo.

Aquella palabra, «mañana», produjo en Sascha un leve estremecimiento. Se diría que hasta aquel instante no había sentido la frescura de la noche. Su corazón empezó a latir más deprisa.

Fijando en Soloviev una mirada firme, escuchaba atentamente la información. Para «mañana» estaba fijado el ataque contra la estación del ferrocarril Rakosnaya. Se discutía el plan detallado de la operación.

—Yo creo, Sascha... —intervino Kolesnikov.

—¡Déjame! —interrumpió Sascha, cortándole la palabra. Y dirigiéndose a Soloviev, le preguntó, tuteándole:

—¿Dices que el vigilante está aquí?

—Sí, el vigilante y dos policías. Y allí está la oficina del telégrafo...

A la débil y temblorosa luz de un cabo de vela, era difícil encontrar en el plano los lugares que Soloviev indicaba con su dedo, de negra uña.

Pogodin tomó la decisión de no decir nada a los demás, ni siquiera a la mañana siguiente, cuando les condujera al asalto. Les informaría antes de llegar a la estación de Rakosnaya, en un sitio designado de antemano. Allí indicaría a cada uno su misión y su puesto. Iván y Eremey esperarían en los coches detrás de la estación. En cuanto a Fedot, Pogodin decidió no llevarle.

—Pero ¿por qué? —preguntó respetuosamente Soloviev—. Un hombre más no estorbará.

—Está demasiado débil y no sabe tirar —dijo Kolesnikov.

—Pero, en cambio, es muy iracundo —insistió Soloviev—. Se le puede emplazar a la salida de la estación para que grite: «Aquí están los nuestros, ya se acercan». Esto producirá su efecto; se creará que somos lo menos treinta, y hasta los más valientes huirán a todo correr. De este modo, Andron, a quien ya conoce usted, puso presa a la población entera de una aldea, y medio mató a palos al alcalde.

Kolesnikov le miró con desconfianza.

—Me parece que sabes demasiadas cosas. Dime la verdad: ¿Es la primera vez que te ocupas de estos asuntos?

Soloviev sonrió.

—Si me hubiera ocupado verdaderamente de otras cosas, lo hubieran oído ustedes, sin duda.

Luego, percatándose de la mirada severa de Sascha, se apresuró a añadir:

—Pero quizá sea mejor dejar aquí a Fedot.

Sin embargo. Sascha decidió llevar a Fedot y aún darle una tercerola, pero no cargada; precisamente había una inservible, que no tiraba.

Cuando quedaron ultimados los detalles del plan, Sascha ordenó:

—Tú te puedes ir, Soloviev. No te necesito ya.

—A sus órdenes, Alejandro Ivanovich. Si me permitiera una pequeña objeción...

no hay que fiarse demasiado de esa gente... Corren rumores... naturalmente, ahora, estando el pueblo de nuestra parte, nada tenemos que temer; pero si esto cambia, no habrá seguridad ninguna.

De esa gente, que no tiene educación, puede esperarse todo, Alejandro Ivanovich.

—Bueno, vete —ordenó secamente Sascha.

Pero al encontrarse con su mirada asustada, sombría, como la de los demás campesinos, añadió con más dulzura:

—Vete, querido, y no temas nada... Anda; quiero hablar con Kolesnikov.

## LA PRIMERA SANGRE

**E**l telegrafista, rubio, de cabellos rizados, joven de dieciocho años, bajó de pronto sus manos, levantadas en alto en actitud de desperezarse, y se lanzó a la salida. Algunos hombres bajaron también las manos. En la habitación, donde hasta entonces había reinado el silencio, comenzó el movimiento.

Kolesnikov, que estaba ocupado cerca de la caja, gritó:

—¡Tira, Sascha!

Pogodin disparó. El telegrafista, como si le hubieran empujado, tropezó contra la puerta, cuya llave no había tenido tiempo de girar, y se desplomó en la habitación, a los pies de Sascha. Durante algunos instantes su cuerpo se agitó en el suelo; luego, quedó inmóvil. Bajo su cabeza se formó un charco de sangre que manchó sus cabellos rizados; pero el cuello de la camisa bordada conservó intacta su blancura, respetada por la muerte.

Tanto en la sala de espera de tercera clase como en los andenes, cundía el pánico.

En aquella estación se cruzaban dos líneas, y había siempre, hasta por la noche, personas que esperaban la llegada de algún tren. Ahora, aquella gente, horrorizada, corría en todas direcciones, asaltando las puertas y buscando refugio. Se oían disparos en la sala de primera clase y en la oficina de los empleados.

Sascha, que había corrido algunos metros al lado de un campesino desconocido, se detuvo un instante y gritó a Kolesnikov:

—¡A las vías!

Ambos saltaron a las vías. Los raíles, negros, se deslizaban bajo sus pies. Aquí y allá se veía gente, presa de pánico, atravesándolas. Dos de los que huían cayeron, se levantaron inmediatamente y siguieron corriendo.

Una locomotora, lanzando silbidos de alarma, se alejaba a toda velocidad; parecía extraño que una máquina pudiera espantarse, gritar, pedir socorro como un hombre. Escupiendo fuego y humo desapareció enseguida, dando gritos lastimeros, entre las linternas y los semáforos.

—¡Alto! —dijo Sascha deteniéndose—. ¿Y el dinero?

—Aquí está. Se me acaban las fuerzas...

Seguían oyéndose disparos de fusil.

—Es la policía la que tira... Descansa un poquito.

Sascha alzó su tercerola e hizo tres disparos al aire.

—¡Vamos!

Casi media hora estuvieron corriendo por las vías; en la oscuridad, era difícil hallar el camino señalado previamente en el plano.

Pronto se encontraron en un corredor oscuro, formado por dos largas filas silenciosas de vagones de mercancías; quisieron volver atrás, pero era más peligroso; ahogados, espantados por el silencio de los innumerables vagones, que parecían cerrarles el paso, sintiéndose como en una trampa, corrieron a toda velocidad hacia el



final de aquel interminable pasillo.

Salieron de los vagones; pero no conseguían encontrar el camino. Kolesnikov estaba muy inquieto; pero Pogodin se volvía rápidamente hacia un lado y hacia otro, y, al fin, tomó decidido la dirección de la izquierda.

—¡Salta, Basilio! Es un barranco.

—¿Dónde? No veo nada.

Y Kolesnikov cayó como un saco de harina.

Se deslizaron a lo largo de una pared interminable; luego saltaron otro barranco; seguidamente entraron en el bosque, que los envolvió bajo la bóveda de su espeso follaje. Allí se encontraron en plena oscuridad. Detrás de ellos, por entre los árboles, divisaron las ventanillas iluminadas de un tren que llegaba a la estación. Esto fue lo último que vieron.

—¡Viene muy a tiempo ese tren! —dijo, riendo, Sascha.

—¿Estás seguro de que estamos en el buen camino? —preguntó Kolesnikov.

—Sí.

Sascha empezó varias veces a comentar lo que acababa de suceder; reía nerviosamente.

—¡Cómo le derribé! ¿No te parece, Basilio? Me di cuenta de todo; antes de que se moviera y mirara por la ventana, comprendí que tenía intención de huir. «¡Pero no —me dije—, eso no te lo permitiré!»... Era un pícaro, ¿eh? Un muchacho muy joven, ¿verdad?

—Sí, un mocoso. ¿Por qué diablos arriesgó el tipo?

—Es verdad, fue una tontería que ha pagado con la vida... Precisamente en aquel momento me gritaste que tirara...

—Yo no le hubiera acertado, porque estaba ocupado cogiendo el dinero.

—Naturalmente. Pero, aunque no lo estuviera, hubiera disparado lo mismo. Cuando me dijiste que tirara, ya tenía levantada la tercerola.

Sascha se echó a reír. Era una risa nerviosa que delataba la excitación.

—¡Cómo lo derribé! ¿Qué dices de eso, Basilio?

—Basta de charla... ¿Conoces el camino?

—Sí... En el primer momento, ni siquiera creí que estuviera muerto... ¿Qué edad tendría?

—Pues mira... Yo vi desde el primer momento que estaba muerto...

—Yo no. Yo no creí... ¡Vasia!

—¿Qué?

—He matado a un hombre; es sencillo eso...

Y estalló de nuevo en una risa nerviosa.

—Sí, es sencillo; pero para decidirse a ello...

Calló, pensativo.

Kolesnikov estaba también sumido en reflexiones:

«Sascha, eres un mal jefe —pensaba—; no conoces el camino; pero, en cambio,

estás dispuesto a llorar como una mujer por haber matado... Después de todo, está bien que se haya visto obligado a matar; para aprender a nadar, hay que tirarse al agua...».

Pero Sascha conocía el camino; a los cinco minutos el bosque se empezó a aclarar un poco, y pronto se encontraron en un pequeño calvero.

—¿Quién va? —preguntó una voz asustada.

—¡Yegulev!

Kolesnikov volvió la cabeza, ¿era realmente Sascha quien acababa de pronunciar aquel nombre con una voz tan autoritaria y firme?

Fueron recibidos con gran alegría. Todos estaban conmovidos. Petruscha parecía muy contento.

—¡Alejandro Ivanovich! ¡Basilio Vasilievich! —cantaba con voz melodiosa—. ¡Al fin estáis aquí! ¡Y nosotros que teníamos ya ideas fúnebres!...

—Andrés Ivanich, ¿es usted? ¿Todos están aquí? —le interrumpió Sascha.

Cogió la mano del marinero y la apretó con emoción.

—Sí, todos están aquí.

—¡Ah, qué contento estoy de veros!... ¡Es una gran alegría para mí!...

—¡Para nosotros también!... Nosotros...

El marinero quería decir algo; pero Kolesnikov le dio con el codo, haciéndole seña de que callara. El otro, aunque sin comprender la razón de aquello, obedeció.

—El gendarme opuso resistencia —declaró en tono de información oficial Soloviev—, y le he matado. Los policías no se atrevieron a salir de su habitación y tiraban por las puertas.

Rieron. Todos estaban impresionados, nerviosos, excitados, como ocurre siempre cuando la vida apacible es turbada por un asesinato, por la muerte y la sangre. Unicamente Soloviev no mostraba ninguna emoción y sonreía con sencillez, como si todo lo que había pasado fuera ridículo. Riendo y cambiando impresiones, subieron a los vehículos, según el plan elaborado de antemano. Un coche fue ocupado por Sascha, Kolesnikov y Eremey; el otro, por el marinero, Soloviev, Petruscha e Iván.

Soloviev, que conocía bien la zona, daba las últimas instrucciones.

—Acuérdate bien, Eremey; tomas la dirección de Sobakino y de Troitskoie, luego, tiras a la derecha, allá donde se encuentra la encina grande...

—¡Entendido! En marcha.

—En la carretera detendrán un poco el caballo.

—Bien.

—¡En marcha, pues! ¡Y deprisa!

Durante un cuarto de hora caminaron juntos los dos vehículos. En el primero, donde iba Soloviev, hablaban y reían; pero en el segundo, donde estaban Sascha, Kolesnikov y Eremey, se guardaba silencio.

De pronto, el primer carruaje aceleró la marcha y adelantó al segundo.

—¡Hasta mañana! —oyó gritar Sascha a Soloviev—. ¿No hay que dar ninguna

orden, Alejandro Ivanovich?

—No. Podéis iros.

—¡Hasta mañana, Basilio Vasilievich! —dijo Soloviev—. Ten cuidado, Eremey, no pierdas el camino.

Y añadió algo, que provocó risas alegres entre sus compañeros de carruaje.

El primer vehículo se iba alejando cada vez más.

El segundo avanzaba en silencio; atravesando ora el bosque, ora los campos, en donde estaba al descubierto. Saltaba por la accidentada calzada, tropezando contra las agudas raíces, las piedras y los baches, hundiéndose en las hondonadas y en los barrancos. Una vez se inclinó tanto, que los viajeros estuvieron a punto de caer. Eremey, que veía en la oscuridad casi tan claramente como a la luz del sol, evitaba expresamente el itinerario por donde hubieran podido avanzar más tranquilos. Aquellas desviaciones continuas engañaban a la policía y la dirigían sobre una pista falsa.

Vieron la cinta blanca de la carretera.

—Ahora podemos seguir este camino —dijo Eremey—. Ya no hay peligro... Tendremos que atravesar el puente... En verano se podría ir por el cauce del río, pero ahora hay demasiada agua... No es cosa de que nos ahogemos... Además, estamos tan lejos de la estación, que no hay miedo de que nos cojan... Hemos hecho una buena caminata... y de prisa, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo! —repuso Kolesnikov—. Ha sido una carrera diabólica... Sascha, ¿estás vivo todavía?

—Parece que sí.

—¡Maldito coche! —dijo Eremey, soltando un juramentó de los más groseros. Era esa una costumbre a la que no podía sustraerse; acompañaba cada frase con un juramento terrible, que pronunciaba con voz colérica.

—¿Ha cogido usted mucho dinero, Basilio? —dijo.

—No lo he contado aún. De todos modos, habrá bastante para construirte una isba.

A los pocos minutos, tras algunas terribles sacudidas que les hicieron saltar sobre los asientos, el carruaje circulaba por la carretera. El caballo avanzaba más tranquila y lentamente. Aquí mejoró mucho la situación; había más claridad y más espacio. Cuando iban por el bosque, les parecía que el tiempo era tempestuoso y que hacía viento, pero en aquel camino, que discurría por el bosque negro, el ambiente era de calma y se respiraba con más facilidad.

—Yo no necesito casa —dijo Eremey, tras una breve pausa—. Hubiera quemado la que tengo... Tampoco quiero dinero... ¡Que revienten todos! Debimos prender fuego a la estación. ¿Por qué no lo has hecho? —preguntó a Kolesnikov—. ¿Es que querías economizar las cerillas?

—¡No seas tonto! —protestó Kolesnikov—. No es tan fácil como crees eso de prender fuego a la estación; no es un saco de paja. ¿Qué dices, Sascha?

Sascha no respondió.

—Si hubieras prendido fuego a la estación, el camino estaría bien iluminado... sería más cómodo... Y no es tan difícil como tú crees; una vela incendió la ciudad de Moscú. Además, puesto que eres un hombre instruido, podrías tener un aparato especial para prender fuego.

Sascha seguía silencioso. Eremey estaba visiblemente indignado. Soltó las riendas y, revolviéndose en su asiento, continuó:

—Mira: un carpintero, por ejemplo, lleva siempre el saco de las herramientas. ¿Y tú, qué es lo que llevas? ¿Un fusil? ¡Eso no es nada!

Kolesnikov dijo, sonriendo:

—¿Qué es lo que necesitas, entonces? ¿Bombas?

—Me es igual. Bombas u otra cosa... yo no entiendo de eso... Con tal de que se pueda trabajar bien...

Antes de llegar al puente, había que subir una cuesta bastante empinada. Sascha y Kolesnikov bajaron del coche y caminaron a pie. La luna ascendía por el cielo, iluminando el puente. Al otro lado del río se veía la cinta plateada de la carretera.

—Ahora creo que estamos fuera de peligro —dijo Kolesnikov—. ¿Qué piensas tú?

—Sí, soy de tu opinión.

Se detuvieron un instante en el puente. Sascha se inclinó sobre la barandilla. Abajo se deslizaba, con ruido monótono, el riachuelo, bordeado a uno y otro lado por maleza y arbolillos. Kolesnikov escupió en el agua, y su escupitajo sonó como una bofetada.

—¿Qué río es este? ¿Es el que figura en el plano? —preguntó.

—No.

—¡Sí que trabajan de firme las ranas!

Le pareció a Kolesnikov que todo lo que acababa de suceder era un sueño, y que nadie tomaría por realidad aquellos asesinatos y aquel pillaje; tan en calma y apacible estaba todo a su alrededor. La noche, con su serenidad y tranquilidad, formaba una contradicción hartamente violenta con la sangre y la muerte. Jamás, ni siquiera en el momento en que, muchos años antes, dio muerte al gobernador de N., había experimentado Kolesnikov un sentimiento tan doloroso como el que ahora sentía, inclinado sobre aquel riachuelo adormecido y oyendo cantar a las ranas.

Eremey frotó un fósforo y encendió su pipa.

—¿Quieres un cigarrillo, Sascha? —dijo Kolesnikov—. ¿No has olvidado la pitillera?

—No, no la he olvidado. No quiero fumar.

Pero un instante después, sacó la pitillera del bolsillo, cogió un cigarrillo y lo encendió. Kolesnikov vio a la luz de la cerilla que el rostro de Sascha tenía una expresión terrible, y volvió la cabeza. Luego le preguntó en voz baja:

—¿Sufres mucho, Sascha?

Sascha no contestó. Sacó el cigarrillo de la boca, lo tiró, y rechinó los dientes.

—¡Pobrecillo mío! —murmuró Kolesnikov, casi llorando—. Ayer todavía estabas contento... Te comprendo, Sascha; pero... los inocentes deben sufrir también. Yo mismo he matado a un hombre, y, a fe mía, él no era más culpable que tu telegrafista. Los inocentes, justamente, deben sufrir... Óyelo bien, Sascha: cuando se castiga a un criminal, la tierra enmudece; pero cuando muere un inocente, no solo la tierra, sino el cielo, tiemblan de indignación.

—¿No eres tú inocente? Te comprendo muy bien. Es natural que sufras ahora. Si no sufrieras, serías un canalla, un trasto inútil. Sí, sufre; deja que tu corazón se desangre, bebe el cáliz del dolor hasta las heces, hasta la última gota. Con esto removerás la tierra, despertarás la conciencia de los hombres y los empujarás a la rebeldía. La conciencia, Sascha, es una cosa muy grave. Por ella sola vive el pueblo. Puede un pueblo ser extremadamente civilizado; pero sin conciencia no vive... Sí, sufre; pero no te dejes abatir, desmoralizar. Cuando suene la hora de tu muerte, la podrás recibir con plena tranquilidad. ¡Te lo juro, hijo mío!

Sascha meneó enérgicamente la cabeza varias veces, cerró los ojos, y de su pecho salió un suspiro hondo, que no parecía un suspiro solo, sino muchos en uno. Se diría que no había oído lo que Kolesnikov le decía.

—Bien, Basilio —repuso—. Viviré y sufriré. Eso es lo que hay que hacer, ¿no? También yo te lo juro...

Pero fue interrumpido por un grito de Eremey:

—¡Pronto! ¡Nos persiguen!

Saltaron al carruaje. Los caballos, fustigados con fiereza por Eremey, emprendieron una carrera loca. El puente, el río con sus ranas, el bosque..., todo desapareció. No se oía más que el ruido de las ruedas, el galope de los caballos y el viento, que, con un silbido agudo, les azotaba en pleno rostro. Como en un sueño, atravesaron en pocos instantes la aldea dormida, despertando a los perros, que empezaron a ladrar furiosamente. De pronto, el carruaje, a toda velocidad, se hundió en un barranco. Los tres cayeron por tierra, en la hierba húmeda y olorosa.

Pero ya estaban fuera de peligro.

—¡Ahora no tenemos nada que temer! —declaró Eremey, levantando el coche volcado.

Kolesnikov se limpió la cara, riendo.

—Debo estar muy guapo ahora... Como un diablo. ¿No es verdad, Eremey, que me parezco al diablo?

—Sí, un poco... El diablo es más guapo que tú.

Sascha rió también; estaba como embriagado por la carrera.

Oyeron pronto un ruido lejano; indudablemente, continuaba la persecución. Saltaron de nuevo al carruaje... y volvió a empezar la carrera vertiginosa por campos, bosques, barrancos y colinas. Las ramas de un árbol se llevaron la gorra de ciclista de Kolesnikov... La quería tanto, que detuvo el coche y bajó a buscarla.

Afortunadamente, la encontró enseguida, y continuaron la marcha. Parecía como si la luna misma, presa del pánico, corriera enloquecida. De nuevo, como en un sueño, atravesaron los campos, los barrancos, los montones de piedras.

Media hora después, dejaron el coche y los caballos en un sitio oculto, y echaron a andar. Entraron en el bosque, que les acogió con su frescura deliciosa. Estaban tan cansados, que se les doblaban las rodillas.

Pronto oyeron un grito:

—¿Quién va?

Era Fedot, que no había tomado parte en lo de la estación. Temblaba de frío, atormentado por el miedo y la soledad.

Ahora se hallaban ya muy cerca de su casa.

Al fin llegaron a ella, a la barraca, que desde aquel momento fue su morada y su hogar.

Inmediatamente se acostaron, y durmieron con un sueño profundo hasta el mediodía. Pero su sueño no era tranquilo; se diría que, al despertar, hubieran querido reanudar los lazos rotos, volver a la vida habitual y apacible.

No oyeron llegar al marinero y sus camaradas, que venían también muertos de cansancio, y que después de calentarse un poco junto a la hoguera, se acostaron igualmente.

Por la mañana, Sascha tuvo los sueños más deliciosos: Eugenia Egmont había ido a verle y le decía que todo cuanto había sucedido la víspera era una pesadilla cruel; le había calmado con sus tiernas caricias y su voz melodiosa... y después se había marchado silenciosamente. Sascha era feliz, y despertó con la sonrisa en los labios.

Pero, a partir de aquel día, entró en su alma, y se clavó en ella para siempre, una nueva imagen: el joven telegrafista caído a sus pies, herido mortalmente, los cabellos rizados, el charco de sangre debajo de la cabeza, el cuello limpio de la camisa bordada.

Así se convirtió, de una vez para siempre, Sascha Pogodin en Sascha Yegulev. Inauguró su nuevo nombre con una muerte.

## LOS DÍAS PASAN

**D**urante un breve período, un mes a lo sumo, la banda de Yegulev perpetró, con éxito, una larga serie de pillajes. Primeramente asaltó el correo, matando al cochero y a dos postillones. Luego, entró a saco en la alcaldía de la aldea Troitskoie; durante el asalto, los campesinos, que no pertenecían a la banda, mataron al alcalde e incendiaron la alcaldía, lo que ocasionó un fuego terrible, que consumió casi toda la aldea.

La banda de Yegulev devastó por completo e incendió dos propiedades señoriales; mató al propietario y a su hermano, a quienes encontró escondidos en el bosque, y ahorcó al administrador en la puerta cochera. Por último, la banda saqueó una taberna; los campesinos aprovecharon la ocasión para emborracharse, y prendieron fuego a la casa; lo que, igualmente, provocó el incendio de casi toda la aldea.

No se sabía con exactitud cuáles de aquellos crímenes y pillajes eran cometidos por orden de Yegulev. Algunos actos, sin duda, se perpetraron sin él saberlo, y aun contra su voluntad; pero todo lo que pasó de terrible, de cruel y de sanguinario durante aquel verano inolvidable, en aquella región, fue atribuido a Sascha Yegulev, consagrado con su nombre. En todas partes donde el cielo se iluminaba con horrorosos incendios, en todas partes donde corría la sangre, se evocaba la imagen de Sascha Yegulev, inaccesible a la policía, cruel, terrible, inabordable.

Su nombre se hizo legendario. Se le veía, o se imaginaba verle al mismo tiempo, el mismo día, y casi a la misma hora, en sitios diferentes y muy distantes unos de otros. La policía y los destacamentos de soldados agotaban sus fuerzas en la persecución, y siempre caían sobre pistas falsas. Se lanzaban por todas partes donde se declaraba un incendio, creyéndose tener ya cercado a Yegulev; pero este se eclipsaba, y su huella se perdía como por encanto. Cuando oían decir que Yegulev estaba en un sitio, lo buscaban con ahínco, recorrían los campos y los bosques, pero todo era en vano; Yegulev desaparecía como el agua en la tierra seca.

Si un amigo buscaba a Yegulev, todo eran facilidades para encontrarle; se decía que solía alojarse en los mejores hoteles de las ciudades, y que paseaba por las calles principales; y hasta, añadía la leyenda, que hacía publicar en los periódicos locales su nombre y dirección. Sus enemigos se hallaban con frecuencia a su lado, pasaban a veces la noche bajo el mismo techo, sin sospechar nada.

Pronto, el nombre terrible de Sascha Yegulev traspasó los límites de la provincia y se extendió por los distritos limítrofes. Se diría que aquel nombre contenía fuego en sus siete letras; por todas partes donde se pronunciaba, ardían las haciendas y corría la sangre. Parecía que la misma atmósfera, imbuida del humo de los incendios, sembraba por doquiera el pánico, cuando el nombre de Sascha vibraba en el aire, regando con sangre los campos, las aldeas y las casas aisladas.

Durante noches enteras, ardieron numerosas propiedades; los vigilantes, presos de

terror, daban las señales de alarma; los perros, locos de miedo, se retorcían aullando. Muchas fincas fueron abandonadas por sus propietarios, asustados, y quedaron desiertas, sombrías como tumbas; sus vigilantes acogían, sin la menor resistencia, a los campesinos que venían a robar, a veces sin Sascha Yegulev, y no solo por la noche, sino a plena luz del sol. Se apoderaban de todo lo que encontraban, y lo que no se podían llevar, lo quemaban; los propios guardias les ayudaban a prender el fuego.

Algunos propietarios, los más ricos y los más soberbios, pusieron sus haciendas bajo la protección de circasianos semisalvajes, de fuertes dientes blancos, morenos, vigorosos y armados. Los campesinos les saludaban con respeto durante el día, e iban a venderles fresas del bosque; pero cuando llegaba la noche, llamaban en sus oraciones a Sascha Yegulev, y esperaban con impaciencia que acudiera a incendiar aquellas propiedades. Y el fuego aparecía de pronto, sin saberse jamás cómo; de repente, comenzaba a arder un cobertizo, y el fuego se apoderaba enseguida de toda la hacienda. Los propietarios despedían a sus esbirros, abandonaban las fincas, y se iban a la ciudad a disfrutar en cualquier hotel confortable de la tranquilidad y el reposo anhelados.

En esta época de popularidad de Sascha Yegulev, su banda creció de tal manera, que ya no se sabía quién era miembro de ella y quién no. El marinero Andrés Ivanich, siempre sereno y atildado, con su rostro cuidadosamente rasurado, vigilaba al principio y mantenía el orden y la disciplina; pero pronto tuvo que renunciar a ello: eran demasiado numerosos los adheridos, y no podía conservar sus nombres en la memoria.

Se quejaba del desorden al jefe, Alejandro Ivanovich Yegulev; pero este, sombrío y sereno, sin sonreír jamás, terrible a veces hasta con los suyos, le respondía tranquilamente:

—Déjalos, Andrés Ivanich; ellos mismos mantendrán el orden entre sí.

—No, no, Alejandro Ivanovich, permítame que se lo diga; no se pueden dejar las cosas en el estado en que están. Ayer noche, por ejemplo, coloqué de guardia a Iván Gnedij, dándole la orden de que vigilara atentamente; me lo juró. Pues bien, dos horas después fui a inspeccionar las guardias y vi que en el puesto de Iván Gnedij se encontraba un mocoso de dieciséis años, dormido como un lirón. Le desperté de un puntapié, y le pregunté: «¿Quién eres?». «Soy el hijo de Iván Gnedij» —me respondió—. «¿Y dónde está tu padre?». «Ha ido a casa —me dijo—, porque mañana por la mañana tiene que presentarse en el ayuntamiento». ¡Ya ve usted, Alejandro Ivanovich! A mi juicio, estas cosas no se pueden tolerar...

—En nuestra aldea casi todos los campesinos se llaman Gnedij —dijo Eremey a modo de explicación.

—Sí, pero eso no significa que uno pueda dejar su puesto a un muchacho dormilón —dijo, enfadado, el marinero, que se había puesto rojo de ira.

—No tengas miedo, que no te van a robar —respondió tranquilamente Eremey.



Kolesnikov, que se encontraba presente, creyó que era su deber intervenir.

—También yo, Sascha, soy de la opinión... —comenzó tímidamente.

—¡Dejemos eso! —cortó Sascha—. En cuanto a los vagabundos, échelos de aquí sin compasión, Andrés Ivanich.

Eremey aprobó.

—Eso está bien. ¡Hay muchos vagabundos aquí! Siempre hay que desconfiar de ellos.

—¡Y si hacen tonterías, mátelos usted a tiros! —ordenó Sascha.

—¡A sus órdenes, Alejandro Ivanovich!... ¿Quiere usted permitir a Kusma Suchok que se quede con nosotros? Solicita su autorización.

—Bien, que se quede.

Los campesinos trabajaban algún tiempo con la banda y luego desaparecían de repente, sin que pudiera saberse con precisión si eran miembros permanentes o solo advenedizos. No se sabía tampoco ni por qué llegaban ni por qué se marchaban. Todos los intentos de averiguarlo resultaron inútiles. Esto complicaba mucho la situación.

Lo más extraño era que en medio de aquel desorden, de aquellos crímenes, saqueos e incendios, la vida cotidiana seguía su curso normal; los campesinos pagaban los impuestos, el tendero de la aldea vendía su mercancía, y los hombres, después de haber pasado la noche con la banda de Yegulev, iban al día siguiente al mercado de la ciudad y volvían cargados de panecillos y de golosinas.

Todo intento de reforma acababa en un fracaso y causaba malestar. En la cima de su gloria y de su poderío, Sascha experimentaba con frecuencia un desasosiego, un desconsuelo, cuya verdadera causa no comprendía; trataba de explicársela por el cansancio y por su peculiar modo de ser; pero, en realidad, no la entendió bien hasta el último día de su vida.

La banda era visitada con frecuencia por soldados desertores, que encontraban siempre un protector en la persona de Alejandro Ivanovich; pero no permanecían allí mucho tiempo. Uno de ellos, un borracho de nariz roja, prófugo desde hacía más de diez años por no haber querido aguantar un año más de servicio militar que le quedaba por cumplir, disputó durante tres días con todos los Gnedij de la banda, fue cruelmente aporreado por uno de ellos, y huyó para continuar su vida de vagabundo. Otro soldado, ya de edad, llamado Kosarev, que había tomado parte en la guerra japonesa, se quedó en el grupo, donde era querido por todos a causa de su carácter dulce; pero cayó muerto de un balazo en una de las primeras escaramuzas.

En cierta ocasión se unieron a la banda dos criminales de derecho común, que se habían escapado de la cárcel; Eremey los echó. A la mañana siguiente se encontró a uno de ellos degollado. Aquella crueldad inútil, cuyo autor no se pudo descubrir, llenó de zozobra al cuidadoso y silencioso Andrés Ivanich, que fue quien halló en el bosque el cadáver del fugado. Durante todo el día, miró de reojo a Eremey, de quien sospechaba que fuera el autor del asesinato (llevaba siempre un cuchillo en la bota de

montar); pero Eremey permaneció impenetrable, más sereno aún y taciturno que el mismo Andrés Ivanich. Al fin, adivinando las sospechas del marinero, dijo:

—Ninguno de nosotros tenía interés en matar a ese desgraciado... El asesino no se habrá hecho rico... Probablemente ha sido su camarada el que le ha degollado.

Aquel caso, por extraño efecto, aumentó aún más la autoridad de Sascha Yegulev, como si hubiera sido un mérito suyo.

El marinero estuvo muy agitado durante algunos días, aburriendo a todo el mundo con sus preguntas y sus objeciones. Pogodin contemplaba su mentón rasurado, sus ojos soñadores, serenos e impenetrables... y, sin saber por qué, temblaba, con un presentimiento doloroso. Mucho tiempo después miraba aún al marinero con la misma emoción de angustia, como si esperara algo malo en él.

Vaska Soloviev causaba también no poca inquietud a Sascha. Había introducido en la banda a cuatro prosélitos: dos jóvenes campesinos de su aldea que en los primeros tiempos abusaban del alcohol; un antiguo fraile llamado Policarpo, extremadamente grueso, que pesaba más de 125 kilos, a quien le gustaba mucho comer, y que, a pesar de haber sido fraile, sabía tirar muy bien con la tercerola; el cuarto era un tipo siniestro, un tal Mitrofan Petrovich, charlatán incomprensible, lleno, como un saco de patatas, de quejas, de ofensas y de orgullo; después de hablar con él cinco minutos se sentían deseos irresistibles de escupirle a la cara o de darle un puntapié. A pesar de todo, tenía una buena cualidad indiscutible; acaso por su amor propio desmedido, era en extremo valiente, no retrocedía ante ningún peligro y estaba siempre dispuesto a pelear con el diablo en persona. Nadie le quería, pero todo el mundo reconocía su bravura. Le pusieron por sobrenombre «Fiebre tifoidea».

Desde los primeros días, aquella gente, admitida de mala gana en la banda por Yegulev, se mantuvo aparte, agrupada alrededor de Vaska Soloviev. El mismo Soloviev, aunque siempre respetuoso, obediente e irreprochable, inspiraba, sin embargo, cierta desconfianza; unas veces se mostraba sencillo e ingenuo, bueno y dulce como un niño, otras veces su alma se envolvía en tinieblas impenetrables, y nadie podía leer en su mirada misteriosa.

Sucedían a veces cosas francamente desagradables, y Sascha pasaba malos ratos. Cierta día, Mitrofan, apodado «Fiebre tifoidea», recién admitido en la compañía, fue a ver al atamán y le comentó que podía muy bien hacerse allí una fábrica de moneda falsa, porque el sitio y las condiciones se prestaban a ello admirablemente. Verdad es que toda la banda se burló de aquel proyecto, y él mismo acabó por comprender que era una tontería; pero la proposición de «Fiebre tifoidea» produjo en el alma de Sascha un gran malestar, casi pena.

El otro caso fue aún peor. Uno de los campesinos de Vaska Soloviev, habiendo bebido demasiado, empezó a decir cosas escandalosas, obscenas, y cuando Yegulev le ordenó que se callara, el campesino se arrojó sobre el jefe, injuriándole y amenazándole. Sascha se puso pálido de cólera y empuñó su revólver, sin decir palabra; pero antes de que tuviera tiempo de levantar el brazo, Eremey asestó al

borracho un puñetazo tan formidable, que lo dejó tendido por el suelo. En aquel momento, todo el mundo comprendió que Eremey, encolerizado, era terrible.

—¡No te ensucies las manos, Alejandro Ivanovich! —exclamó con voz tranquila, aunque su rostro se había puesto negro como el hierro—. Nosotros mismos le mandaremos al otro mundo... Fedot, dame una buena cuerda y ayúdame a ahorcar a ese canalla.

El borracho habría sido ahorcado sin duda alguna, si Yegulev no hubiera intervenido. Pero los hombres no podían dejar sin castigo el acto de aquel insolente: le azotaron con ramas de abedul. Después, toda la banda, incluida la víctima, se presentó ante Yegulev, y con las gorras en la mano, inclinándose profundamente, le pidieron perdón por el ultraje que se le había inferido.

—Te suplicamos, Alejandro Ivanovich —dijeron— que nos perdone... Aunque somos unos salvajes, no hay que querernos demasiado mal. ¡Ea, saluda, canalla, y da las gracias al jefe por haberte dado una lección de buena conducta!

El borracho castigado saludó muy respetuosamente, casi tocando la tierra con la frente, y repitió varias veces:

—¡Le doy a usted las gracias, Alejandro Ivanovich, por haberme dado una lección!

Kolesnikov miraba aquella escena con ojos sombríos; a sus labios asomaba una sonrisa irónica. Cuando los campesinos se fueron, lanzó una mirada a hurtadillas sobre Sascha, que estaba absorto en sus pensamientos, y dijo en voz muy baja al marinero:

—Bien se ve que es hijo de un general. Su padre también mandaba azotar a los siervos. No saben hacer otra cosa... Y estos campesinos comprenden muy bien que ese es el único medio de manifestar a Yegulev su afecto; por darle una satisfacción han azotado a aquel imbécil.

—¿Qué quiere usted, Basilio Vasilievich? ¡Son gente inculta!

—Pero usted, Andrés Ivanich, me está pareciendo cada vez más intelectual... Eso no me gusta...

El marinero sonrió dulcemente y no replicó nada.

—¿Sabe usted en qué términos hablan de Alejandro Ivanovich? —preguntó después de una corta pausa—. A usted, naturalmente, no se lo dirán, pero de mí no se ocultan. Y es tan conmovedor lo que dicen, que se le suben a uno las lágrimas a los ojos... «Alejandro Ivanovich —dicen— es un verdadero ángel de los cielos. Dios mismo nos lo ha enviado para consolarnos en nuestras miserias y sufrimientos... A su lado hay que ser puro, porque él mismo es puro como un cordero...».

—¿Como un cordero? —repitió, sorprendido, Kolesnikov.

—Sí. «Nosotros, los *mujiks* —dicen—, con nuestros vicios y nuestra estupidez, no somos dignos de mirarle...». Verdad es que el ser hijo de un general les impone mucho; pero, aparte de eso, sienten por él mucha estima y un amor sincero... ¿Se acuerda usted de aquel desgraciado, fugado de presidio, que se encontró muerto en el

bosque, degollado? Pues bien: le mataron por hacerse agradables a Alejandro Ivanovich...

Kolesnikov exclamó:

—Entonces, ¿fueron ellos quienes le mataron?... Pero ¿quién de ellos?

—Eso no se lo podría decir a usted... Me lo ocultan. Pero le mataron porque les pareció que Alejandro Ivanovich estaba enfadado con aquel desgraciado, y quería matarlo él mismo. Y ellos se dijeron: «Más vale que nosotros cometamos ese crimen, eso no significa nada... ¡Un crimen más o menos, ni quita ni pone!... Pero nuestro Yegulev... ¡eso ya es otra cosa!...».

Kolesnikov bajó la cabeza; estaba perplejo. Todo aquello le hacía el efecto de algo muy remoto, de allá de los tiempos prehistóricos, de la vida de las tribus salvajes, en los bosques vírgenes. Sascha, alejado, inmóvil, apoyadas las dos manos en la tercerola, miraba pensativo hacia el bosque sombrío. A Kolesnikov le pareció en aquel momento un ídolo de piedra al que los fieles sacrificaban la sangre de sus hermanos. Y experimentó por un instante un terror casi místico.

El marinero prosiguió más emocionado todavía:

—¿Quiere usted que le diga otra cosa?... Es preciso que Alejandro Ivanovich vigile bien a esa gente... Un poco más, y habrían mandado al otro mundo a Mitrofan, «Fiebre tifoidea». Lo habían decidido ya en su *soviet*, y si yo no les hubiera aconsejado que no lo hicieran...

—Pero, vamos a ver, ¿cuándo se reúnen? Yo no les he visto reunidos jamás.

—Eso no lo puedo decir, pero sé que deliberan frecuentemente en asamblea...

Kolesnikov miró fijamente al marinero durante un buen rato, y le preguntó:

—Dígame, ¿quién mató al preso fugado? Usted lo sabe, sin duda. Fue Eremey, ¿no es verdad?

Andrés Ivanich, desviando los ojos, dijo con voz monótona, como si respondiera a su jefe:

—Yo no sé nada, Basilio Vasilievich.

Gracias a la severidad de los miembros de la banda, que castigaban sin piedad toda relajación de la disciplina, gracias también a la buena conducta personal de cada uno de ellos, los episodios de aquella índole no se repitieron. Vaska Soloviev y sus amigos estaban sometidos a la autoridad de la banda, se conducían bien, y si se les ocurría emborracharse con vodka, lo hacían en otra parte, en una taberna de la aldea, lejos de los «Hermanos del bosque».

El mismo Vaska Soloviev mostraba mucho afecto hacia el atamán, y como era hábil e inteligente, Yegulev le responsabilizaba a veces de conducir una parte de la banda contra alguna propiedad señorial. Soloviev cumplía muy bien estas misiones y se sentía orgulloso, sobre todo cuando la gente le tomaba por Sascha Yegulev. Llevaba este nombre con una satisfacción indecible.

Tal era el orden incomprensible, un poco caótico, pero firme y severo, que reinaba en la partida de los «Hermanos del bosque», comandada por Alejandro

Ivanovich Yegulev.

## YEGULEV

**E**n su nueva vida, Sascha se transformaba de continuo. Aparentaba, no ya diecinueve años, sino veintitrés o veinticuatro; el proceso de su crecimiento se aceleraba de una manera extraña. Su cabello crecía mucho, y, aunque apenas tenía bigote, una pequeña barba, o más bien un fino vello negro, encuadraba su rostro pálido en un marco de luto. Sus ojos adquirieron una expresión nueva, más severa y profunda. Sascha era tristemente hermoso, de una belleza singular, en la que nada era vivo; la vida, la animación le habían abandonado desde que cometió la primera muerte.

Había adelgazado. No comía casi y dormía muy poco. Pero sus hombros y su torso se habían ensanchado; en la estrechez primera de su pecho no hubiera cabido un nuevo corazón.

Todo él se había endurecido; no sonreía jamás, guardaba silencio y evitaba las conversaciones íntimas con Kolesnikov, a quien mantenía a distancia.

—¿Te molesto? —preguntaba a veces tímidamente Kolesnikov, acercándose a él.

—No. ¿Tienes algo que decirme?

—Nada de particular... Como quien dice... Charlar un poco.

«¡Qué idiota soy! —se decía mentalmente Kolesnikov—. ¡Esta palabra estúpida: charlar!».

Se sentaba al lado de Sascha.

—Nada de particular... La cosa marcha, ¿eh?... ¿Estás contento, Sascha?

—Sí.

Se producía un largo y penoso silencio. El rostro de Sascha permanecía inmóvil, con sus rasgos salientes, demasiado plásticos: la mano del artista misterioso que había tallado aquel rostro muerto fue seguramente muy dura.

—¿Sufres, Sascha?

Sascha volvía la cabeza, sonreía tristemente y miraba a Kolesnikov como una persona mayor mira a un niño que hace preguntas ingenuas.

—Sí. Pero parece que es preciso sufrir.

Kolesnikov sentía un malestar terrible al ver aquella sonrisa y al oír aquella voz fría, un poco irónica. No encontraba nada que responder. Sascha tuvo lástima de él, y para romper el silencio penoso, dijo:

—Pronto tendremos cigarrillos. Habrá que buscarlos. Lo cierto es que yo fumo ahora mucho menos, probablemente a causa del aire fresco...

—¿Por qué no quieres hablar conmigo, hijo mío? —preguntaba torpemente Kolesnikov—. Te has hecho como de piedra. Ya sabes que no me gustan las situaciones equívocas, y si tienes algo contra mí, dímelo francamente. Dame en pleno rostro; esa es la mejor táctica.

—No tengo nada absolutamente contra ti. ¡Esas son tonterías, Basilio!

—¿Palabra de honor?

Sascha sonreía de nuevo, pero más dulcemente y con más afecto. Golpeaba ligeramente con su mano la rodilla de Kolesnikov y lanzaba un suspiro imperceptible. Kolesnikov se esforzaba también por sonreír, pero, al no conseguirlo, se volvía aún más sombrío, y decía en tono de reproche:

—¡Eres un hombre duro como una roca, Sascha!

—Y tú eres un hombre muy exigente, Basilio. Primero, estabas descontento de mí porque no sufría bastante; ahora, porque me atormento demasiado... Eres como un médico que siempre está cambiando de tratamiento.

—Es porque no te comprendo... No consigo verte con claridad.

—Pero si no hay nada que ver. Haces mal en inquietarte. No soy tan desgraciado como crees... y no tan feliz que tengas que estar descontento de mí. Todo sigue su curso normal, está tranquilo. A propósito: he notado que obligas a Andrés Ivanich a colocarse junto a mí, como para protegerme... Y también tú mismo... ¿Qué temes? ¿Crees que me van a matar? ¡No me matarán! Viviré mucho tiempo, más tiempo que tú...

Kolesnikov se levantó, y tendiéndole la mano, dijo con voz solemne:

—¡Dame tu mano, Sascha!

Sascha obedeció, pero su mano estaba seca, dura y fría, y Kolesnikov lamentó habérsela pedido.

Yegulev evitaba también las conversaciones con los campesinos amigos suyos. Prefería estar solo. A los de la partida les agradaba este aislamiento, que daba a su atamán un aire de grave severidad, distinguiéndole de los demás, como un árbol aislado en un claro.

Cuando los «Hermanos del bosque» estaban libres, pasaban veladas muy alegres, incluso más ruidosas que las de antes; eran ahora muy numerosos. A pesar del calor, encendían la hoguera en el calvero, bien barrido, y cantaban, acompañándose de las balalaikas, que les inspiraban pensamientos dulces y melancólicos.

—¡Qué lástima que nuestras mujeres no estén aquí! —exclamaba, bromeando, Iván Gnedij.

Andrés Ivanich entonaba con su voz melancólica:

*Los huesos de los soldados  
están pudriéndose en la tierra,  
y nosotros no hemos visto  
ni aun sus miserables tumbas,  
ni siquiera hemos rezado  
una plegaria por sus almas...*

Los allí congregados, al oír aquellas canciones, se sonaban con frecuencia, para ocultar sus ganas de llorar.

—¡Qué hermosas palabras! ¡Son como las de un libro! —decía Eremey,

emocionado.

Y golpeando al marinero en la espalda, añadía:

—No tengas miedo, marinero; aquí no estás en un barco de guerra... No te pasará nada...

Petruscha intentó cantar también «Sobre las colinas de la Manchuria», y aunque su voz era más bonita que la del marinero y recibió los elogios de Kolesnikov, no tuvo éxito entre los «Hermanos del bosque».

—¡Déjalo, Petruscha! —le rogaban—. Dale la balalaika al marinero. Se las arregla mejor que tú.

Petruscha se sintió ofendido, y durante algunos días se negó categóricamente a cantar; como todos los hombres que poseen cierto talento, era muy orgulloso. A veces, cuando estaba de buen humor, cantaba y tocaba sin cesar, no para los demás, sino por su propio placer, como un pájaro que no puede resistir la necesidad de gorjear. Era muy querido por esto y por su bondad infinita; esta bondad, y aun su serenidad imperturbable, conferían una gran dulzura a la vida de los «Hermanos del bosque», llena de sangre y de horror.

Sascha pasaba noches enteras sin dormir, con los ojos abiertos. A veces, sufriendo del insomnio doloroso, buscaba algo, un recuerdo, un cuadro del pasado que pudiera otorgarle sueño y olvido; pero, casi siempre, en vano. Y frecuentemente, durante las noches interminables, Sascha recordaba los sonidos dulces de la balalaika, que imponían silencio a todo el bosque, tan melancólicos que henchían el corazón de deseos de irse lejos, por la tierra, hacia los horizontes lejanos e invisibles.

En general, aparte de la balalaika, a Sascha no les gustaba el ruido de las canciones y de las danzas, en las que se distinguía especialmente Vaska Soloviev. Sascha prefería apartarse de bullicio. Encendía una vela en su cabaña y se ponía a leer «La niña Dorrit», único libro que había llevado consigo, porque era muy voluminoso y porque sus héroes, todos aquellos *misters* y *mistress*, le producían una impresión de estupidez.

Otras veces, cuando la partida comenzaba a divertirse, Sascha se internaba en el bosque, buscando la soledad. A unas docenas de metros del albergue, precisamente en el borde de un profundo abismo, había un tronco de un viejo árbol derribado. Era el sitio favorito de Sascha; allí estaba completamente solo. Mucho tiempo después, aquel lugar fue conocido en la comarca con el nombre de «Abismo de Yegulev». Nadie se atrevía a ir tras él cuando se dirigía a aquel rincón, y poco a poco toda la banda, por un acuerdo tácito, respetó religiosamente sus horas de soledad. Pasaba allí, a veces, noches enteras.

—¡Es nuestro cerebro! Su cabeza trabaja. ¡Reflexiona por todos nosotros, imbéciles! —decía Eremey, señalando respetuosamente hacia el sitio donde Sascha estaba sentado.

Pero cuando empezaban a cantar «El pequeño serbal», Sascha no se iba. Amaba esta canción, que le llegaba al fondo del alma. Se comparaba con aquel arbolito que



se había hecho grande con el frío y la tempestad, y se compadecía de su propia suerte. A veces, la melodía le causaba un sufrimiento punzante.

Una vez, la interpretaron Kolesnikov y Petruscha juntos. Todos estaban sumamente impresionados cuando los cantores, con sus voces poderosas y claras, entonaron por última vez las últimas palabras de la copla. Se hizo un silencio profundo. Y en medio de aquel silencio, suavemente, tratando de no hacer ruido, Yegulev se levantó y se fue hacia su sitio favorito, «el sitio del atamán», como lo denominaban los hombres. Media hora después, Eremey, andando casi de puntillas, se acercó al mismo lugar; hizo como que estaba allí por casualidad y se sentó al lado de Sascha, lanzando un mirada al abismo, en cuyo fondo se hacinaban ya las tinieblas de la noche; brindó a Sascha un movimiento amistoso con la cabeza, y dijo dulce y afectuosamente:

—¿Piensas en tu madrecita, Alejandro Ivanovich?

Y aunque Sascha en aquel momento pensaba en otra cosa muy distinta, la pregunta de aquel *mujik* le reveló la auténtica naturaleza de sus pensamientos. Mirando a Eremey directamente a la cara, respondió:

—Sí, pienso en mi madre.

—Eso está bien... Piensa en ella, Alejandro Ivanovich. Nosotros no nos oponemos... Es muy natural que pienses en tu madrecita; ¡uno es hombre, qué diantre, y no una bestia! ¿No es verdad?... Dime, Alejandro Ivanovich, ¿tiene con qué vivir tu madre?

—Sí; recibe una pensión desde la muerte de mi padre... Hace mucho tiempo que él murió.

—Eso está bien... ¿De manera que tiene con qué vivir? ¿Y tus hermanos? ¿Están estudiando, probablemente?

—No tengo hermanos. Tengo una hermana... Está haciendo sus estudios en el colegio...

—¡Vaya! ¡Me alegro mucho! Perdóname por haberte molestado, Alejandro Ivanovich... Vi que estabas solo y se me ha ocurrido venir a hablarte un poco... Vaya, ya no te molestaré más. Porque ya ves; tú eres un muchacho bravo... un valiente... ¡Un trozo de corazón, ea!

Golpeó suavemente la espalda de Sascha, tan suavemente como si tocara un vaso de cristal, y regresó con paso lento hacia la hoguera.

Sascha quedó profundamente impresionado, y pensó que aquellos hombres que parecían no comprender el sentido de las palabras, aquellos hombres que sabían apenas componer una frase, leían en los abismos más insondables de su alma. Y de pronto se sintió como un niño muy pequeño, como el Sascha de los tiempos pasados, que durante la noche escuchaba el ruido poderoso de los árboles seculares. Y lanzó un suspiro leve y triste.

## EL FUEGO

**L**as cosas empezaban a complicarse. Sascha Yegulev mató a otro hombre con sus propias manos.

Además, en una escaramuza con la policía había perecido, de una muerte cruel, el bueno y dulce Petruscha.

He aquí como sucedió.

Hacia las diez, cuando apenas la noche estival había descendido sobre la tierra, los «Hermanos del bosque», con unos campesinos que no pertenecían a la banda, atacaron la propiedad de Uvarov. Los asaltantes, muy numerosos, formaban una muchedumbre que se oía desde lejos. La gente que había en la finca tuvo tiempo de esconderse. Los Uvarov sacaron los caballos de las cuadras y escaparon, con los niños, poco antes de la llegada de los agresores; en la cocina hervía un gran samovar niquelado; en el comedor, la mesa estaba puesta.

—¡Eso está bien! —exclamó Kolesnikov—. ¡Vamos a tomar aquí el té! Hacía mucho tiempo que yo no tomaba el té como es debido, sentado a la mesa.

Estaba de un humor excelente, y se frotaba jubilosamente las manos.

—¡Mascha! —gritó.

—¿A qué Mascha llamas? —preguntó Yegulev, sorprendido.

—Pues a la criada. Que venga a servirnos.

En el patio había comenzado ya el pillaje metódico, silencioso, sin destrozos inútiles. Apenas se oían algunas voces. Solo, de tiempo en tiempo, crujía una puerta hundida a hachazos. Aquí y allá brillaban, en el patio, pequeñas linternas encendidas que los «Hermanos del bosque» portaban consigo.

En la casa principal de la propiedad todo estaba iluminado. Tampoco allí se oía ruido; se diría que no había bandidos. Por una ventana abierta que daba al jardín entraba el perfume de los jazmines y las lilas. Mitrofan, «Fiebre tifoidea», y Vaska Soloviev estaban ocupados en la caja de caudales, que intentaban, en vano, abrir. El grueso y somnoliento Policarpo buscaba en la despensa algo que comer.

La criada, Glascha, apareció con su delantal blanco y los ojos enrojecidos por las lágrimas, y reconociendo al jefe, se puso bajo su protección. A los cinco minutos estaba sirviendo la mesa como de costumbre, y haciendo gestos y coqueteando, también como de costumbre. Quedó visiblemente agradecida a la conducta correcta de los campesinos, y les servía muy bien, sin saber ella misma si era la criada o la dueña que recibía a unos invitados. Tan perfectamente se adueñó de su papel que, con gran diligencia, ofreció a los aldeanos todo lo mejor que había en la cocina y en la despensa. De repente, se echó a llorar.

—¡Comed, amigos míos, comed! —decía afectuosamente—. Los señores no lo han devorado todo; todavía queda algo para vosotros... Voy a traerlos más. Bastante habéis sufrido el hambre...

Eremey daba las gracias por todos.

—¡Gracias, querida! ¡Eres una buena muchacha!

No estuvieron mucho tiempo en la mesa: había que ponerse a la faena. Unos salieron al patio; otros buscaban en la casa los objetos de valor para apoderarse de ellos. Había trabajo para una o dos horas al menos: el tiempo de cargar todo en los carros. La propiedad era muy rica, y había en ella muchas cosas; pero, según los informes recibidos, por las cercanías rondaban la policía y una compañía de soldados; no había tiempo que perder.

—¿Por qué no buscas algo para ti? —preguntó Kolesnikov, extrañado, a Eremey, que permanecía sentado tranquilamente.

—No quiero —respondió con indiferencia el otro.

Eremey era un hombre muy extraño; miembro muy activo de la banda, tomaba parte en todas sus expediciones; pero jamás se aprovechaba de nada por su cuenta, aunque su familia, allá en la aldea, se moría de hambre, y a él se le tenía por uno de los campesinos más pobres.

Kolesnikov le riñó:

—Debes pensar en tu mujer y en tus hijos...

Eremey miró a Kolesnikov casi con desprecio, guardó silencio un instante, y luego respondió:

—No te preocupes... No se morirán...

—Su mujer ha estado allí —dijo el marinero—. Está furiosa porque no lleva nada a casa.

Eremey salió al patio, encogiéndose de hombros despectivamente.

Sascha, sin dejar su tercerola, se puso a registrar las habitaciones, que le interesaban mucho, en particular porque sus dueños acababan de abandonarlas. Se veía que eran personas ricas, cultas, amantes de la limpieza y el orden. En la colocación de los muebles, y en otros detalles, había algo que recordaba a Helena Petrovna.

En el último piso, había una pequeña habitación; al verla, Sascha se conmovió: se parecía a su cuarto, a aquel cuarto en el que había pasado años de su infancia y de su adolescencia. Casi la misma dimensión, las mismas paredes blancas, la misma disposición del lecho, con una colcha blanca, levantada por un extremo. No faltaba más que el icono en los hierros de la cama.

Por unos instantes, Sascha dejó de ser de piedra, y hasta se olvidó de la realidad. Cerró tras sí la puerta del cuarto y se detuvo en el umbral, resistiéndose a traspasarla. Sentía el olor de la ropa limpia, que conocía tan bien, y de los perfumes. Apagó la vela, y en la oscuridad se llenó de tanto gozo, afecto y tierna melancolía, como si acudiera a una cita con su amada. No pensaba en el pasado, con todo lo que había abandonado en él. Su alma quedó transida en un suave ensueño; estaba allí en una cita con la mujer a quien amaba tiernamente, y le decía las palabras más dulces de que dispone el lenguaje humano, le abría su corazón grande y ardiente, lleno de amor y de ternura, suave como las primeras noches de estío, cuando florecen los jazmines.

Se había olvidado tan por completo de todo, que se acercó a la ventana, y de un puñetazo la abrió de par en par. El jardín estaba envuelto en tinieblas; a la izquierda, por encima de la tapia, se veía una débil luz y se oía, como un zumbido de abejas, el ruido ahogado de los pasos, las voces y el rodar de los carruajes. No prestó atención a lo que sucedía a su alrededor. Se recostó sobre la ventana abierta, se tapó los ojos con la mano y se puso a beber, gota a gota, la frescura embriagadora de la noche.

Instantes después le despertó la voz de Kolesnikov, que llegaba del corredor:

—Di, buen hombre, ¿no has visto a Alejandro Ivanovich?

—Ha pasado por aquí —respondió una voz.

Se hizo el silencio, y Sascha se entregó de nuevo a su ensueño. Algo que parecía un milagro se verificaba en su alma; un milagro que a veces conocen hasta los más desgraciados; un olvido completo de la realidad, de cuanto sucedía a su alrededor; completamente sumido en el pasado, sus pensamientos eran alegres, felices.

Desgraciadamente, esa dicha duró breves instantes. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Esto le volvió a la realidad. Se disipó el ensueño. Hizo vanos esfuerzos por evocarlo de nuevo.

Salió, cruzó el pasillo y volvió al comedor. Kolesnikov estaba allí.

—¡Al fin! —exclamó, manifestando su alegría—. ¿Dónde te habías metido? Te he buscado por todas partes. ¿Estabas en el patio?

—Sí. Haz el favor de darme un vaso de té —dijo Yegu— lev sentándose a la mesa—. ¡Cuánta luz hay aquí!

—¿Hay muchos borrachos?

—Yo no he visto a ninguno.

—Mejor. ¿Quieres té del fuerte?

Kolesnikov miró con asombro a Sascha.

—Pero, vamos, Sascha... ¡Qué cara de satisfacción tienes! ¿Qué es lo que has hecho?...

Ambos intercambiaron una sonrisa. Apareció la criada Glascha con su delantal blanco, y se puso a servir a sus nuevos amos.

—Si no está suficientemente fuerte el té, le traeré a usted otro. Tenemos té de sobra.

El piano estaba abierto, y sobre el pupitre los cuadernos de música. Petruscha, conmovido, con la boca abierta, pasó los dedos por el teclado, oprimiendo con fuerza las teclas una por una y escondiendo los dedos; su rostro adquiría una expresión alegre cada vez que sacaba algún acorde del piano, y se contraía en una mueca de enfado cuando no lo conseguía. A su lado estaba el marinero Andrés Ivanich, que le aconsejaba de vez cuando:

—Toca aquí... Estas son las notas bajas... ¡No, aquellas no! ¡Dios mío, qué torpe eres!

Pero tampoco él sabía nada por sí mismo, y esto le producía mucha pena.

—¡Alejandro Ivanovich! ¡Basilio Vasilievich! —gritó Petruscha con emoción,

dirigiéndose tan pronto al uno como al otro—. ¿No creéis que es una desgracia? Un instrumento tan magnífico, admirable... Se podrían tocar en él cosas sorprendentes, pero... ¡somos demasiado brutos para eso!

Sascha, riendo, se acercó al piano, e inclinándose sobre Petruscha tocó rápidamente el «Vals de los perros».

—¿Qué es eso?

—Los perros que danzan.

Los perros no danzaron mucho tiempo. Sascha interrumpió el vals y volvió a la mesa; no había por qué rememorar el pasado.

Entró Eremey, ocultando algo en la mano. Le seguía Iván Gnedij, que, según todas las apariencias, había bebido demasiado, y empezó a lamentarse:

—¡Qué cerdos son estos propietarios! Son muy ricos, pero no hay nada que llevarse: todo es muy pesado y está sólidamente clavado...

El ruido tras las ventanas se hizo más fuerte. Había en él algo inquietante. Se oían numerosas voces gritar, reñir, jurar; relinchaban los caballos, los carruajes se bamboleaban en la oscuridad. Eremey lanzó una mirada severa por la ventana y dijo, furioso:

—¡Qué ansiosa es la gente! ¡Como fieras desencadenadas!... Ya no queda más que prender fuego, sencillamente, y marcharse.

Luego, con una sonrisa que transfiguró súbitamente su amplio rostro, enseñó a Kolesnikov el puño cerrado:

—Mira, Basilio, ¿qué es lo que hay aquí?

—Enséñalo.

Era un sello de plata del señor Uvarov, el propietario.

—Pero eso no sirve para nada —dijo, riendo, Kolesnikov—, tíralo; te puede comprometer si te detienen. Sería una prueba contra ti.

Pero a Eremey le gustaba aquella bagatela y se la guardó en el bolsillo.

El ruido del patio aumentaba y se hacía más inquietante. Se sentía algo hostil en el ambiente. Los que se encontraban en la casa comenzaron a angustiarse. Glascha, asustada, desapareció. Iván Gnedij estaba ocupado con un gramófono.

—¡Es ella, la reconozco, aquella dichosa máquina! —decía conmovido—. La vi en la escuela el año pasado. La maestra daba vueltas a la manivela, y esta dichosa máquina se puso a cantar como nuestro chantre... ¡Parecía un hombre!... De pronto llegan el alcalde y un policía... Estaban furiosos no sé por qué, y arrestaron la máquina... Después, oí decir que cantaba algo prohibido.

Se sentía el olor del alcohol; muchos «Hermanos del bosque» habían bebido. Gritaban, juraban, escupían en el suelo, volcaban los jarrones y las estatuas. Andrés Ivanich, el marinero, experimentaba una inquietud cada vez mayor, y consultaba a cada momento su reloj de plata, que había recibido como recompensa de sus servicios en la Armada. Kolesnikov estaba también preocupado y miraba irritado lo que ocurría a su alrededor; su buen humor se había disipado y sentía un disgusto que pesaba

abrumador sobre su alma, aumentando la tristeza que le había invadido en aquellos días últimos.

Yegulev, de pie junto al armario lleno de libros, con su tercerola en una mano, hojeaba un volumen de Byron.

Cuando encontró la página que buscaba, se puso a leer:

*Mi alma está sombría. ¡Pronto, a cantar!  
Aquí está mi arpa de oro.  
Que tus dedos evoquen sonos de paraíso  
cuando pulses con ellos sus cuerdas sonoras.  
Si no mató el destino todas mis esperanzas,  
florecerán de nuevo sobre mi corazón.  
Correrán abundantes y cálidas mis lágrimas,  
si al fin no se han secado.*

Kolesnikov miró por encima del hombro de Sascha, y sonrió con ironía:

—¡Byron!... ¡Aquí también leían a Byron!...

Yegulev le miró fríamente, cerró sin apresurarse el libro y lo arrojó en un rincón.

Al mismo tiempo que el ruido del libro al caer, se oyó un grito de mujer a lo lejos. Prestaron atención: el chillido se repitió más estridente y doloroso. Luego, un breve silencio; parecía que hubieran tapado la boca a la que gritaba; enseguida un nuevo grito, aún más agudo y terrible.

Sascha, derribando al que tenía delante, se precipitó hacia la habitación de donde procedían los gritos. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

—¡Abre! —pidió.

Tras él corrieron los demás; todos se agolparon ante la puerta cerrada, atropellándose, hablando con voz conmovida.

—¡Abre enseguida! —gritó de nuevo Sascha.

Ninguna respuesta.

Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, desencajó la puerta y entró en la habitación. A su encuentro salió el grueso Policarpo, detrás del cual estaba gimiendo la criada Glascha.

Policarpo dijo palabras que Sascha no oyó; presa de una furia loca, lleno de rabia, le disparó las diez balas de su tercerola a quemarropa. Aún seguía tirando cuando ya Policarpo, acribillado a balazos, yacía en tierra sobre un charco de sangre.

La habitación, llena de humo, despedía un desagradable olor a pólvora.

Cuando Sascha hubo disparado todas sus balas, se volvió, rechinando los dientes, hacia Kolesnikov, le arrebató la tercerola y quiso seguir tirando, pero en aquel momento se dio cuenta de que era completamente inútil.

Glascha, que había permanecido callada, aterrada, mientras Sascha disparaba, se lanzó al corredor. Allí comenzó a llorar y a gritar, ya más tranquila, sin miedo:

—¡Bandidos!... ¡Cobardes! ¡Sois todos unos Sascha Yegulev!...

Hirviendo en su pecho la cólera, y con los ojos brillantes de odio, Sascha se volvió con la tercerola en alto hacia Glascha y gritó con una voz de salvaje:

—¡Cállate, canalla, o te mato!

Alguien asestó un puñetazo a Glascha, que cayó al suelo, y esta vez, no atreviéndose a chillar, se arrastró a cuatro patas hacia la salida.

Sascha, lanzando relámpagos por los ojos, examinó con una mirada dura y severa a todos los presentes, y gritó en tono amenazador:

—¿Algo que objetar?

Todos callaron sin atreverse a mirarle. Pero, de pronto, Vaska Soloviev, el amigo de Policarpo, dijo, con voz tímida y la cabeza baja:

—Me parece a mí, Alejandro Ivanovich... Si usted me permite una observación... que el castigo ha sido un poco duro.

—¿Cómo...?

—Ha sido un poco duro... por una cochina mujer...

Felizmente para él, Soloviev levantó en aquel momento los ojos y sintió un terror indecible: se clavaban en él las furiosas miradas de los «Hermanos del bosque», que esperaban solo una señal de Sascha para arrojarse sobre él y matarle. Se estremeció; un frío mortal invadió su cuerpo. Y con voz cobarde, trémulo de pavor, balbuceó:

—¡Tiene usted razón, Alejandro Ivanovich! Me inclino ante su voluntad...

—¡Reunid a todo el mundo! —gritó imperiosamente Sascha—. ¡Que salgan las mujeres de la cocina! Eremey, prende fuego a la casa.

Eremey ejecutó inmediatamente la orden.

Se juntaron todos en el jardín; desde allí se veía el edificio que empezaba a arder. El patio, que no estaba aún bien iluminado por el incendio, se llenó enseguida de gente. Pronto hubo en él más claridad; se prendió también fuego a un pequeño cobertizo apartado. Se oía cacarear a las gallinas y al gallo, espantados.

El ruido seguía creciendo. Los campesinos derribaban a hachazos la valla, para abrirse paso más cómodamente.

—¡Alejandro Ivanovich! ¡Basilio Vasilievich! ¡Mirad! ¡El fuego ha invadido ya en el interior de la casa! —gritó Petruscha.

Casi todas las ventanas aparecían iluminadas por un resplandor amarillento. Una de ellas, de pronto, se llenó de fulgores rojos; había ya fuego en su interior. El jardín se encendió igualmente; brillaban los troncos de los manzanos teñidos de blanco, y las flores que, en hileras regulares, se extendían a lo lejos.

La noche quedó de repente convertida en día, inundando con una claridad espantosa la casa, el jardín, el patio, los cobertizos y los seres humanos que se agitaban en aquellas ruinas. Sobre el tejado de la casa apareció una columna de humo rojizo lanzando chispas.

—¡Han prendido fuego también por el otro lado! —clamaron algunas veces.

Enseguida empezó a ascender suavemente hacia el cielo, como una bandera roja,

una larga llama, recta, amenazadora, furiosa, dispuesta a devorarlo todo. Erguida durante algunos instantes, descendía luego, resbalaba por el tejado, y aullando como una fiera hambrienta, lamía las gruesas vigas. Pronto las llamas se hicieron tan resplandecientes, que podía verse claramente la aldea situada allá abajo, muy lejos de la propiedad; luego, otra aldea más alejada aún, con sus iglesias. Se veía también el camino lleno de carros cargados de botín. Hacían el efecto de algo fantástico: los caballos, alumbrados por un resplandor lúgubre; los hombres, agitados, gritando, jurando. Y todo aquello se precipitaba, se apresuraba bajando por la pendiente, como una avalancha.



## LA MUERTE DE PETRUSCHA

**D**ivididos en pequeños destacamentos, como de costumbre, los «Hermanos del bosque» se dispersaron en varias direcciones. Yegulev se quedó con Kolesnikov, el marinero, Petruscha y Kusma Suchok, hombre bueno e insignificante, pero muy útil.

Se alejaron rápidamente de la granja incendiada; pero se les veía caminar; desaparecían a veces en el bosque, para salir de nuevo a la campiña. Probablemente, además de la casa, ardieron todas las dependencias.

Tramontaron una loma que les separó del incendio. Entonces comenzaron a sentir una extremada fatiga, y se dieron cuenta de que la noche era impenetrable. Hasta aquel momento habían sido deslumbrados por el fuego.

Se sentaron al borde del camino. Petruscha tocó la hierba con la mano y comentó: —Hay rocío, aquí.

Se oyó el grito de un pájaro que se había despertado. Por encima del bosque lejano, la luna, pendida del cielo, tenía la forma de una hoz invertida.

Sentían calor, después de la larga y apresurada caminata. El aire, inmóvil, no les refrescaba.

Kolesnikov dijo:

—Tenemos todavía mucho que andar... Hemos hecho bien en prender fuego a aquella propiedad. ¿Estás contento, Petruscha?

—¡Sí, Basilio Vasilievich!

—Ahora creo que está allí la policía... Como siempre, llega demasiado tarde... Estará amontonando las vigas quemadas —observó Andrés Ivanich.

Ofreció un cigarrillo a Kusma Suchok, y se pusieron los dos a fumar.

Yegulev miró al suelo y comenzó a reflexionar en voz alta.

—No sé qué hacer... si ir campo a través o seguir la carretera. Si vamos por la carretera, serán unas dos verstas más... ¿Tú qué opinas, Andrés Ivanich?

—¡Mejor es que vayamos por el campo! —repuso Kolesnikov.

—Sí, pero antes de llegar será ya de día, y corremos el peligro de caer en manos de los guardias —arguyó el marinero.

—Pero ¿no ha dicho usted mismo que la policía estará ya en el lugar del incendio?

La solución la encontró Kusma Suchok.

—Si tropezamos con la policía, siempre habrá tiempo de escapar por el bosque —dijo.

Se levantaron penosamente, molidos de cansancio, y se pusieron en marcha; pero pronto empezaron a andar con paso más rápido y atento.

La oscuridad de la noche se iba disipando. El alba no era blanca aún, sino grisácea; pero la leve claridad molestaba mucho al pequeño destacamento.

Media hora después, se encontraron ante una pendiente de unos sesenta metros,

en la que había unos pocos árboles; abajo corría un arroyo, accesible por un puente de madera; más lejos, el camino seguía descendiendo en forma que no se le veía desde arriba. Los «Hermanos del bosque» desconfiaron; el sitio era idóneo para una emboscada. Detrás del arroyo, a una media versta, había un bosque inmenso; pero para llegar a él había que atravesar corriendo un campo desierto, recién labrado.

—¡No tenemos tiempo que perder! —exclamó severamente Kolesnikov.

Se puso en marcha. Los otros le siguieron.

Llegaron al pequeño puente, y se disponían a atravesar el arroyo, cuando oyeron, mezclado con el ruido de sus propios pasos, el de otros pasos más fuertes y regulares, que venían de abajo.

Yegulev comprendió inmediatamente lo que significaba aquel ruido. Hizo señal a los suyos de detenerse y ordenó en voz baja:

—Escuchadme bien: atravesad el puente corriendo, luego torceréis a la izquierda y seguiréis corriendo hasta el bosque. En caso de que se os persiga, tirad. ¡No dejéis que os atrapen vivos! ¡Adelante!

Abajo, los soldados y los policías avanzaban con paso lento, pesado y fatigoso. Era un destacamento que no sospechaba nada, ni sabía siquiera lo que había pasado aquella noche en la hacienda Uvarov, y se encontraba allí por casualidad. Los soldados no comprendieron en el primer momento de qué se trataba, cuando estalló en el aire tranquilo una salva mortífera y percibieron el silbido de las balas.

Los «Hermanos del bosque», que se encontraron de pronto frente al destacamento, tiraron casi a quemarropa. Varios soldados y policías cayeron; sus caballos, presa de pánico, se levantaron sobre las patas traseras o retrocedieron resbalando por la pendiente. Durante algunos minutos todo fue desorden y confusión.

Cuando el destacamento se repuso y comprendió su situación, los «Hermanos del bosque» corrían ya campo a través con todas sus fuerzas, y parecían muy próximos a la maleza.

—¡Adelante! ¡A la carrera! —gritó el oficial de policía, espoleando y fustigando su caballo.

Los guardias obedecieron. No eran muchos: seis o siete nada más. Detrás de ellos, a cierta distancia, les siguieron los soldados, mucho más numerosos.

Los fugitivos se encontraban en aquel momento a setenta pasos del bosque.

Sascha se detuvo y ordenó:

—¡Alto! ¡Fuego!

El caballo del oficial murió de un disparo, y el jinete cayó, con una pierna y una costilla rotas. Los policías empezaron a dar vueltas sobre sí mismos; sus caballos se alzaban de manos; por último, escaparon a todo correr. Los soldados empezaron a hacer descargas cerradas. «Eso está bien —pensaba el oficial, que yacía en tierra y sentía silbar las balas por encima de su cabeza—. ¡Eso está muy bien! ¡Bravo, soldados!».

Kolesnikov, que corría a pocos metros de Petruscha, se extrañó de que este

cambiara el paso; ahora corría de un modo raro, oscilando y como inclinándose poco a poco; luego se sentó en el suelo con lentitud, como si vacilara al hacerlo. Kolesnikov comprendió que Petruscha había sido alcanzado por un disparo. Pasando delante de él, se detuvo, sin hacer caso de las balas que silbaban a su alrededor, y no sintiendo más que el peso de su tercerola. Vio que Petruscha vivía aún, pero que no había ninguna esperanza de salvarle. Con el corazón oprimido, se inclinó hacia el moribundo. Petruscha le miró con ojos que no expresaban queja ni dolor. Esperaba. Kolesnikov no veía más que aquella mirada y su tercerola. Decidió rematar a Petruscha. Levantó la tercerola, pero los ojos abiertos del moribundo paralizaban su acción.

—¡No, no puedo! —dijo—. ¡Cierra los ojos, Petruscha!

Ya sea porque lo comprendiera, o por exceso de sufrimiento, Petruscha cerró los ojos.

Kolesnikov disparó a quemarropa.

Todo había terminado.

## VASKA SE DESCUBRE

**A** la mañana siguiente de la muerte de Petruscha, los guerrilleros se despertaron tarde. Eran ya las doce. Todos estaban taciturnos y tristes. El día estaba triste, también. Hacía calor, el aire era pesado, el cielo rebosaba de negras nubes. Hasta en el bosque, a través de los árboles, era lamentable mirar al cielo.

Vaska Soloviev, que había vuelto sano y salvo de la expedición de la víspera, jugaba a las cartas debajo de un abedul con Mitrofan «Fiebre tifoidea» y con Egor. Los naipes estaban manoseados y marcados, los jugadores los conocían bien, y por eso tapaban las cartas con las manos muy cuidadosamente.

—¡Bueno, te toca jugar a ti!

—¡Pongo veinte copecs!

—¡Yo también!

—Entonces pongo cincuenta. ¡Para que lo sepas! —¡Van!

Kolesnikov experimentaba un aburrimiento mortal y rondaba de grupo en grupo; permaneció algunos minutos junto a los jugadores, pero esto no le calmó. Entonces se acercó a Yegulev y le preguntó con voz sorda:

—¿Me permites, Sascha, que me vaya un poco con Andrés Ivanich?... Yo no sé... Algo me tiene inquieto.

—¡Naturalmente! ¡Puedes irte! Pero ten cuidado, Vasia; no te alejes demasiado.

—Iré a nuestro sitio —dijo bajando la voz—. Vamos a cavar un subterráneo... La atmósfera de aquí no me inspira mucha confianza: pueden suceder cosas.

—¿Es la muerte de Petruscha y lo que pasó anoche en la propiedad de Uvarov lo que te provoca pensamientos tan sombríos?

—No es solo eso... En general... Percibo ciertas cosas que no me gustan... ¿Te acuerdas de aquel loco que te saludó tocando la tierra con la frente? Yo me acuerdo muy bien... Y la actitud de Eremey, aquella noche, no me agradó en absoluto...

—No, eso no es nada, Basilio... ¿Cuándo estarás de vuelta?

—Mañana a mediodía. Ten cuidado, Sascha; no te fíes demasiado de esas gentes... Pon atención, sobre todo en Vaska Soloviev... ¿Qué más tenía yo que decirte?... Nada... Ya ves, he hecho mal en creer que nací para la vida del bosque, mejor que para la vida civilizada... Pero, en fin, esto no tiene importancia...

Mucho tiempo antes, en la época en que los campesinos afluían a la banda de todas las aldeas, perturbando el orden y la disciplina, Kolesnikov y el marinero habían logrado convencer a Sascha de la necesidad de construir en lo más profundo del bosque una habitación subterránea ignorada por los demás miembros de la partida. El lugar fue decidido aquel mismo día, y de eso era precisamente de lo que hablaba en aquel momento Kolesnikov.

Se fue con el marinero. El silencio se hizo aún más denso. Eremey también se había ausentado. Suchok se unió a los que jugaban a la baraja.

Sascha, después de algunos inútiles esfuerzos, se durmió al fin, pero despertó

inmediatamente. En todo aquel tiempo, desde que vivía en el bosque, no había podido nunca dormir más de media hora seguida. Sin cambiar de postura, permaneció echado, con los ojos abiertos, reflexionando sobre su vida.

Recordaba constantemente su propia imagen, que había visto en un espejo, en la finca de los Uvarov. Aquí, en el bosque, no tenía ni siquiera un pedazo de espejo. Kolesnikov consideraba esto como una grave privación, y afirmaba, bromeando, que era necesario introducir en las aldeas, al mismo tiempo que la electricidad, espejos para el autoanálisis.

En la casa de los Uvarov, el espejo era muy grande, y Sascha se pudo ver de cuerpo entero, desde las botas altas, atadas a las rodillas por una pequeña correa, hasta el rostro pálido. Aquella figura, que hasta ese momento no había conocido, le agradó por su aire de intrepidez y valentía. Ahora evocaba en su memoria los más pequeños rasgos de su rostro, analizaba atentamente el conjunto; en suma: aquel rostro se caracterizaba por la palidez y el sufrimiento, por una severa dureza de piedra, por un completo hundimiento en el pasado y una renuncia absoluta a la vida personal. «Un buen rostro —se decía Sascha—, un rostro como hay que tenerlo en estas circunstancias».

«Estoy petrificado», pensó tranquilamente; y encendió un cigarrillo. Observó con placer que sus manos eran fuertes, que su cuerpo era duro, que sus movimientos tenían la firmeza y la flexibilidad del acero. El mismo arranque de cólera que le había impulsado a matar a Policarpo la tarde anterior era una prueba de fuerza. «Soy un hombre temible. Soy Sascha Yegulev».

No se veía la puesta del sol; pero las tinieblas descendían ya sobre la tierra.

A la entrada de la barraca asomó Vaska Soloviev. Tosió para llamar la atención de Sascha.

—¿Quieres algo, Soloviev? —preguntó este.

—¿No duerme usted, Alejandro Ivanovich? Quisiera hablarle... Se trata de un negocio...

—Bien, salgo inmediatamente... ¿No ha vuelto todavía Eremey?

—No. No creo que vuelva hoy. Le espero a usted aquí.

Yegulev salió de la barraca y miró al cielo, que estaba sombrío. Se oía el canto monótono de un cuco. La noche se acercaba, ocultándolo todo tras su negro manto.

—Vamos a dar un paseo, Soloviev. Por el camino me dirás de qué se trata.

—No tengo que decirle más que dos palabras... Permítame que se las diga aquí mismo.

Echó a hurtadillas una mirada hacia el árbol, debajo del cual estaban sentados sus amigos con Kusma Suchok. Sascha vio aquella mirada y recordó al punto las últimas palabras de Kolesnikov, recomendándole que desconfiara de aquella gente. Además, el tono humilde y adulator de Soloviev le causó mala impresión.

—¡Bien, habla! —ordenó con voz seca.

Se apoyó en un árbol y miró fijamente a Soloviev, cuyo rostro apenas se

distinguía en la oscuridad.

Soloviev vaciló un momento; luego, apoyándose también en un árbol, frente a Sascha, dijo:

—Quisiera decirle, Alejandro Ivanovich, que sería necesario... arreglar las cuentas...

Sascha no comprendió, y preguntó con sorpresa:

—¿Qué es eso de arreglar las cuentas? Es la primera vez que oigo decir eso...

—Es verdad —replicó Soloviev—; hasta el presente, nadie le ha dicho una palabra... todo el mundo esperaba que usted mismo lo comprendiera...

Hizo una pausa, sonrió con insolencia y continuó:

—Pero ahora, ya vemos que usted no quiere comprender... Sin embargo, Basilio Vasilievich y el marinero se han ido otra vez al bosque en busca de dinero... Los hermanos están muy contrariados por eso...

Yegulev callaba. Soloviev esperó algunos instantes, y prosiguió:

—Ese dinero puede decirse que ha sido ganado con sangre... Naturalmente, estamos seguros de que estará bien guardado... como en un Banco... Pero, así y todo, ya es hora de arreglar las cuentas... Muchos de nosotros desearían saber de qué cantidad pueden disponer... Hay quien tiene necesidad de dinero, en este momento, para hacer compras, e incluso para divertirse. No somos santos ni monjes, ¡qué diablo! Ayer mató usted al pobre Policarpo porque quiso bromear un poco. Eso no es justo. Esto no es un convento...

A medida que hablaba, se iba poniendo más insolente.

—Hace mucho tiempo que le hubiera dejado a usted, si no comprendiera su táctica astuta...

—¿Táctica astuta? —interrumpió Sascha, sorprendido.

—Se puede emplear otro término, si no le gusta a usted este.

—Por ejemplo, hipócrita, ¿no es así?

—No. ¿Por qué «hipócrita»? No me gustan las palabras gruesas, Alejandro Ivanovich. Usted es un hombre inteligente; pero nosotros no somos tan tontos como parece. Vemos muy bien, que usted ha... engañado a algunos de esos... *mujiks*... Pero no todos son *mujiks*. Hay aquí quienes no se dejarán engañar.

Sascha guardaba un silencio que, visiblemente, molestaba a Soloviev.

—Por eso, Alejandro Ivanovich —prosiguió después de una nueva pausa—, por eso le digo que vale más arreglar las cuentas lo antes posible. Luego puede usted contar con nosotros. Si se empeña usted en convertir nuestro albergue en un monasterio, sea; nos inclinaremos ante su voluntad, sin perjuicio de resarcirnos más tarde. Pero hay que empezar por arreglar las cuentas.

Soloviev, satisfecho de su discurso, se rió levemente y se frotó las manos. Estaba seguro de que iba a recibir una respuesta satisfactoria. Se estremeció, como si le hubieran dado un latigazo, cuando oyó decir a Sascha, en voz muy baja:

—Yo no tengo dinero.

—¡Cómo! ¿No tiene usted dinero? ¿Dónde está, pues?

—Lo he repartido, lo he tirado.

—¿Lo ha tirado usted?

Ahogado por la ira, con voz ronca, se puso a gritar:

—¡Ten cuidado, Sascha! ¡Lo vas a lamentar!

Sascha empuñó la *Browning* en el bolsillo. Le acometió un acceso de cólera que, no pudiendo expresarse en palabras, se manifestó en una calma glacial. «Sería poca cosa matarle ahora —pensó—. Mañana, cuando todos los nuestros estén aquí, le mandaré colgar de este abedul, delante de todo el mundo. Con tal de que no se escape antes...».

—No grites, Soloviev —replicó con voz tranquila—. Si gritas, te mato... Vale más que nos expliquemos... Quizá lleguemos a un acuerdo.

—¿Tú, tú vas a matarme? ¡Eso lo veremos! Estás solo y nosotros somos tres. ¡Canalla! ¡Ríndenos cuentas!

—El dinero lo tiene Basilio.

—¡Mientes, canalla!

—¡Palabra de honor que te mato, Soloviev!

Se hizo un silencio denso, durante el cual la muerte, en acecho, se interpuso entre los dos hombres. Soloviev pensó que lo mejor sería serenarse y no llevar las cosas al límite.

—Sí —dijo—, ya sé que me puedes asesinar. Eres especialista en la materia. No hay muchos como tú.

—Pues bien: acabemos de una vez. De nada serviría continuar con ese tono... ¿Quieres un cigarrillo?

—Gracias, tengo.

Callaron ambos.

—¿Cuándo comprendiste por primera vez que yo engañaba a los «Hermanos del bosque»?

—¡Anda! Lo supe desde el primer momento —respondió con desconfianza Soloviev—. Eso se ve enseguida.

Sascha se echó a reír. «Mañana mandaré que le ahorquen», pensó. Y experimentó el deseo de representar una comedia.

—Y sin embargo —dijo—, los *mujiks* no comprenden mi picardía...

—Los hay que no la comprenden aún; pero hay otros más inteligentes...

«Tal vez sería lo mejor matarle ahora mismo», pensó Sascha.

—¿Quiénes, por ejemplo?... No, Vaska, es mentira eso que me dices... ¡Qué codicioso eres!

—¿Y acaso tú no? Pienso irme a Rumania y tengo necesidad de dinero... No me quedaré aquí más que hasta el invierno...

«Me la está jugando —pensaba—. No me dará ni un copec. Quiere ganar tiempo hasta que vuelvan sus fieles. ¡Se ha perdido mi dinero!».

—¿Y no tienes remordimientos de conciencia, Soloviev? —preguntó Sascha con una sonrisa maliciosa.

Soloviev se encogió de hombros con menosprecio.

—Tú eres un señor, un hijo de general, y, sin embargo, tampoco tienes conciencia. ¿Cómo quieres que la tenga yo? Ni siquiera sé lo que es eso. A veces me da un poco de vergüenza. «Eres un hombre sin escrúpulos», me digo; pero me tranquilizo enseguida, al ver a los demás. Porque todos somos unos canallas. ¡Todos, Sascha! Tú, como yo. No hay ninguna diferencia entre nosotros. Por ejemplo: ¿por qué mataste ayer a Poli carpo? ¡Por una despreciable mujer!... ¡Ay, Sascha! Tú eres hijo de un general, y ahora te has convertido en asesino y tus manos blancas están manchadas de sangre... ¡Eres un tunante, un canalla!

—¿Otra vez?

Soloviev dio algunos pasos hacia atrás y gritó con voz amenazadora:

—¡Mañana te pediremos cuentas, canalla!

Y volviendo la espalda a Sascha, como si no temiera nada, se fue, sin prisa, adonde estaban sus amigos.

Un minuto después Sascha oyó un vago rumor de voces. Alguien pronunció claramente la palabra «canalla»; después todos se echaron a reír.

Kusma Suchok se destacó del grupo de los que estaban sentados bajo el árbol; se acercó a Sascha, y, sin mirarle a la cara, le preguntó tímidamente:

—¿Hay que encender la hoguera?

—No.

—Soloviev me ha ordenado que la encienda —respondió Suchok—. Será lo mejor; tendremos más calor.

- se puso a buscar por el suelo ramas secas para encender la hoguera.

Alguien empezó a tocar la balalaika debajo del árbol.

—¿Qué es eso? —quiso saber Sascha.

—Vaska quiere bailar. Ha cogido la balalaika de Petruscha... Lo mejor que puedes hacer es irte a otra parte —añadió Suchok.

Hasta entonces no se había atrevido a tutearle.

—Sí, sería mejor que te fueras... tienen dos botellas de vodka...

—¿También tú has bebido?

—No; yo no bebo nunca... Quieren hacer un registro; no creen que el dinero lo tenga Basilio.

—Y tú, ¿crees también eso?

Suchok le miró dulcemente y dijo, suspirando:

—Yo no necesito el dinero de usted.

- cuando se iba hacia su sitio favorito, Sascha oyó otra vez una carcajada y la palabra «canalla» pronunciada con fuerte entonación.



Poco después, a través del ramaje, vio una larga columna de humo negro y de fuego: era la hoguera que comenzaba a arder. Vaska y sus amigos cantaban, ebrios.

Sascha no se daba aún cuenta exacta de lo que acababa de suceder, del horror que invadía su alma. En el primer momento se creyó simplemente ultrajado, y al oír los gritos y las canciones de aquellos borrachos, que, sin duda, querían de ese modo agravar el ultraje, no sintió más que un terrible deseo de venganza. «Mañana por la mañana los ahorcaré», pensaba. Y este pensamiento ahuyentaba otros muchos más terribles, cerrándoles el paso. «Mañana por la mañana, lo mandaré ahorcar»; y se obstinaba en no pensar más que en su próxima venganza.

Pero la noche avanzaba lentamente. Sascha no podía resistir a otros pensamientos que le asaltaban, que estaban allí, a la entrada de su alma, acechando el momento oportuno. Pronto invadieron todo su ser. ¿Qué hubiera dicho su padre, el general, al saber que a su hijo se le trataba impunemente de canalla? «Mañana, por la mañana, lo mandaré ahorcar. ¡Dios mío, qué larga es la noche!».

Sí; parecía interminable aquella noche. Sascha estaba completamente solo, en la lobreguez nocturna. Oyó acercarse a alguien entre los árboles. Era Kusma Suchok, que le llamó tímidamente:

—¡Alejandro Ivanovich! ¡Alejandro Ivanovich! ¿Dónde está usted? ¡Me dan miedo!

Sascha no respondió, y Suchok se fue. Sascha volvió a quedarse solo en medio de la noche interminable.

Transcurrieron las horas. Al fin, el horizonte comenzó a aclararse un poco. Se apagó el fuego de la hoguera. No se oían ya gritos, ni canciones. Probablemente Soloviev y sus amigos se habían acostado.

De pronto, rasgó el silencio un disparo de fusil, que sacudió las ramas de los árboles, como un soplo súbito del viento. Sascha levantó su tercerola, pronto a disparar; pero no había nadie en las cercanías. No vio más que los troncos de los árboles, débilmente iluminados por el alba.

«Probablemente se escaparán» —pensó Sascha.

Casi corriendo, se dirigió hacia la hoguera. No había nadie allí. Debajo de su bota sintió trozos de botellas rotas. Por el calvero estaban esparcidas las páginas de su libro «La niña Dorrit».

Sascha entró en la barraca; un desorden indescriptible reinaba allí. Todo estaba derribado, saqueado.

Ni un alma: Kusma Suchok se había escapado probablemente con Soloviev, o estaría escondido en cualquier parte.

Sascha estaba solo, completamente abandonado.

Entonces, en este momento en que ya la venganza era imposible, sintió todo el horror de lo que acababa de suceder. Presa de cólera y de angustia, balbuceó:

—¡Ladrones! ¡Vulgares ladrones! ¡Y ya no están aquí! ¡Se han escapado!

¡Canallas!...

Recordó las palabras de la criada Glascha, cuando el día anterior gritaba:

—¡Canallas! ¡Todos sois unos Sascha Yegulev!

Sintió una sed terrible; todo su cuerpo estaba inflamado. Pero el tonelito del agua se había roto, y el cántaro también. Corrió al arroyo, e inclinado con avidez sobre la corriente, que rumoreaba alegre, bebió agua fresca. Notó que no llevaba la tercerola; pero no se preocupó. Se mojó la cara y los cabellos, y calmó su ardor.

Había que esperar la vuelta de Kolesnikov. Sascha pasó unas horas horribles, tal vez las más amargas de toda su vida. Niño aún, a pesar de la sangre que había vertido, a pesar de su aire imponente y de su reputación de bandido terrible, comprendió por vez primera el horror de su situación. Sí; había derramado sangre de inocentes, y su conciencia le acusaba. Sí; merecía la muerte, y la acogería con valor y con calma; pero ¿cómo atreverse a admitir que él, Sascha, él, que lo sacrificaba todo, que sufría mil torturas, que obedecía a los llamamientos de su noble corazón; cómo atreverse a decir que era un pícaro, que escondía el dinero y engañaba a la gente? ¿Qué valor tenían, pues, la honra, la verdad, toda su vida de sufrimientos y de sacrificios?... Los que vivían con él y le veían de continuo, los que estrechaban su mano y escuchaban sus palabras, los que podían mirar y asomarse hasta el fondo de su alma... esos mismos le creían capaz de mentir y de engañar. Y esa creencia era ya antigua. ¿Por qué no le habían dicho nada hasta ahora? ¿Por qué continuaron estrechándole la mano sin manifestar sus sospechas? ¿Acaso era una cosa clara, evidente para todos, y solo él no la comprendía? ¿Tendría razón Kolesnikov al hablar de su desconfianza, de la necesidad de ponerse en guardia contra las gentes, incluso contra Eremey?... Era, pues, posible que todos, hasta el mismo Eremey —no solamente Soloviev— le creyeran capaz de engañar, de apropiarse del dinero, de esconderlo y, no atreviéndose a decirlo por el momento, callaban, esperaban...

¿Y su madre...? ¿Y Eugenia Egmont...?

El pensamiento de Sascha se detuvo horrorizado. Había llegado a los límites máximos, más allá de los cuales el pensamiento humano se convierte en un absurdo, en una locura. No, no; más valía no proseguir.

¿Y los demás; esos miles de hombres que viven allá, en las ciudades, que hablan, escriben, pronuncian discursos, se juzgan y se acusan unos a otros? Si quienes le veían tan de cerca podían condenarle y suponer en él toda clase de vilezas, ¿qué dirían los otros, los que andan por el mundo? Le condenarían sin la menor vacilación, no sabrían jamás la verdad, le atribuirían todos los crímenes y todas las maldades, no querrían creer en sus intenciones puras y nobles...

Su pensamiento se detuvo de nuevo, asustado, negándose a seguir adelante.

Tranquilamente, como si hubiera expulsado las ideas que le estaban atormentando en aquel instante, encendió un cigarrillo, miró hacia arriba y dijo:

—El día estará hoy nublado.

Quedó sorprendido al oír su propia voz.

¿Dónde estaban su fuerza, su soberbia y su flemática seguridad? Habían desaparecido para siempre. Sus manos temblaban como las de un enfermo; sus ojos se habían hundido en unas negras cavidades que expresaban la angustia; sus labios se encontraban contraídos en una sonrisa culpable y lastimera. Hubiera querido esconderse y que nadie le encontrara.

—¡Dios mío! ¡Alguien viene!...

Era Eremey, que se adelantó sonriente, mientras miraba a Sascha y decía:

—¡Buenos días, Alejandro Ivanovich!

Como no recibiera respuesta, repitió:

—¡Buenos días, Alejandro Ivanovich!

Había percibido probablemente el estado de ánimo de Sascha. No lo comprendía; pero le miraba con afecto y compasión. ¿O tal vez Sascha se engañaba? ¿Quizá también le considerara Eremey como un ladrón sorprendido en flagrante delito?

Sascha, con una sonrisa de confusión, se limpió la pelliza y dijo:

—¿Eres tú, Eremey? Buenos días...

—¡Sascha, Saschenka, hijo mío!

¿Quién había dicho eso? ¿Eremey? ¿Era posible? ¡Sí; Eremey lo había dicho! ¿Quién, era, pues, ese hombre que aún creía en él, en Sascha, en el que había recibido el estigma de ladrón? ¿Quién era ese hombre? ¿Era un santo?

Lanzando un grito, Sascha se arrojó de rodillas ante Eremey y ocultó su cabeza en el capote sucio y remendado del *mujik*. Eremey le puso la mano en los cabellos y le dijo con voz cariñosa:

—¡Sascha, Saschenka, hijo mío!... ¡Cabecita rizada!... Estás solo, ¿verdad? ¿Y tienes miedo, pobrecito niño?...

Vaska Soloviev tomó el nombre de Yegulev y formó otra banda, con la que se dedicó a saquear y a matar, dando pruebas de una crueldad sin límites. Al mismo tiempo se organizó una tercera banda, cuyo jefe abrazó igualmente el nombre de Sascha Yegulev. Esta última se mantenía siempre a la retaguardia de las dos primeras, y complicaba de tal modo las cosas, que las tres se confundían en una sola, mandada asimismo por Sascha Yegulev,

## LOS DÍAS VACÍOS

**E**l mes de julio fue, para Sascha Yegulev y los «Hermanos del bosque», un mes de descanso inesperado.

El trigo estaba en sazón. La tierra, maldita por su esterilidad, odiada porque no hay en ella sitio para todos; la tierra, eterna burladora de las esperanzas, llamaba ahora a sus hijos, y estos no tenían fuerzas para resistir a aquel llamamiento. Numerosos campesinos, que se habían unido a la banda, se dispersaron por campos y aldeas para entregarse al trabajo. Los saqueos y los incendios de propiedades cesaron. Los terratenientes cobraron valor para ir a sus tierras con sus máquinas agrícolas. Los capataces comenzaron a jurar y a reñir a las mujeres de los campesinos que trabajaban a sus órdenes.

Era un armisticio silencioso, concluido entre la banda y toda la región.

Vaska Soloviev, con sus hombres, se marchó a un distrito lejano, donde abundaban los bosques. Allí atacaba las estaciones de ferrocarril y desvalijaba los correos. Proyectaba para un futuro próximo operaciones extraordinariamente amplias. Gracias a la experiencia adquirida durante el tiempo de su estancia en la banda de Yegulev, sabía que hay que buscar la popularidad entre los campesinos; y para obtenerla, se valía de algunos hábiles, aunque triviales, trucos. Así, en una aldea donde tenía muchos amigos, lanzó a la multitud de campesinos una gran cartera llena de dinero, lo que provocó una batalla sangrienta entre los presentes; este rasgo dio a Vaska la reputación de hombre desprendido y generoso; otro día, en otra aldea, prendió al alcalde, a quien los campesinos detestaban, y lo mandó azotar en medio de la plaza ante todo el pueblo. Este hecho aumentó su popularidad.

Su banda estaba siempre ampliamente provista de dinero, llevaba una existencia muy regalada, pasaba el tiempo bebiendo, bailando y cantando. Nuevos miembros afluían a ella sin cesar, entre los que figuraban a veces «Hermanos del bosque», de Yegulev, atraídos por la vida llena de alegría y abundancia de la partida de Soloviev. En una palabra, este se había hecho tan poderoso, que se jactaba de que le cortaría la cabeza a Yegulev tan pronto como lo encontrara; afirmaba que Yegulev era un hidalgo que engañaba a los pobres y se burlaba de ellos.

Cuando llegó la época de los trabajos agrícolas, la banda de Soloviev tuvo también que cruzarse de brazos. Por su parte, los «Hermanos del bosque» de Yegulev apenas daban señales de vida. Para guarecerse de las tempestades, habían cavado un refugio subterráneo. De vez en cuando, salían a buscar setas; pero estas desaparecieron pronto. Pasaban el tiempo hablando de pequeñeces, de asuntos de los campesinos, de la banda de Soloviev. Pero nunca se referían ni al pasado ni al porvenir. Se habían vuelto taciturnos, como el bosque, en medio del cual vivían; no hacían nada; eran como el cochero que espera a un cliente, o como el revólver cargado en un cajón.

Kolesnikov estuvo toda una semana sufriendo de un reumatismo atroz en las

piernas. Se había puesto más amarillo y más flaco. Estaba constantemente de mal humor, y había olvidado casi la risa. Pasaba horas enteras sumido en sus tristes reflexiones. La historia de la rebelión de Soloviev le produjo una impresión casi más dolorosa que al mismo Sascha; muchas de sus esperanzas se quebraron, y a su mente asomaban problemas angustiosos e insolubles.

Vaska Soloviev era un verdadero canalla, incapaz de comprender la pureza de sus intenciones; esto era ya bastante penoso. Pero había algo infinitamente más terrible: Soloviev hacía lo mismo que Yegulev; entre la conducta de las dos bandas no había ninguna diferencia, y Vaska se había atrevido a tomar el nombre de Yegulev. ¡Ni la más mínima diferencia! También Soloviev daba dinero a los pobres, castigaba a los opresores de los campesinos y se vengaba de ellos quemando sus casas; y, sin embargo, era un forajido, un bandolero, un hombre vil, sin honor. En ese momento, todavía los campesinos establecían cierta diferencia entre los dos Yegulev; pero, poco a poco, los límites se irían borrando, y pronto comenzarían a confundirse en un solo hombre. Entre los mismos «Hermanos del bosque» había algunos que hablaban elogiosamente de Vaska Soloviev y no trataban ya con el mismo respeto a su atamán. ¿A qué venía, pues, aquella pureza, aquel espíritu de abnegación, aquellos sufrimientos? ¿Quién comprendería el enorme sacrificio?

—¿Por qué habré sacado a Sascha de su casa? —pensaba con frecuencia Kolesnikov—. Soy un criminal. Pero no se atrevía a pronunciar contra sí el veredicto definitivo; cavilaba, miraba en derredor y buscaba la solución de sus dudas en la fisonomía de los demás. ¿Qué sería de él cuando el veredicto fuera irrevocable? ¡Qué espantosa situación!

Andrés Ivanich, el marinero, se mostraba también muy pensativo. Taciturno, muy servicial, modesto, parecía no tener sus propios sufrimientos, sus recuerdos y sus alegrías; miraba alrededor con ojos asombrados, se diría que buscaba algo perdido, y que, no encontrándolo, volvía a esperar y a someterse a la voluntad ajena. Físicamente se aseaba más que Kolesnikov, e incluso que Sascha, quien, sin advertirlo, había descuidado mucho su aspecto. Andrés Ivanich continuaba afeitándose cada dos días y cepillándose con frecuencia la ropa; a falta de betún, mezclaba pólvora con grasa y se limpiaba las botas con esta mezcla. Pero había en su vida una causa secreta de vergüenza, y casi de desesperación; tenía una pequeña herida en la pierna izquierda, debajo de la rodilla, que provenía de un balazo; la herida, en vez de cicatrizarse, iba comiéndole la carne y llegaba ya al hueso; empezaba a oler mal. Muchas veces Andrés Ivanich se alejaba bosque adentro y se pasaba las horas examinando su herida; la mojaba con petróleo, y hasta le aplicaba pólvora; pero todo era inútil. Para ocultarla, procuraba no bañarse nunca en presencia de los demás, y, venciendo al dolor, hacía esfuerzos para no cojear. Lo que más le horrorizaba era el mal olor que despedía la herida.

En esta época triste, los «Hermanos del bosque» no eran más que siete: Sascha, Kolesnikov, el marinero, Fedot, que tosía mucho y no les quería abandonar, Kusma

Suchok, Eremey y un nuevo miembro de la banda, antiguo obrero, llamado Slepen, poco inteligente, torvo, bizco de un ojo. Eremey fue una vez a su casa, como los demás campesinos; pero a los tres días regresó maldiciendo y jurando de un modo terrible.

—¡No, no quiero trabajar mi cochino pedazo de tierra! ¡Que se quede hasta el día del Juicio Final! ¡No permitiré a nadie que lo toque; que venga el mismo Dios, y vea qué miserable tierra tenemos! ¡Que vea Él mismo si es posible vivir con eso! He estado tres días bebiendo sin cesar, y quiero beber otros tres días más..., si me da usted dinero, Alejandro Ivanovich.

Pero no se le dio dinero.

—Entonces no me muevo —declaró furioso.

Se echó de espaldas sobre el suelo para que el cielo viera bien que él, Eremey, se quedaba acostado; no hacía nada, y todo le importaba un bledo. Se burlaron de él, le hicieron bromas; pero no reparaba en ellas; se hacía el sordo, no replicaba nada, como si estuviera privado del don de la palabra... y permanecía echado, lleno de odio, de cólera y de rebeldía. Respetaba el trabajo como todos los campesinos, y su ociosidad le parecía perversa, terrible, despreciable, más criminal que un asesinato o el incendio de una propiedad: matar y quemar es, después de todo, un trabajo...

Kolesnikov no comprendía su estado de ánimo, y le reñía por su pereza.

—¡Construye una barraca, diablo! —le decía.

Eremey le miraba de arriba abajo, con desprecio, sin enfadarse siquiera, y respondía lacónicamente:

—¡No quiero!

—Anda, échanos una mano... Así la gente tendrá un albergue cuando llegue el mal tiempo. ¡Levántate!

—No me importan nada los demás.

—Bien; entonces, cuando la barraca esté construida, no te permitiré entrar en ella.

—¡Eso ya lo veremos, Basilio!

Hablaba sin cólera, en tono indiferente, como hombre a quien no le importa nada de nada. Y se pasaba días enteros acostado: era una manera especial de protestar contra las injusticias de la sociedad contemporánea. Si llovía, entraba en la cabaña y se tumbaba en el suelo.

¡Triste época aquella! Los días vacíos, ociosos, parecían interminables. Una vez, para distraerse un poco, Sascha Kolesnikov y el marinero fueron a la aldea más cercana, Kamenka, a visitar a un campesino a quien conocían mucho, y del que estaban seguros que no les denunciaría. Pasaron allí algunas horas tomando té con bizcochos. Al anochecer, cuando llegó la hora de marcharse, el cielo se encapotó, presagiando tormenta. Sascha y el marinero hablaron de pasar la noche en casa de su amigo; pero Kolesnikov protestó. El cielo, por la parte de Poniente, estaba negro como la tinta, y cargado de gruesas nubes. La aldea, que poco antes, a la luz del sol, parecía negra con sus tejados de paja podrida, estaba ahora como blanqueada, limpia,

reluciente. Las calles, completamente desiertas: no se veía un alma.

—Vámonos, amigos míos —propuso Kolesnikov—. Hace un tiempo espléndido. Daremos un hermoso paseo.

La proposición fue aceptada; se levantaron los tres.

—¡Os vais a poner hechos una sopa! —les dijo su anfitrión—. Os aconsejo que durmáis aquí. Si Basilio Vasilievich quiere irse, que se vaya solo.

Pero no aceptaron la invitación. Cinco minutos después estaban ya fuera, caminando a lo largo de los setos. Pronto se alejaron de la aldea y se internaron por los campos.

—¡Este aire es delicioso! —exclamó Kolesnikov, sintiéndose capaz de estar andando toda la noche.

—Es tarde —dijo el marinero, mirando su reloj.

—¿Sí? ¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—¿Nada más? Yo creía que serían las nueve.

Y siguieron avanzando alegremente.

—¿Estás contento, Sascha?

»—¡Ya lo creo!

Iban muy satisfechos de poder deambular libremente, sin temor a la policía. El campo era amplio, casi ilimitado, y estaba mejor iluminado que la aldea. Las gruesas nubes que saturaban el cielo permanecían casi inmóviles, avanzando apenas con sus alas invisibles. Kolesnikov miró hacia arriba y dijo, malhumorado:

—Quizá ni siquiera tengamos tormenta.

—Sí que la tendremos —respondió Sascha con voz segura—. ¡Qué desierto! ¡Ni un solo ser viviente en todo alrededor!

—¡Alto! —gritó Kolesnikov—. Voy a perder la suela de una bota.

Saltaba sobre un pie, intentando arrancarse la suela colgante. Se sentó en tierra, pidió al marinero su navaja, y, dirigiendo terribles improperios a las botas, de las que tan orgulloso se sentía antes, cortó la tapa rebelde. Se levantó muy contento, como un cirujano después de una operación difícil que le ha salido bien.

—Tendrás que comprarte unas botas nuevas —le dijo Sascha—. Si nos persiguen, no podrás correr bien con ellas.

—¡Vamos, hombre, están muy buenas todavía!... ¡En marcha!

La oscuridad aumentaba por momentos; parecía que una mano invisible fuera apagando la luz. Pronto no se vio nada a dos pasos de distancia, y en aquellas tinieblas impenetrables estalló la tempestad vaticinada. La lluvia empezó a caer a torrentes. Los tres hombres quedaron inmediatamente empapados; el suelo se llenó de fango, los pies se hundían en los charcos. La lluvia les golpeaba en pleno rostro.

Kolesnikov lanzaba gritos de alegría. Se llamaban unos a otros para no perderse en la noche negra. Vacilaron unos instantes antes de atravesar un puentecillo que se encontraba en su camino; el puente estaba lleno de agua. Kolesnikov entró el

primero; el agua le alcanzaba a las rodillas.

—¡No importa, vamos de todos modos! —propuso con voz agitada el marinero—. Nos agarraremos a la barandilla.

—¡Imposible, el agua nos arrastrará!

—¡Probemos!

Lograron, con mucho trabajo, atravesar el puente, que se estremecía y se agitaba. Kolesnikov perdió el equilibrio y cayó; sintió como si estuviera tomando un baño frío en una bañera.

—¡Es delicioso! ¡Esto me refrescará! —exclamó.

Caminaron bajo la tempestad, durante una hora. Entraron en el bosque, que exhalaba un delicioso olor a aire húmedo; allí reinaba una calma impresionante. Por fin, hacia las dos de la madrugada llegaron a su albergue, a la barraca, bien protegida y casi seca.

—¡Ya está aquí la cultura! —gritó con entusiasmo Kolesnikov—. ¡Qué paseo nos hemos dado! ¿Estás contento, Sascha?

—Hubiera seguido andando con gusto; ¡era tan bueno aquello!...

Cuando Sascha estuvo casi dormido, Kolesnikov empezó a cantar:

*¡Yo te saludo, albergue de la inocencia!*

Aquellas palabras sonaron tan cómicas en aquel lugar, que los dos estallaron en carcajadas.

—¡Basta! ¡A dormir!



## EN EL BOSQUE

**A**lguien traicionó a Sascha Yegulev.

Una noche, Sascha, Kolesnikov y el marinero fueron a la aldea de Kamenka, a casa de su amigo; cuando volvieron, la policía, que estaba emboscada en el camino, disparó sobre ellos. Se salvaron gracias a las tinieblas de la noche y a la proximidad del bosque. Pero Kolesnikov fue herido mortalmente; una bala le atravesó el hombro derecho y se alojó en sus costillas.

Sascha y el marinero estaban dispuestos a morir, antes que abandonar a Kolesnikov. En la oscuridad, bajo las balas mortíferas, lo acarrearón por el bosque, deteniéndose a cada instante, faltos de fuerzas. Kolesnikov pesaba mucho, y Sascha, que le sostenía por los brazos, creía por momentos que estaba ya muerto. El marinero tenía el mismo pensamiento; pero no hablaban de ello.

Habiendo andado cerca de una versta, se detuvieron.

—¡No puedo más! —declaró el marinero—. Tendámosle en el suelo.

Pusieron en tierra el pesado cuerpo de Kolesnikov y escucharon; pero no se oía nada. En el bosque reinaba un silencio profundo. Era tal la oscuridad, que ni siquiera se veían las manos. En el cielo, cubierto de gruesas nubes grises, no había ni una sola estrella.

—Temo que va a llover pronto —dijo Sascha.

—Será lo mejor; la lluvia borraré nuestras huellas... ¡Qué desgracia!

—Sí... ¿qué vamos a hacer...? ¿Cree usted que es grave la herida?

Quería preguntar al marinero si creía que estaba muerto; pero no se atrevió. El marinero experimentaba el mismo temor.

—Hay que verla.

—Ya no se le oye.

—No importa; hay que examinarla...

Tras una corta pausa, el marinero se lamentó:

—¡Diablo! ¡Qué desgracia!

—¿Qué pasa?

—He perdido la linterna; probablemente se habrá enganchado en una rama y se me habrá caído del cinturón. Sin ella no veremos nada.

Y, dirigiéndose a Kolesnikov, llamó:

—¡Basilio Vasilievich!

—¡Vasia! —llamó Sascha a su vez.

—¡No responde! ¡Ni siquiera se queja!... ¡Dios mío!... ¿Estará muerto?

Pero enseguida suspiraron aliviados; habían oído su respiración. Estaba vivo, pero sin conocimiento. Felizmente había perdido muy poca sangre; ahora ya la sangre no manaba de la herida. Cuando le hubieron vuelto del otro lado, lanzó un gemido y hasta les pareció que había pronunciado algunas palabras; pero no pudieron oírlas bien. Después, Kolesnikov cayó de nuevo en un silencio absoluto. Sascha y el

marinero estaban desesperados y no sabían qué hacer. Habían perdido el camino.

—Ahora ya no entiendo nada —dijo Sascha—. ¿En qué dirección debemos ir? ¿De dónde venimos?

—¡Qué desgracia! En cualquier caso, estamos demasiado lejos de nuestro albergue. Vamos a la cabaña del guardabosque. No debe estar muy lejos; cuatro verstas, quizá menos.

—Sí, pero ¿cómo encontrar al guarda? Yo no conozco el camino.

Callaron. Transcurrieron unos instantes.

—Haga usted lo que los campesinos: échese al suelo y pegue el oído a la tierra; la tierra le indicará el camino.

Sascha siguió el consejo, y le pareció que ya sabía qué dirección tomar.

Levantaron a Kolesnikov, cargaron con él y reanudaron la marcha. Sascha sostenía al herido por los brazos; el marinero, más débil, lo sujetaba por los pies. La cabeza de Kolesnikov colgaba como la de un muerto. Pronto notaron que habían tomado una dirección equivocada, y, tras una pequeña vacilación, torcieron a la derecha; luego, a la izquierda; no comprendían nada, no tenían ninguna idea, y, sin darse cuenta, andaban por el bosque, dando vueltas alrededor del mismo lugar.

Empezó a llover. El lugar se llenó de ruidos. Les parecía ahora que todo el bosque andaba con ellos, y que ellos apenas si avanzaban. Sintieron vértigo. Varias veces se detuvieron para ver si Kolesnikov respiraba aún; además del miedo y de la angustia, tenían otro pensamiento secreto: si Kolesnikov estaba ya muerto, no era cosa de llevarle más lejos.

El dolor y la humedad hicieron que Kolesnikov recobrase el sentido, y lanzando gemidos dolorosos, balbuceó unas palabras.

—¿Qué dices, Vasia? —preguntó Sascha.

—Sa... Sa... Yo mismo...

A duras penas lograron entender que quería caminar por sí mismo. El marinero, confiado en que la oscuridad le hacía invisible, empezó a llorar calladamente. Kolesnikov, que iba recobrando el sentido, hacía movimientos que estorbaban la marcha y duplicaban su peso.

—Vasia, querido, no te muevas —le pidió Sascha—. Cuando te mueves, eres muy difícil de llevar.

Kolesnikov no se movió, y dijo con voz sorda:

—¡Dejadme aquí!

—Eso no; ya sabes tú que no lo haremos. Pronto llegaremos a casa.

—¿Y mi gorra?

Si no hubieran tenido tantas ganas de llorar, hubieran prorrumpido en carcajadas. Kolesnikov, en aquel momento trágico, estaba preocupado por su gorra de ciclista, perdida en cualquier parte. Pareció comprender él mismo lo ridículo de aquella preocupación y susurró algo que no entendieron los dos amigos.

Hacía ya mucho rato que el marinero había empezado a sentir dolores en la pierna

herida. Esos dolores se hicieron casi insoportables y aumentaron su desesperación. «¡Esto no acabará nunca!», se decía.

Pero, de pronto, en el momento en que menos lo esperaban, tropezaron contra una pared. Era la cabaña del guardabosque.

Cuando estuvieron allí, en aquel refugio, cuando Kolesnikov quedó tendido sobre un banco, con su herida lavada y vendada, dormitando, o, acaso, de nuevo sumido en la inconsciencia, comprendió por fin Yegulev la significación terrible de lo que acababa de suceder. Supo que lo ocurrido no era una mera casualidad; que las balas mortíferas iban realmente dirigidas contra ellos, y que habían sido víctimas de una traición; pensó que la policía iba a sitiarles, quizá, en aquella misma cabaña, y que Kolesnikov moriría, sin duda. La tristeza se adueñó de su corazón.

«No; es imposible que muera —se decía, pensando en Kolesnikov—. Si de verdad se muere, es que la vida no existe, no es más que un sueño; pero si la vida es un sueño, entonces la misma muerte no existe, y, por consecuencia, no morirá».

Estas reflexiones provocaron en él un intenso apego a la vida. Quería vivir, moverse, tener esperanzas, inquietudes y deseos. Temiendo que le oyera Kolesnikov, Sascha hizo una seña al marinero, y ambos salieron fuera de la cabaña.

—Andrés Ivanich, ¿quién nos ha traicionado? —le pre— guntó en voz baja.

El marinero se quedó pensativo por un instante.

—Sí, nos han traicionado; pero... no sé quién puede haber sido...

—Hay que buscar, registrar en la memoria...

Sascha, en las tinieblas, no lo vio, pero adivinó que el marinero se encogía de hombros. Permanecieron allí algunos instantes pensando en quién podría ser el traidor, y regresaron a la cabaña. Su propietario, uno de los muchos que llevan el apellido de Gnedij, hombre indiferente y solitario, se rascó el pecho y fijó una larga mirada en Sascha.

—¿Quieres decirme algo? —le preguntó este.

—Quizá sea mejor que yo me vaya —dijo—. Si viniera la policía...

—¿Tienes miedo?

—Digamos que sí. ¿Qué? ¿Puedo irme?

Sascha y el marinero intercambiaron una mirada significativa. «Nos va a denunciar», decía aquella mirada. Pero esa idea no les preocupó mucho. Bueno; que nos denuncie. Pase lo que pase, váyase, si quiere. Quizá no nos denuncie, después de todo...

—Puedes irte. Déjanos pan y agua.

Y se fue, indiferente a la oscuridad, a la lluvia, a la muerte que moraba en su casa. Si le hubieran dicho que se quedara, se hubiera quedado con la misma indiferencia. Sascha, viéndole partir, pensó:

«¡No; este no nos denunciará!».

Cuando quedaron solos, Sascha se echó en el banco, y el marinero en el suelo; pero no pudieron dormir. El bosque, azotado por la lluvia, producía un ruido sordo y

monótono; parecía acecharles, como un enemigo pérfido y malévolo. Kolesnikov respiraba trabajosamente. ¿Se estaría muriendo, quizá? No; decididamente no podían dormir. Creyeron oír disparos a lo lejos.

El marinero levantó la cabeza y prestó atención:

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Sascha, asustado.

—Me parece que oigo disparos de fusil.

Se pusieron los dos a escuchar, conteniendo la respiración. No; se habían equivocado, no se oía nada.

—Puede usted dormir, Andrés Ivanich —dijo Sascha—. Yo me quedaré de guardia.

—No; seré yo quien haga la guardia.

Los dos se levantaron. Les parecía absurdo tratar de dormir. Tenían tanto miedo, que sus corazones palpitaban con fuerza. El marinero se vistió muy de prisa para hacer la guardia, y susurró:

—¡Apague la luz!

Sascha se quedó echado sobre el banco, en las tinieblas, llenas de misterios y de peligros. Hubiera preferido estar fuera, en el lugar del marinero. Allí, en la cabaña, se encontraba como en una jaula. Sentía a su lado la cabeza pesada de Kolesnikov; solo la respiración jadeante y los gemidos del moribundo rompían el silencio de la habitación. Kolesnikov había perdido el conocimiento, y esto precisamente era lo que espantaba a Sascha; ¿qué visiones misteriosas pasaban por su cabeza inflamada?

El bosque seguía envolviéndolo todo en su rumor monótono; parecía que susurraba, conspiraba, llamaba a la ventana y al tejado. Sascha se imaginaba las ramas de los árboles bañadas por la lluvia como el cadáver de un ahogado, por cuyos largos cabellos se deslizara el agua. Recordó, a continuación, los árboles seculares de su jardín, que también hacían ruido; pero era aquel un sonido completamente diferente. Después rememoró la leyenda bíblica que había leído en la infancia: «Abraham saludando al Señor bajo una encina; el sol brillaba alegre, y Dios, envuelto en sus vestiduras inmaculadas, iluminaba con su sonrisa la divina tierra entera, satisfecho de ver la espesa bóveda de la encina y el agua pura del arroyo». Sí; entonces todo era muy distinto, ahora...

—¡Agua! —balbuceó Kolesnikov.

Sascha le dio de beber. Las gotas de agua mojaron los labios del herido, que se habían puesto negros. Kolesnikov comenzó a murmurar algo; pero Sascha se esforzaba en vano por comprenderle.

Y allí estaban los dos, solos, en aquella habitación oscura. Eran los mismos que durante la primavera pasada, en la ciudad, se ejercitaban en el tiro de revólver y luego charlaban tranquilamente, tomando el té que les servía la madre. ¿Qué había sido de aquel hombre llamado Kolesnikov, Basilio Vasilievich, Vasia? ¿Había alguien en el mundo que se interesara por él? ¿A quién anunciar su muerte? Era imposible que aquella vida acabase en una nada absoluta; era imposible enterrar a Kolesnikov allí,

en el bosque, sin que nadie cuidase jamás aquella tumba perdida. ¿Se acabó todo? ¿No habría ya en el mundo ningún Kolesnikov, con su voz, sus pensamientos, sus afectos y sus cóleras?

Sascha estaba acostumbrado a la oscuridad; pero aquella negrura pesaba demasiado sobre su alma. Era sólida, impenetrable, densa como la misma muerte.

Se sentó y, presa de súbito terror, empezó a encender fósforos para ahuyentar las tinieblas y las visiones en ellas ocultas.

La puerta se abrió, y Sascha oyó la voz del marinero que bisbiseaba:

—¡Venga un instante, Alejandro Ivanovich!

Sascha salió apresuradamente.

La lluvia caía con más fuerza. Los árboles, empapados hasta la última hoja, movían dolorosamente sus copas y se susurraban palabras al oído.

No se veía a dos pasos; pero, a veces, de repente, allá en las profundidades del bosque, algo parecía iluminarse. ¿Sería, quizá, un espejismo?

—¡Escuche usted bien! —susurró el marinero.

Sascha escuchó. Se diría que alguien avanzaba cautelosamente, deteniéndose a cada paso y escondiéndose. Pero, no; no era nada; era el ruido del bosque.

—¡No es nada! —dijo Sascha con voz firme—. Vaya usted a acostarse, Andrés Ivanich. Yo le sustituiré aquí.

—Si, voy, no puedo más —dijo el marinero con una voz tímida, casi infantil, que Sascha no le había oído nunca—. Me ha estado pareciendo constantemente que se acercaba alguien. Debe de ser el huracán, que produce esa ilusión.

—La noche toca a su fin.

—¡No! Todavía faltan tres horas por lo menos... Le dejo a usted. Si pasa algo, llame a la puerta... ¡No creo que pueda dormir! ¿Cómo está Basilio Vasilievich?

—Igual...

Sascha se sintió mucho mejor fuera de la cabaña; todo era más sencillo y comprensible. Le gustaba respirar el aire fresco, saturado del olor de los árboles y de las hojas podridas. Se percibían con más frecuencia en el bosque vagos resplandores; era, sin duda, el huracán que pasaba a lo lejos y se acercaba a la cabaña del guarda.

Sascha encendió un cigarrillo y comenzó a cavilar. ¿Quién podía haberles traicionado?

El huracán se acercaba cada vez más.

## LA MUERTE DE KOLESNIKOV

**H**acia la madrugada, el estado de Kolesnikov mejoró un poco. Recobró el conocimiento y dijo que tenía hambre; pero no podía comer, y se contentó con una taza de té caliente. Sus ojos brillaban a causa de la elevada temperatura; tenía la cara muy roja.

Se entreabrieron las dos ventanas de la cabaña después de la tormenta, el aire estaba puro y perfumado. El sol brillaba. Y pese a que era de día, y a la luz del sol había más motivos para temer un ataque de la policía, estaban todos más tranquilos y no sentían temor ni de los guardias ni de la muerte. Casi estaban alegres.

Las ideas de Kolesnikov eran muy confusas. Apenas comprendía lo que le hablaban. Se diría que estaba en un lugar remotísimo, lejos de aquella cabaña, en el reino de los ensueños dulces y de las visiones plácidas. No preguntaba siquiera dónde se encontraba, y, según todas las probabilidades, no se daba cuenta de lo que había pasado, de la refriega con la policía que habían tenido la víspera. Por algunas palabras vagas que pronunció, pudo inferirse que se representaba los acontecimientos del día anterior de la manera siguiente: Los «Hermanos del bosque», después de haber atacado e incendiado una propiedad, habían tenido una escaramuza con la policía y habían salido victoriosos. Ahora estaba él en su casa, en la habitación que tenía en la ciudad, y se imaginaba que había mucha gente a su alrededor. Hablaba de eso con voz firme y convencida. Varias veces se refirió, irritado, a cierto zapatero, y Sascha comprendió que se trataba del propietario de la casa donde vivió antes de ir al bosque.

—¿Y Petruscha, no está herido? —preguntó de repente.

Andrés Ivanich, que estaba inclinado sobre él para oírle mejor, respondió:

—No, Basilio Vasilievich; no está herido.

Kolesnikov reflexionó un instante, con la mirada fija en los ojos del marinero, y dijo:

—Habrás que darle la balalaika.

—Sí... Le voy a dar la mía.

—¿De veras?

Kolesnikov estaba visiblemente contento, y sonrió con los ojos al marinero.

—¡Es usted un verdadero intelectual!

Toda la mañana estuvo hablando de la balalaika, de Petruscha, del zapatero, y repetía la palabra «intelectual», que probablemente le gustaba mucho.

Luego, se olvidó de pronto de la balalaika, de Petruscha y del zapatero, y se puso triste; apartaba la vista de Sascha y le miraba a hurtadillas. Finalmente, hizo una seña a Sascha para que se acercara. Este se inclinó sobre él y le preguntó:

—¿Te sientes mal, Vasia?

—Sí. ¡Échalos a todos! Hacen demasiado ruido.

E indicó con los ojos a todos aquellos hombres creados por su imaginación, que

llenaban la cabaña, hablaban en voz alta, y se comportaban como si estuvieran en una fiesta.

—¡Échalos a todos!

—Sí; ya está. ¿Quieres agua?

—No. Acércate.

Sascha obedeció.

—Dale mis botas a Andrés Ivanich.

—Bien.

Hablaba, sin duda, de cuando sus botas estaban todavía nuevas y él se sentía orgulloso de poseerlas.

—¡Acércate más!

Sascha pegó su oído a los labios de Kolesnikov.

—Oye, Sascha, vuelve con tu madre..., con Helena Petrovna. ¿Cómo se llama?

—Helena Petrovna... Sí, sí, me iré con ella.

—¡Sí, vete sin falta!

<sup>T</sup> —Bien.

Kolesnikov esbozó una sonrisa al oír la respuesta. Luego, su rostro se nubló y su respiración se hizo más penosa, como si alguien estuviera sentado encima de su pecho. La muerte se acercaba, iluminada por resplandores siniestros. Kolesnikov lanzó un gemido doloroso. Sascha advirtió en sus ojos, ampliamente abiertos, una expresión de súplica y de terror sincero, casi infantil.

—¡Vasia!

Pero el moribundo había olvidado ya que Sascha estaba allí, y no oyó su llamada. Sascha y el marinero creyeron que era la agonía. Con gran extrañeza de ambos, Kolesnikov se quedó dormido.

Durmió mucho rato; se despertó al atardecer en muy mal estado.

Encendieron una pequeña lámpara de metal blanco. Un reguero de luz iluminó el bosque, envuelto en la oscuridad de la noche. Cuando Sascha y el marinero andaban por la cabaña, sus sombras, largas y fantásticas, saltaban detrás de ellos, quebrándose en los ángulos de la pared con el suelo.

—¿Se han ido? —preguntó Kolesnikov.

—Sí; se han ido.

—¡Agua!

Pero apenas bebió algunas gotas, apretó los dientes con fuerza. Luego, varias veces pidió de comer y de beber; pero, cuando se lo daban, lo rechazaba. Estaba muy agitado y hacía movimientos rápidos con los dedos; soñaba que iba corriendo, huyendo de enemigos que le perseguían. Hablaba muy bajo, de manera casi ininteligible; pero tenía la seguridad de que estaba hablando en voz muy alta, gritando, discutiendo con aplomo y burlándose de los argumentos de su adversario. Se figuraba que estaba ante una chimenea, junto a un buen fuego, en una habitación bien amueblada, y que, cruzadas las piernas, hablaba redondeando las frases con

ademanos elegantes.

—He aquí el invierno. Se ven por la mañana trineos, trineos, trineos...

Los trineos, arrastrados por los caballos, se deslizaban rápidos sobre el hielo, dando sacudidas terribles, molestas, dolorosas. Habían perdido el camino y llevaban tres días buscándolo inútilmente. Los caballos tocaban casi el suelo con el vientre; subían por una ladera muy empinada y resbaladiza, caían hacia atrás; trepaban de nuevo. Se le hizo difícil respirar, y había momentos en que la respiración se detenía por completo. Kolesnikov seguía discutiendo con sus adversarios, cuyos argumentos estúpidos le harían reír. Ahora estaba de pie, cerca de la chimenea, y hablaba con voz persuasiva y dulce, haciendo gestos elegantes.

—¡El que yo esté muerto no es una prueba! —exclamó.

Todo el mundo se rió, y él se rió más que todos.

Sascha se acercó a él, y dijo:

—¡Cállate! ¡Nos persiguen! ¡Salvémonos!

Y aquello fue una desbandada general: todos corrían, hasta perder el aliento, por la habitación, bajando las escaleras, trepando al tejado, saltando por las ventanas. Se veía fuego en el tejado; pero, abajo, todo estaba oscuro y lleno de agua: las piedras, las paredes, las puertas. El agua lo inundaba todo, ganaba terreno por momentos. No había modo de avanzar; era preciso retroceder. A la orilla del río había un bote blanco. En la otra ribera, más alta, se hallaba una aldea. Era el día de Pascua, y en la iglesia blanca del villorrio volteaban numerosas campanas llenando la atmósfera de sonidos alegres. El agua está tranquila y no corre. El sol inunda todo el valle con su luz deslumbradora. Sascha se inclinó sobre la corriente, y, riendo, bebió agua pura, sacándola con la mano.

—¡Es Rusia! —decía.

Helena Petrovna, joven y bella, una Helena Petrovna que no se parecía en nada a la que él había conocido, acariciaba los cabellos de Sascha, y decía:

—¡Qué tonto es mi niño!: bebe sangre y dice que eso es Rusia.

De repente, todo se inundó de sangre, se llenó de humo, se estremeció de horror. Había que beber, para no morir; pero era imposible beber, porque el agua no era agua, era sangre; en los cubos, en el vaso, en la boca, sangre. Aquella sangre olía como el vino. Sascha, inclinándose, gritó:

—¡Tienes que beber!

Y bebió, volviendo la cabeza; Sascha le echaba sangre en la boca, a la fuerza.

—¡Bebe, Vasia!

Luego, todo quedó en silencio. Se acercó a la chimenea y dijo tranquilamente, dulcemente, haciendo elegantes ademanes:

—¡No me ha entendido usted, Helena Petrovna! Si le doy mis botas a Andrés Ivanich es para que camine; yo me muero. Yo jamás he tenido nada, Helena Petrovna; toda mi alma, todo mi amor, toda mi ternura...

Los dos comenzaron a llorar suave y gozosamente. Helena Petrovna dijo:



—Permítame que le bese en la frente, como la otra vez.

—Se lo ruego a usted. Me hará usted muy feliz.

Le dio un beso, y sus labios eran tiernos, juveniles, bellos. Sintió un poco de vergüenza; pero no había razón ninguna para avergonzarse, porque era su prometida, pronto se celebrarían las bodas. Ella llevaba un traje blanco de novia, adornado de flores.

—¡Vamos! —dijo él, presa de una repentina inquietud—. No nos retrasemos.

—Pero ¿es usted el que va a morir y no Sascha?

—Naturalmente. Sascha se encuentra muy bien.

Rieron los dos. La respiración de Kolesnikov se hizo ligera y profunda... ya no se oía, se diría que no respiraba.

—¡Cántame, mamá! ¡Me muero!...

Kolesnikov murió sin haber recobrado el conocimiento, hacia las dos de la madrugada.

Sascha y el marinero, turnándose en el trabajo, cavaron una fosa profunda, enterraron a Kolesnikov y se marcharon.

## EL DESPERTAR

Sucede a veces que un hombre normal e inteligente pierde su equilibrio a consecuencia de un gran dolor, del cansancio, o de una situación angustiosa. Para los que le rodean, y hasta para él mismo, es el de siempre, come y bebe, habla y trabaja, llora y ríe como antes; nada se advierte en él de particular; pero, en realidad, su alma y su conciencia han perdido la memoria y la inteligencia de lo que sucede a su alrededor; parece ausente del mundo. Esto suele ocurrirles a las viudas; a las novias, durante la ceremonia de la boda; a los capitanes del ejército, durante la retirada; esto les sucede también a los péndulos de los relojes, que se detienen con frecuencia, y hay que empujarles para que se pongan de nuevo en movimiento. Suele acontecer que este estado anormal y peligroso pasa, sin que el enfermo lo advierta, como un peligro que amenaza por la espalda; pero también, sucede a veces, que el achaque se prolonga y el enfermo muere de él.

Precisamente en este estado se encontró Sascha después de la muerte de Kolesnikov. Kolesnikov murió el 2 de agosto, y a partir de aquel día, durante casi un mes, Sascha vivió en el vacío, como en un mar inmenso, cubierto de hielo. Exteriormente, no cambió; al contrario, parecía más activo e infatigable: quemaba cuando le decían lo que había que quemar, iba a los lugares indicados, mataba a las personas a quienes había que matar; caía como una tempestad sobre la región, sin hacer caso de las quejas de su partida, fatigada. Pero si alguien le proponía resueltamente que había que descansar, Yegulev daba orden de suspender las operaciones durante tres o cuatro días.

Lo que le inquietaba, sobre todo, era que Yegulev, evidentemente, no veía ni comprendía los cambios que se producían a su alrededor. Y, sin embargo, aquellos cambios eran tan considerables y saltaban tan a la vista, que el mismo Andrés Ivanich, aunque poco observador, los había advertido, y sentía grandes inquietudes. No podía decir en qué consistían aquellos cambios, pero los veía bien; era como si el mismo aire hubiera cambiado.

Había mucha gente en la banda; pero todos los días la abandonaban algunos, y con frecuencia no eran sustituidos por otros. Poco a poco, se notaba que la partida disminuía. Unos se unían a Soloviev; otros se iban a su casa o a la ciudad. Los Gnedij, tan numerosos en los buenos tiempos de la partida, menguaban, y ahora podían contarse sin temor a equivocarse. Los contornos del grupo se dibujaban cada vez más nítidamente.

Aún no se habían producido casos de franca hostilidad; pero las aldeas de la región no mostraban ya ningún interés por la partida de Yegulev, parecían haberse convertido de repente en sordas y mudas para todo lo relativo a los «Hermanos del bosque». Cuando, por casualidad, se encontraban «Los Hermanos del bosque» con sus antiguos camaradas de las aldeas, estos últimos rehuían la conversación y mantenían una actitud muy reservada.

—¿Qué vais a hacer cuando llegue el invierno? —preguntaban a veces.

Y esto quería decir que los «Hermanos del bosque» no podrían contar, de ninguna manera, con la hospitalidad de los campesinos.

El nombre de «Hermanos del bosque» iba poco a poco cayendo en desuso, siendo sustituido por el de bandoleros, que los aldeanos decían en tono de censura.

—Di, marinero: ¿vais a seguir mucho tiempo dedicados al bandidaje? Nuestras mujeres se quejan de que asustáis a los perros por la noche...

Eran bromas todavía; pero, a menudo, los «Hermanos del bosque» veían ya malas caras. Se hacía peligroso ir uno solo a la aldea; un día, los campesinos apalearon a Kusma Suchok y lo dejaron medio muerto, pretextando que había querido robar. El tendero de la localidad, apodado *Diablo Ivanovich*, que tenía abierto un amplio crédito a la banda de Soloviev, no quiso tratar con la de Yegulev; amenazó con denunciarla, y hasta, según parece, la denunció efectivamente.

—¡No puedo más! —se lamentaba a veces el marinero, lleno de cólera—. Mataré a ese canalla, sin pedir siquiera permiso a Alejandro Ivanovich.

—¡Anda, marinero! —le replicaba, irónico, Eremey—. Te ayudaré, si tú solo no tienes bastantes fuerzas.

Eremey seguía en la banda; pero a veces se ponía insoportable con sus bromas de mal gusto dirigidas contra todo y contra todos. No hacía más que escupir con desprecio a derecha e izquierda.

—¡Eres un cerdo! —le reprochó en cierta ocasión el marinero—. ¿Puede permitirse que te comportes así?

Eremey tuvo un gesto irónico, y, guiñando maliciosamente un ojo, respondió:

—¡Andresito! ¡Encantador marinerito! Tampoco tú eres ningún santo; acuérdate de la viuda del soldado.

Andrés Ivanich enrojeció hasta derramar lágrimas; cediendo a las flaquezas humanas, había entrado en relaciones amorosas con la viuda de un soldado; había sido sorprendido con ella, y, desde aquel día, todos le abrumaban con bromas de doble sentido, sin saber cuánta más amargura que dicha había en aquel episodio novelesco. El pobre marinero sentía una vergüenza y una tristeza infinitas. Una vez, el mismo Yegulev le llamó, y, con expresiones vagas y confusas, le rogó que pusiera término a sus visitas a la viuda del soldado.

—Bien, Alejandro Ivanovich. No volveré a ir. Basta que usted lo mande.

—¡Pero, vamos a ver, Andrés Ivanich! Yo no le ordeno nada, se lo ruego únicamente. Acuértese de Basilio Vasilievich...

Aquel recuerdo sonó como una campanada lejana. El marinero bajó la cabeza. Le dolía la pierna y temió que Yegulev notara el olor que desprendía. En aquel momento hubiera querido no existir.

Era muy desgraciado en aquellos últimos tiempos. Las noches negras de otoño, las bromas de mal gusto de los «Hermanos del bosque», la hostilidad de los campesinos, todo esto excitó en su ánimo una honda melancolía.

Hasta empezó a imaginarse que su albergue estaba cercado por los lobos en acecho. Cierto es que en los alrededores se oían ya tímidos aullidos de alimañas preparándose para el invierno; a veces llegaban a atacar las vacas y los corderos; pero aún no se atrevían a acercarse a los hombres. Sin embargo, el marinero les tenía un miedo atroz, como no lo había sentido nunca. Se ocultaba, sin atreverse a confesarlo: el bosque le causaba una gran inquietud, y no se alejaba nunca mucho del albergue; ni siquiera en pleno día. Cuando bajaba la noche y le parecía oír a lo lejos el aullido sordo de los lobos, su corazón se contraía en una angustia mortal. A la mañana siguiente quedaba muy sorprendido de saber que nadie, excepto él, había oído a los lobos.

Eran cada vez más patentes los cambios que se operaban en los «Hermanos del bosque»; pero Sascha, cuyo espíritu parecía envuelto en una espesa bruma, no advertía nada. Como el mar se retira poco a poco al llegar la hora del reflujo, dejando en la arena las huellas de las aguas, así los compañeros de Sascha le abandonaban uno tras otro, haciendo el vacío a su alrededor. Pero él no veía nada y seguía creyendo que nada había cambiado.

Yegulev no advertía que los encuentros y escaramuzas con los soldados y la policía se multiplicaban, y que había ya razones de más para sospechar una traición. Ya fuera porque alguien les denunciara, o porque habían perdido la protección invisible de los campesinos de la región, el caso es que la situación de la banda se iba volviendo cada vez más comprometida. Poco a poco, sin darse cuenta, los «Hermanos del bosque» transformaron su táctica de agresiva en defensiva: huían ante los enemigos. Sin embargo, no querían comprender que aquello era el ocaso, y trataban de explicar sus frecuentes descalabros con razones coyunturales: la proximidad del otoño, los malos caminos, el refuerzo de los destacamentos enviados en su persecución, etc. Esperaban que todo aquello cambiaría pronto, y que vivirían días mejores. Esta esperanza la fundaban también en el éxito de la banda de Soloviev, que seguía prosperando y engrandeciéndose con nuevos afiliados. ¡No comprendían que aquel árbol malsano, al que acudían de todas partes los negros cuervos hambrientos, había echado raíces en muy distinto terreno!

Los muertos son los únicos que no despiertan nunca. El que está enterrado en vida recobra a veces el conocimiento, aunque no sea más que por un solo instante. Esto le ocurrió a Sascha: la hora terrible del despertar sonó muy pronto para él.

Fue en los primeros días de septiembre. Estaban saqueando una propiedad que se encontraba en los confines del distrito, bastante lejos del antiguo paradero de la banda. Los de Yegulev, escasísimos en número, se habían refugiado detrás de un pantano.

Todo sucedió como de costumbre, pero con mucho más apresuramiento y ruido. Hubo riñas entre los miembros de la banda y los campesinos de las aldeas próximas, a quienes aquellos no conocían, y que habían acudido para coger su parte de botín. De repente, no se sabe cómo, corrió la terrible noticia de que la policía, a caballo, se

acercaba a galope. Todos fueron presa de pánico y huyeron desordenadamente, empujándose, atropellándose, volcando los carros, precipitándose en los barrancos. El marinero hacía esfuerzos desesperados por detener a los fugitivos, pues, según sus informes exactos, la policía estaba muy lejos. Gritaba, amenazaba con su tercerola; pero, inútilmente; casi todos huyeron, y en la huida tiraron por el suelo, y casi arrollaron, al pobre y débil Fedot, que seguía fiel a Yegulev.

Quedaron, a pesar de todo, unas treinta personas en la propiedad saqueada; más de la mitad estaban borrachos. Poco después regresaron algunos de los fugitivos con sus coches: les daba vergüenza volver a sus aldeas con las manos vacías.

—¡Ya es hora, Alejandro Ivanovich! —dijo el marinero, mirando su reloj.

Yegulev ordenó:

—¡Prended fuego!

Pero Eremey ya había puesto manos a la obra. Soplaba con todas sus fuerzas sobre la llama, que había prendido en un haz de paja, arrimado a la pared. Pronto la saqueada propiedad ardía por todos lados, iluminando la noche otoñal a una distancia de diez verstas al menos, y lanzando al cielo nubes de humo rojizo. Bajo el siniestro resplandor se agitaban «Los Hermanos del bosque» y los campesinos. Gritaban, se insultaban, y cargaban en sus coches todo cuanto encontraban a mano.

Cuando la banda se disponía a irse, Sascha vio a algunos campesinos escondidos tras un enorme montón de trigo que, como torre, se alzaba en medio del campo; trataban de prenderle fuego. Entre ellos estaba Eremey.

—¡Estas cerillas no valen para nada! —gruñía—. ¡Se apagan enseguida!

Sascha, lleno de asombro y de furia, preguntó al marinero:

—¿Qué es eso, Andrés Ivanich? ¿Pretenden quemar el trigo?

—Así parece. Dejémosles. ¡Qué le vamos a hacer!

—¡La gente se ha vuelto loca! —dijo Kusma Suchok, que se mantenía, prudentemente, detrás del marinero.

Slepen, el campesino bizco, escupió con desprecio y declaró:

—¡Auténticos *mujiks*!

Algunos de los campesinos, al darse cuenta de que les estaban viendo, se alejaron del montón del trigo un poco avergonzados, y se unieron a «Los Hermanos del bosque». Solo Eremey permaneció en su sitio, muy ocupado en prender fuego al montón.

—¡Edor, ayúdame! ¡Qué diablos! —gritó a uno.

Sascha se acercó a Eremey, y poniéndole la mano en el hombro, le reprendió:

—Vamos, Eremey, ¿qué vas a hacer? ¿Está permitido quemar el trigo? ¡Estás loco! Si no lo quieres tú, ese trigo podrá servir para los pobres, para los que tienen hambre. ¿Me oyes?

Eremey, sin darse prisa, volvió la cabeza hacia Sascha y dijo tranquilamente:

—¡Ese trigo no es tuyo! ¡Déjame!

Y lanzó sobre el atamán una mirada breve y resuelta que parecía llena de cólera,

de odio secular contra las injusticias, de espíritu de venganza insaciable, acumulados durante millares de años por el pueblo dolorido.

Sascha retrocedió, y con un movimiento instintivo se llevó la mano a los ojos para no ver cómo comenzaba a arder el trigo. Se oyeron risas en el grupo de los «Hermanos del bosque» y de los campesinos; no habían comprendido lo que pasaba, o, quizá, lo habían comprendido demasiado bien.

El fuego prendió al fin. Se oyó el crujir de las espigas secas. Todo el mundo calló, retrocediendo. Y de pronto, en medio de aquel silencio, unos extraños sollozos llegaron a los oídos de Sascha y le hicieron abrir los ojos. Eremey, sentado ante el enorme montón incandescente, miraba la masa incendiada y lloraba, repitiendo sin cesar las mismas palabras:

—¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!

Todos inclinaron la cabeza bajo el peso abrumador de los pensamientos dolorosos, o, acaso, para no turbar a Eremey en su llanto. Las espigas de trigo parecían alambres de fuego; el oro del trigo se transformó en cenizas.

Eremey, balanceando con movimientos monótonos todo su cuerpo, sollozaba, repitiendo:

—¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!

Sascha lanzó un suspiro de consuelo. Se acercó a Eremey, le tocó tiernamente en la mano, y como si hablara a su madre, le dijo:

—Querido Eremey..., no llores...

Eremey volvió la cabeza hacia él, y, como si no hubiera oído aquellas palabras afectuosas, gruñó con una sonrisa irónica y maligna:

—¿Ahora te las das de bueno, barín? ¿Has robado bastante dinero, bandido? ¿Estás harto ya de asesinar a pobres inocentes, canalla?

Así despertó Sascha de su estado de somnolencia a la triste realidad.

Aquella noche, en la cabaña, helado, acostado sobre su lecho de fiera, temblando de frío, reflexionó sobre su terrible destino, enigma, para él, aterrador. ¿Necesitaba el pueblo su enorme sacrificio? ¿Por quién y por qué había entregado su pureza, las alegrías de su adolescencia, la vida de su madre, su alma inmortal? ¿Era posible que todo aquello, lo máspreciado que el hombre posee, no sirviera a nadie, no tuviera ninguna utilidad real? ¿Era posible que todo aquello fuera vano y estéril, como basura inmunda? ¿No había de cosechar más que sufrimientos y lágrimas?

Sascha oyó que alguien se movía a su lado y le cubría el cuerpo con algo pesado y cálido. ¿Quién era?

—¡Duerma, Alejandro Ivanovich! Le he tapado a usted para que no tenga frío. ¡Duerma!

—¡Gracias, mi buen Andresito! ¡Gracias, querido mío!

Y por vez primera, desde que salió de su casa, Sascha Yegulev lloró aquella noche.

## EL AMOR Y LA MUERTE

**S**olo los muertos y los desesperados pueden disfrutar de una paz absoluta. Sascha conoció la calma después de aquella terrible noche.

Lo que había hecho estaría bien o mal, lo necesitaría o no el pueblo; pero estaba hecho, el destino se había cumplido, y el pasado quedaba tras él intacto, en toda su trágica realidad: imposible cambiar el detalle más mínimo, el más leve pensamiento, la más insignificante palabra. Su sacrificio sería aceptado o rechazado con cólera, como un don cruel y terrible; Dios, que todo lo sabe, le perdonaría, o, condenándole, le haría sufrir los castigos más crueles; él, Sascha, habría sido una víctima voluntaria o un cándido cordero sacrificado en aras de la voluntad ajena... Nada de esto tenía ahora la menor importancia, puesto que estaba ya hecho, cumplido, y quedaba atrás, en toda su trágica realidad, sin que nadie pudiera alterar nada. Ante sí no veía más que la muerte.

Pero, puesto que con la muerte venía la ruptura de todos los lazos, se entregó con ardorosa pasión a sus ensueños, hallando disculpa en la desesperación misma de su amor. «Ahora tengo derecho a pensar en todo», se dijo, mirando de frente a su conciencia. Y, en efecto, abrió las puertas de su alma a todos los pensamientos.

Precisamente en aquella época, anunciándole su próximo fin, las persecuciones contra la banda se hicieron más encarnizadas. Se diría que una enorme mano misteriosa, lenta, segura de captar la presa, avanzaba por el distrito en persecución de los «Hermanos del bosque»; registraba con sus dedos tentaculares, penetraba en la profundidad de los bosques, en la oscuridad de los barrancos, en las casas abandonadas, en las cabañas perdidas. «Los hermanos» se escondían, buscando nuevas guaridas, como fieras acosadas, sin tregua ni respiro. La zona de sus operaciones se hacía cada día más estrecha y limitada. Una invisible fuerza cernía en torno a ellos el cerco fatal. La banda de Yegulev, impulsada por el miedo, a veces por un miedo imaginario, se veía acorralada en todos los lugares a donde iba. Los «Hermanos del bosque» no temían la muerte, más bien la deseaban; pero seguían huyendo y ocultándose. Estaban siempre en guardia, atentos al menor ruido; sus ojos penetraban en la noche y registraban ansiosamente todos los rincones; su sueño era inquieto como el de un animal acorralado; sus movimientos, nerviosos.

El otoño, en realidad, no era riguroso; pero a ellos les parecía detestable y frío, porque no se atrevían a encender fuego, y tiritaban al acostarse en la humedad. Durante el día, bajo el sol otoñal, que calentaba un poco, aquella vida era tolerable; pero, en cuanto caía la noche, pasaban horas terribles, desconocidas incluso por las mismas alimañas que se esconden de noche en sus guaridas, bien resguardadas contra el frío. Se alimentaban muy mal, y a no ser por Fedot, que seguía extrañamente adherido a la banda, se hubieran muerto de hambre, o hubieran tenido que robar los corderos a los campesinos, como lobos.

Así era en aquella época la vida de los «Hermanos del bosque»; tenían frío y

miedo constantemente. A su alrededor el vacío era cada vez mayor, y el número de «los hermanos» disminuía sin cesar. Unos se unían a Soloviev, que se había hecho rico, poderoso, y estaba en relaciones estrechas con la policía; otros se marchaban a las aldeas o a la ciudad, Sascha Yegulev, no obstante ser aún la bandera y la voluntad de la banda, ligado a ella por razones de fidelidad y fraternidad inquebrantable, compartiendo sus sufrimientos y privaciones, estaba, en realidad, tan lejos de ella como en la época en que vivía con su madre y su hermana. Y cuanto más insoportables eran los sufrimientos físicos, más poderoso ardía en su corazón el fuego de los ensueños irrealizables; aquel fuego se reflejaba en sus ojos, que se habían hecho enormes a causa de la delgadez, y en el rostro, pálido y devastado como el de un mártir o un santo.

Y durante las largas noches, mientras los «Hermanos del bosque» temblaban de frío, Sascha reflexionaba acerca de los detalles de su proyecto. Naturalmente, no entraría en su casa, ni siquiera se dejaría ver. Pero se acercaría, a escondidas, a las ventanas, miraría a mamá y a Lina en la oscuridad de la noche de otoño; las miraría mucho tiempo, hasta que apagarán la luz y se acostaran. Es muy posible que viera también a Eugenia Egmont, que quizá se encontrara aquella noche en casa.

Sascha se estremecía al llegar a este punto. No; valía más no pensar en ello. Y, además, si las cortinas estaban echadas, no podría ver nada. Pero su madre, ¿no adivinaría que estaba allí él, detrás de las ventanas? ¿No sentiría sus ojos, no oiría latir su corazón de hijo? En aquel momento, este corazón latía tan fuerte, que debía oírse en el otro extremo de la Tierra.

¡No; ella le intuiría, adivinaría su pensamiento y abriría la ventana!...

Delicadamente, con una belleza indecible, el bosque agonizaba bajo los rigores del otoño. Lo que ayer era verde aún, hoy amarilleaba, se volvía oro; lo que era oro ayer, se tornaba rojo como el fuego. Aún había gran cantidad de hojas en los árboles; pero muchas de ellas yacían en tierra y crepitaban al ser pisoteadas.

Unos hombres dulces y tristes, que le miraban con dolor y desesperación, rodeaban a Sascha. ¿Qué podría hacer por ellos? Nada. Les hubiera sacrificado con gusto su último ensueño; pero no lo necesitaban, no comprenderían aquel ensueño del que les separaba un abismo. A veces Sascha sentía pudor: ¡era tan rico con sus pensamientos! ¡Mientras ellos nada tenían! Miró pensativo al marinero, que se había quedado muy delgado y pálido.

—Andrés Ivanich, ¿vive todavía su madre? —le dijo.

—No sé.

«¡Qué extraña respuesta!» —pensó Sascha, y le pareció que había en aquella réplica un reproche oculto para él. Hubiera querido hacer más preguntas al marinero, pero no se atrevió.

—¡Nuestros negocios no andan muy boyantes, Andrés Ivanich! —observó tras una corta pausa.

—¡Ni que lo diga! —respondió el marinero—. Sobre todo, nos falta ropa de



abrigo.

—Sí, es triste... Aunque Fedot ha prometido que traerá pellizas.

—Es cierto; pero los campesinos no quieren dar nada. Dicen que todas las ropas de abrigo se las han entregado a la partida de Soloviev... ¡Eso es mentira!

—Cueste lo que cueste, hay que encontrar ropa de abrigo.

—Sí.

Callaron, sumidos ambos en sus cavilaciones. Sascha creía que el marinero pensaba en la ropa de abrigo.

—Me ha parecido, Andrés Ivanich, que cojeaba usted un poco estos últimos días. ¿Tiene usted la pierna mala?

El marinero estaba sorprendido, y respondió con la voz ambigua de un acusado:

—¿De veras? ¿Le parece a usted que cojeo? Me extraña. No; no tengo nada.

—Y, sin embargo, bien se ve que cojea usted.

—Quizá me haya herido levemente sin darme cuenta... Habrá que revisar la pierna... ¿No tiene usted órdenes que darme, Alejandro Ivanovich?

—No.

Aquel día el marinero, en efecto, no cojeó, y Sascha pensó que probablemente se había engañado.

La vida real se alejaba de él por momentos. Ante su alma joven se abría un mundo maravilloso de amor, de un amor divinamente puro y bello, desconocido para los hombres que aún esperan vivir. Como una corteza inútil, se desprendía de su alma todo lo vulgar y trivial de las relaciones humanas, el hastío de los días vacíos, Eugenia Egmont había perdido ya para él casi todos sus rasgos materiales.

Tampoco su madre y Lina conservaban en su mente trazos materiales. Sentía a ambas en su corazón; pero sin verlas, sin intentar siquiera verlas; así era más rico que los demás, porque poseía algo más grande que los demás.

En el suave roce de los vestidos, que se imaginaba siempre de color negro, vivían en su imaginación, con vida inmortal de espectros, tres mujeres; le tocaban ligeramente al pasar, exhalando un dulce y cálido aroma; le amaban, le perdonaban, le compadecían tres mujeres: su madre, su hermana y su novia.

La voz de la muerte sonó pronto, cercana, inmediata. Andrés Ivanich, el marinero, desapareció.

Aquella noche, Andrés estuvo ocupado, como de costumbre, en una tarea de escasa importancia. Además de Yegulev, eran cuatro en la partida: el marinero, Kusma Suchok, Fedot y el bizco Slepén, individuo insoportable y fastidioso.

Ivanovich había encendido una hoguera —pues ya ni siquiera se preocupaban de no atraer la atención de sus enemigos—, y dijo en tono de broma a Sascha:

—Hay lobos en el bosque y el fuego los ahuyenta.

—Yo sé bien dónde están los lobos —repuso Fedot.

—También yo sé algo de eso. Con el fuego estaremos más seguros.

—Como quieras. Pasaremos la noche más calientes...

Alejandro Ivanovich, acuéstate con nosotros junto a la hoguera: en la cabaña hay mucha humedad y podrías coger frío.

Pero Sascha se acostó en la cabaña. Quería quedarse solo; la gente perturbaba sus ensueños, y allí dentro todo estaba silencioso, como en la tumba.

Durmió profundamente, sin dejar de soñar, y no oyó nada. Por la mañana le anunciaron la desaparición de Andrés Ivanich. No se había llevado ni su balalaika ni su espejito; únicamente faltaban la tercerola y un poco de dinero que pertenecía a la banda.

Todos se devanaban los sesos intentando encontrar una explicación a la ausencia del marinero. Slepén, con su simpleza acostumbrada, concluyó:

—¡Se ha ido con Soloviev!

—¡Qué estúpido eres! —dijo Fedot.

Y después de dudar un instante, añadió tímidamente:

—¿Habrá ido, tal vez, a entregarse a la policía?

Parecía que hasta el mismo Sascha, que le conocía tan a fondo, no comprendía nada de esta huida. De lo único que estaba seguro era de que el marinero no les había abandonado para irse con Soloviev.

Esperaron hasta mediodía; luego, aburridos de estar inactivos, se pusieron a buscar al marinero. Sin ningún plan preconcebido, andaban alrededor del albergue, gritando:

—¡Andrés! ¡Marinero!

Sascha, sin esperanza de encontrarle, rondaba por entre los árboles, mirando hacia abajo, como si estuviera buscando setas. Al fin encontró al marinero: bien por miedo a los lobos, bien por no poder resistir al atractivo de la muerte, Andrés Ivanich se había suicidado, muy cerca del albergue, a unos veinte metros de la hoguera. Era extraño que sus compañeros no hubieran oído el disparo.

Andrés estaba tendido, de espaldas, con la cabeza oculta en la maleza y las piernas al descubierto; se diría que había buscado un sitio donde no le molestase el sol y pudiese dormir tranquilo. Sascha apartó una rama, desprovista casi de hojas, y miró la cabeza del muerto, que tenía los ojos vidriosos, la boca negra y manchada de sangre. Junto al cadáver había una pistola *Browning* que el suicida había preferido, no se supo por qué, a la tercerola.

—¡Mire lo que ha hecho, Andrés Ivanich! —dijo Sascha, con voz muy tranquila.

Soltó la rama; una hoja seca se desprendió y fue a caer sobre el hombro del difunto.

Los otros tres se acercaron también y miraron por encima del hombro de Sascha.

—Habrá que llevarse el monedero —observó Fedot.

Luego se dirigió a Slepén, en tono de reproche:

—¿Lo ves? ¡Y decías que se había ido con Soloviev! También tú seguirás pronto al marinero...

—No, tú; tú irás antes que yo; echas ya sangre por la boca.

—¡Qué imbécil eres! —dijo Suchok, escupiendo con desprecio.

—¡Déjale, es demasiado estúpido! —declaró Fedot—. Será mejor que me ayudes.

Mientras giraban el cuerpo tratando de encontrar el dinero, Sascha estaba allí, sorprendido de no sentir ni compasión ni dolor. Aquel suicidio le inquietó, pero no por inesperado. Lo encontraba muy natural; tenía que acabar así. Y pensó que al día siguiente iría a la ciudad.

Acudieron a su mente pensamientos tristes, muy vagos e incomprensibles. No era ni piedad, ni el presentimiento de su propia muerte, ni el dolor que había experimentado cuando murió Kolesnikov. Al ver el monedero del marinero, comprendió lo que hasta aquel momento no había comprendido: él, Yegulev, no conocía en absoluto a aquel hombre muerto; le parecía verle por primera vez, con sus ojos ampliamente abiertos y su boca manchada de sangre. Sonrió amargamente al pensar en su ceguera. ¡No conocer a aquel hombre que había vivido tan cerca de él! A su lado, durante largos meses, había tenido a un ser humano de exquisita delicadeza, tímido, noble, servicial, que le decía cosas buenas, olvidadas ahora, que le tapaba las piernas para protegerle del frío, que le sostenía en sus brazos cuando estaba cansado... ¡Y ese hombre no existía ya! Se había suicidado sin consultar a nadie, se había ausentado de la vida sin decir palabra.

Cuando enterraron al marinero, Sascha logró por fin evocar en la memoria su imagen concreta; recordó de pronto el rostro y la mirada de Andrés Ivanich, tocando la balalaika. Le veía como cuando estaba vivo, con su tierna sonrisa, que recordaba en cierta medida a una novia tímida. Y, al mismo tiempo, evocó aquella noche lejana en que «Los Hermanos del bosque» cantaban «El pequeño serbal», a la luz de la luna, en el rumor monótono del arroyo; recordó la loca alegría y la salvaje belleza de Kolesnikov, aquella noche, su conversación con él, en la cabaña, cuando estaban ya acostados; recordó los rayos plateados de la luna, que se infiltraban en la barraca por la puerta entreabierta.

Todo aquello no existía ya. Petruscha había muerto; Kolesnikov había muerto: ahora acababa de enterrar al marinero.

—¿Te acuerdas de «El pequeño serbal», Fedot? —preguntó Sascha con una dulce sonrisa.

—Naturalmente que sí —respondió el otro con aire pensativo, como si tratara de retroceder hasta aquella época que parecía tan lejana.

Kusma Suchok miró un instante los grandes y oscuros ojos de Sascha, que expresaban tantos sufrimientos, y se asustó de ver los horrores que la vida podía engendrar. Slepén también agitó febrilmente sus ojos de bizco, fijando la mirada en Sascha; pero era demasiado estúpido para comprender su propio sentimiento vago, y acabó por decir con voz severa:

—¡La balalaika del marinero será para mí!...

Después de consultar a Fedot, Yegulev se decidió a ir al día siguiente a la ciudad, a despedirse de los suyos; la muerte no quería esperar; había que darse prisa.

## LA DESPEDIDA

**Y**egulev, disfrazado de campesino, se camufló por la mañana entre la gente que atestaba el mercado.

En la plaza había, como de costumbre, una febril actividad; las gentes compraban, vendían, bebían vodka, gritaban, juraban. Las tabernas estaban repletas. Sascha se perdió en aquel barullo, en aquella marejada humana, cuyas olas se parecían una a otra como un haz de paja a otro haz de paja, que iban y venían, empujadas entre los hombres, los caballos, las ruedas de los carros. Nadie le conocía, nadie le prestaba atención. Se paraba junto a los carros, llenos de mercancías, como si fuera un comprador; se mezclaba con la multitud, tratando de confundirse en ella. La mayor parte del tiempo la pasó en las tabernas; allí todo el mundo estaba borracho, y Sascha estaba seguro de que nadie podía reconocerle.

Temía únicamente encontrarse con los campesinos de la aldea Kamenka, que le conocían demasiado. Se cruzó con uno, en efecto; pero este, después de mirar a Sascha, volvió la cabeza con indiferencia. El traje de campesino, y la perilla bastante crecida, desfiguraban a Sascha. Aquel joven de elevada estatura, vestido de *mujik*, no inspiraba ninguna sospecha, y si alguien en la taberna le preguntaba por qué estaba tan pálido y tan delgado, respondería que acababa de salir del hospital tras una larga enfermedad.

El día de otoño era corto; pero a Yegulev se le antojó muy largo y aburrido; por momentos, la animación del mercado le parecía un decorado de teatro pintado sobre un telón, detrás del cual no había nada.

El sol se ocultó pronto tras los tejados; brilló algunos instantes en las ventanas de una taberna de tres pisos, y se eclipsó definitivamente. Largas filas de carros abandonaban el mercado y regresaban a las aldeas. Los tenderetes, colocados en fila sobre la plaza, cerraron sus puertas, y se oyó el ruido de los candados y de las llaves de hierro.

La plaza del mercado iba quedando desierta. Sascha no podía ya pasearse por ella sin llamar la atención. Se sentía inquieto, turbado, como un ladrón o un individuo sospechoso.

Su angustia no cesaba de aumentar. No podía estar cinco minutos seguidos sin moverse, y, cuando andaba, se sentía más tranquilo. Por su cabeza desfilaban ideas confusas e inquietantes, como sucede, a veces, al viajero que se acerca a su casa después de una prolongada ausencia; durante aquellos cuatro meses, ¿debían de haber ocurrido tantos cambios en la casa familiar!

Hasta aquel momento, a Sascha no se le había pasado por la cabeza que su madre podía haberse muerto de dolor, o simplemente de una enfermedad, o de un accidente. Siendo aún niño, sentía una gran inquietud cuando su madre se retrasaba una hora más de lo convenido, y su imaginación se agitaba presintiendo un montón de desgracias y de sucesos catastróficos; ahora, hacía cuatro meses que no la veía, un

tiempo demasiado largo para la frágil vida de un hombre.

Con mucha cautela, para no llamar la atención, se acercó a un farol de gas y consultó su reloj de oro, que había heredado de su padre, el general. No eran más que las siete. Sascha llegó a pensar que se había parado, pese a que a lo largo de aquel día le había dado cuerda dos veces. Pero no; efectivamente, no eran más que las siete.

Podía ir enseguida a su casa; pero, de acuerdo con el plan trazado de antemano, debía estar allí a las nueve, porque a aquella hora precisamente se servía el té, y era muy probable que Eugenia Egmont se encontrara también en el comedor. Además, ya que había tomado la decisión de acudir a las nueve, Sascha no quiso cambiarla.

Pero bien pronto se rebeló contra sí mismo.

«¡Qué locura! —se dijo casi en alta voz—. ¿Por qué precisamente a las nueve y no ahora mismo? Por otra parte, podría quedarme esperando allí».

Decidido, con paso rápido y cauteloso, atravesó la plaza desierta y se adentró en la oscuridad de una calle silenciosa, sin empedrar, apenas iluminada por la débil claridad de algunas farolas, colocadas a gran distancia unas de otras. A lo lejos distinguió una luz muy conocida: era la tienda de Samsonichev en el ángulo de la calle que conducía a la casa de los Pogodin.

Al dar los primeros pasos que le llevaban directamente a su objetivo, Sascha recobró la certeza tranquila de que su madre estaba viva y de que iba a verla muy pronto. Empezó a caminar lentamente: quería dilatar la feliz espera; degustar el licor exquisito sin prisa, gota a gota.

Aquella dicha de caminar por lugares conocidos, en donde cada esquina, cada hondonada, cada valla, evocaba sus recuerdos, era como la lectura de un libro muy viejo que conservara cuidadosamente en sus páginas puntual noticia del pasado. Sascha creía ver hasta las huellas mismas de sus pies, impresas allí hacía mucho tiempo, cuando era niño aún; ahora las cubría con otras pisadas, y ponía los pies en el suelo con delicada atención.

Allí estaba la tienda de Samsonichev; por las dos calles penetraba la luz en la oscuridad otoñal, esperando, con tranquilidad somnolienta, la llegada de un cliente. Si Sascha hubiera entrado, habría percibido el olor característico que desprendía Samsonichev: olor a aceite de oliva, a jabón, a petróleo y a humanidad.

«Tal vez —pensó Sascha—, encuentre a nuestra criada, si se acerca por aquí a comprar algo. Sin duda, ella me reconocería...».

Desde la acera opuesta echó una ojeada a la tienda, y, mentalmente, se despidió de Samsonichev. A continuación pasó al otro lado de la calle, a la parte que consideraba como suya; la acera de enfrente, en su infancia, era desconocida para él, pertenecía a otros, casi como una nación extranjera.

Luego cruzó de nuevo la calle. Vio la tapia de su casa. También el portón de entrada al patio. Tenía que esconderse; podía encontrar a alguno de los suyos. Miró durante un buen rato la puerta que en otro tiempo había franqueado mil veces, y, conteniendo la respiración, estuvo esperando un momento a que alguien la abriera.

Dio la vuelta a la casa; enfiló por una callejuela y llegó al lugar de la tapia desde donde solía mirar, cuando era niño, el camino blanco; por ese mismo punto había saltado, cuatro meses antes, para unirse a Kolesnikov y a Petruscha, que le esperaban. Kolesnikov y Petruscha habían muerto; pero el muro seguía en pie, indiferente a la vida humana y a sus sufrimientos, a esta pobre vida humana tan quebradiza e incierta.

Sascha trepó por el muro y saltó al jardín. Se refugió en una casita de piedra, que estaba sin terminar y no tenía tejado. En el pasado, esta casa asustaba a Sascha y a Lina con los boquetes abiertos en sus flancos, en el lugar de las ventanas.

Sascha permaneció allí una media hora; tan emocionado estaba, que no podía moverse. Se le encogió el corazón cuando por entre los troncos de los árboles centenarios distinguió las ventanas de su casa. Estaban muy iluminadas; por lo tanto, había gente. El interior estaba oculto por visillos.

Sí, ya estaba allí, en su casa; la veía tan cerca que su corazón comenzó a latir violentamente. Quería salir de su escondite; pero aún era demasiado pronto: había que esperar. Varias veces, impaciente, dio algunos pasos hacia adelante; pero no se atrevió a seguir, y esperó.

—¡Aquí está! —susurraba, sonriendo—. ¡Aquí está!

Al fin se decidió. Reuniendo todas sus fuerzas, y con paso firme, se acercó a las ventanas del comedor.

En el comedor, la mesa estaba puesta. Vio tazas, una tetera, pero nadie en la habitación. Probablemente no habían tomado aún el té. Pronto aparecerían. Algo extraño llamó la atención de Sascha: la mesa no estaba servida cuidadosamente, como se hacía siempre en su casa. Se percibía un ligero desorden. ¡Había allí cambios incomprensibles!

De pronto vio entrar en la habitación a un viejo desconocido, afeitado, sucio, con una bata turca de tela floreada. Llevaba en la boca la colilla de un cigarrillo apagado. Andaba lentamente, con los ojos bajos.

Adivinando la triste verdad, pero sin atreverse a admitirlo todavía, Sascha se lanzó hacia la ventana de su cuarto. Allí había cambiado todo igualmente; todo era nuevo; no se parecía en nada a lo que hubo antes.

Ya no cabía duda: ¡Su madre y Lina ya no vivían allí! Quizá habían abandonado la casa hacía ya un tiempo. ¿Dónde estaban, entonces?

Tres horas se quedó Sascha en la casita sin terminar, que conservaba perenne indiferencia a la vida humana y sus sufrimientos.

Así, sin haberse podido despedir de los suyos, decepcionado hasta en sus más anheladas esperanzas, se dirigió a la muerte.

«¡Todo ha acabado! —pensaba—. Esto era sencillo y fatal. He acariciado el sueño de convertirme, aunque solo fuera por unos minutos, en el Sascha de antes; pero la sangre vertida se ha opuesto a ello. La sangre vertida se ha levantado como un muro entre los míos y yo. Todo el mundo puede ver a mamá, a Lina, a Eugenia: yo no tengo derecho a verlas. Debo seguir siendo, hasta la muerte, Sascha Yegulev,

Alejandro Ivanovich. Mi padre no es ya Nicolás, sino un Iván cualquiera. No tengo madre. No soy más que Sascha Yegulev, Alejandro Ivanovich. Pues bien, me resigno. ¡Amén! He alargado la mano, pidiendo limosna, pero me la han negado. ¡Vuelve al sitio de donde has venido, Yegulev!».

El camino no es penoso para quien paga su deuda con creces.

Esta era la calle por donde caminaba en el pasado un tal Sascha Pogodin; ahora sus huellas habían sido borradas por los pasos pesados y firmes de Sascha Yegulev. A lo lejos veía, con alegría, el espectro de la muerte. Y se dirigía a él con andar rápido y cauteloso.

Desde lo alto de la colina atisbo el rojo resplandor que iluminaba el cielo, y subía, durante las noches oscuras, por encima de las ciudades y de las aldeas, en incendios innumerables. Se detuvo y lo observó atentamente, con mirada severa. Y con la sencilla expresión que había aprendido de los campesinos, se arrodilló y saludó profundamente aquellos fulgores de color púrpura.

## LA MUERTE DE YEGULEV

**M**añana el cielo estará cubierto de gruesas nubes sombrías y la tierra se sumirá en tinieblas. Mañana soplará un viento cruel, procedente del Norte, arrancando las hojas de los árboles y diseminándolas por todas partes; la tierra se volverá dura como piedra, perderá sus vivos colores y morirá de frío. Inclutados y vueltos hacia el Sur, presentarán la espalda al viento el hombre, las copas de los árboles, las hojas muertas en los campos, los tallos frágiles de las hierbas secas. El vendaval agitará las crines de los caballos, las ropas de los hombres, el humo de las negras chimeneas. Los troncos de los árboles lanzarán gemidos dolorosos. Las hojas secas, impelidas por la ventisca, lucharán contra la muerte aferrándose a su inútil vida hasta la nueva primavera. En lo alto, en el aire oscuro, comenzarán a revolotear unos copos de nieve; parecerá que pasan por encima de la tierra, sin bajar, y, no obstante, la tierra se pondrá enseguida blanca, y en cada barranco, en cada ladera, detrás de los postes telefónicos, surgirán montones de nieve.

Pero hoy el bosque está tranquilo, como un templo de elevadas columnas, sereno y majestuoso. Los viejos troncos de los árboles se alzan en buen orden, el suelo está cubierto de una alfombra dorada de hojas secas, que caen sin cesar con un rumor suave y melancólico. Como bajo las bóvedas de un templo, suenan graves en el bosque los pasos del hombre; las voces son frescas y fuertes; el más leve rumor de hombre o de pájaro es limpio, claro. Todo el bosque parece lleno de sonidos alados, que hubieran salido, sorpresivamente, de misteriosas profundidades.

Hombres armados se acercan cautelosamente al refugio de Sascha Yegulev; ellos mismos se sorprenden del ruido que producen sus pasos en el camino. Cada individuo, conteniendo la respiración, trepa a cuatro pies por el barranco, agachándose cuando pasa por un sitio descubierto procurando pasar lo más desapercibido posible. Todos creen que los demás andan torpemente y hacen mucho ruido. Se diría que la muerte, que llevan a Yegulev, es un fardo muy pesado para sus brazos débiles, y tienen miedo de que se les caiga. Si dejan caer aquella muerte, hará un ruido enorme, despertará el bosque y se pondrá en guardia a la víctima elegida. ¡Silencio! ¡Silencio!

El bosque permanece sereno y majestuoso como un templo. Los árboles se alzan hacia el cielo como severas columnas, y, entre ellos, las ramas deshojadas tejen ricas cortinas de encaje transparente.

La muerte ha adornado con mimo la naturaleza para Sascha Yegulev...

A lo largo de todo el día y toda la noche, hasta el amanecer, destellan los disparos en la barraca, que cruje como leña húmeda en el fuego. Los que estaban dentro tiraban por descargas cerradas y fuego graneado, eligiendo el blanco. Había ya muchos muertos y heridos entre los asaltantes. El oficial de policía que mandaba el destacamento recibió una herida leve en un hombro. Los atacantes disparaban también sin cesar, por descargas cerradas y fueron haciendo fuego ininterrumpido



sobre la barraca. Pero les parecía que las balas no hacían blanco, y no sabían si los del interior eran muchos o pocos.

Con el alba cesó el fuego en la barraca. Los disparos de los asaltantes quedaron sin respuesta. El jefe les pidió a gritos que se rindieran; pero nadie respondió.

El oficial de policía temía que aquello fuera una treta de los «Hermanos del bosque».

—¡Se hacen los muertos! —gritó.

Estaba pálido a causa de la sangre perdida y de la noche en vela. Alto, huesudo, con una gran barba negra, recordaba en cierto modo a Kolesnikov. Pese a su revólver y su uniforme, tenía un aspecto muy pacífico.

—¡Tal vez tenga usted razón! —le respondió un joven subteniente, corpulento y flemático.

Pese a que el tiempo era frío, llevaba uniforme blanco de verano; el de paño era bastante caro, y no había querido estropearlo en aquella expedición nocturna.

—¿Qué hacer? —se preguntó en voz alta el oficial de policía—. Habrá que seguir disparando... Subteniente, ordene a los hombres que continúen disparando.

En aquel momento, un soldado se acercó al suboficial y le informó:

—Señor subteniente, Pavlenkov ha muerto.

—¡Canallas! —clamó el subteniente, indignado—. Vengaremos su muerte. ¡Os daremos una buena lección!

Los soldados lanzaron varias descargas. Del interior de la barraca no recibieron ninguna respuesta.

Entonces, los asaltantes se decidieron a entrar en la choza que les inspiraba tanto miedo.

Encontraron en ella cuatro hombres muertos.

—Probablemente los otros han logrado escapar aprovechando la oscuridad —dijo el oficial de policía, y soltó un juramento.

Uno de los cuatro, un campesino delgado, de labios finos, respiró todavía unos minutos; pero murió casi inmediatamente.

El oficial de la policía estaba fuera de sí, y dirigiéndose, lleno de ira, al subteniente, gritaba:

—¡Yo lo había previsto! ¡Ya le dije a usted que se iban a escapar! ¡Ya ve usted cómo tenía razón!

Y ordenó que sacaran los cadáveres al exterior.

Los muertos fueron depositados en el lugar donde se encontraba la hoguera apagada. El jefe de policía, inclinándose sobre ellos y sosteniendo con su mano el brazo herido, se puso a inspeccionar atentamente con sus ojos miopes. Aunque ya había bastante claridad y se veía bien, no era capaz de distinguir nada.

—¡Me lo temía! —balbuceaba—. ¡Yegulev no está entre ellos! ¡Ahora habrá que ir de nuevo en su persecución por todo el distrito! ¡Vaya una gracia!

—¿No es este Yegulev? —preguntó el subteniente, dando con el pie a uno de los

muertos.

—¿Cree usted? Espere, vamos a ver...

Era una tarea realmente difícil reconocer a Yegulev en aquel cadáver, que tenía el rostro deformado, los dientes rotos y una mejilla desgarrada. Pero había en él algo de hombre de ciudad distinguido, en sus ropas, y en sus manos finas, aunque sucias, que le hacía diferente a los demás.

—Si no ha logrado escapar, tiene que ser él —dijo el oficial de policía, dudando, sin embargo.

Los dientes de Yegulev asomaban a través de la mejilla desgarrada en un gesto que semejava una sonrisa. El oficial de policía prorrumpió en blasfemias:

—¿Te ríes, canalla? —gritó—. Ahora puedes reír todo lo que quieras.

Luego, volviéndose a sus hombres, ordenó:

—¡Que venga Egor! ¿Dónde está? ¿Está escondido ese canalla?

Egor se acercó tímidamente, sin atreverse a mirar a los difuntos.

—¿Dónde estabas escondido? —bramó el oficial—. ¿Tenías miedo, eh?...

—Es que los muertos me dan miedo.

—¡Sí! ¡Y, sin embargo, no lo tuviste para ser bandido! ¡Ya te voy a enseñar yo a ser bandolero!... ¿Cuál de estos es Yegulev?

Egor, rápidamente, como si se encontrara sumergido en agua fría, examinó los cadáveres e indicó con el dedo a Yegulev.

—¡Este!

—¡No es él!

—¡Pero si le he reconocido!

—¡Registradle! —ordenó el oficial de policía.

Se registró el cadáver, pero no se halló nada que acreditara que era verdaderamente Yegulev; tenía en los bolsillos una petaca de cuero usada, con un cigarrillo roto dentro, un viejo mapa del distrito y un trozo de venda. Estos objetos, lo mismo podían pertenecer a Yegulev que a cualquier otra persona. A unos doce pasos de la barraca se encontró un reloj de oro; pero si Yegulev había logrado escapar, lo habría tirado, quizá, o lo habría perdido.

El oficial de policía se dirigió a la ciudad a que le curaran. Los soldados se marcharon también, llevándose sus muertos y sus heridos. Los cuerpos de los «Hermanos del bosque» fueron conducidos, en camillas improvisadas, a la vecina aldea Kamenka, con la esperanza de que los campesinos ayudaran a su identificación.

En Kamenka esperaba otro oficial de policía, joven, robusto, que olía a perfume barato. Había allí también agentes de la autoridad, algunos empleados del Estado y numerosos curiosos. La muchedumbre se hacinaba alrededor de los cadáveres, como en el mercado.

A instancias del oficial de policía, amante de los efectos teatrales, los cuatro guerrilleros fueron atados a unos postes, en actitud beligerante: a cada uno se le colocó en la mano, no sin esfuerzo, un revólver descargado.

De lejos, producían auténticamente el efecto de bandidos vivos y terribles, sumidos en sus reflexiones, examinando la tierra bajo sus pies o disponiéndose a bailar: sus rodillas flaqueaban sin cesar, a pesar de los esfuerzos que hacían los guardias por mantenerlos en una postura erecta. Pero cuando se les miraba de cerca, el panorama era horrible; la muerte se mostraba en toda su abominación: las cabezas, demasiado pesadas para los cuellos, delgados y largos, caían, impotentes, sobre los pechos.

Tres días con sus correspondientes noches estuvieron los cuerpos en aquella posición, como custodiando la aldea y amenazando con sus revólveres descargados. Por la noche, a la luz vacilante de las hogueras, no había gran diferencia entre los muertos y los vivos; los policías que estaban allí de centinela no se atrevían a acercarse demasiado a los muertos.

No habían podido confirmar si aquel era Sascha Yegulev o no. Algunos campesinos afirmaban que era él; otros, por temor a las molestias de la policía, aseguraban que no lo era. Por otra parte, durante una de las noches en que los cadáveres estuvieron atados a los postes, se vieron fulgores rojos en el cielo, detrás del bosque. Al mismo tiempo, se difundió por Kamenka el rumor de que Sascha Yegulev, para vengar la muerte de sus camaradas, incendiaba nuevas propiedades.

Los campesinos de Kamenka se reunieron en la colina, sin gorras, descalzos, para contemplar el incendio lejano; por temor a la policía y a los cuatro cadáveres que, a poca distancia, parecían mirar también el incendio, hablaban en voz muy baja.

—¡Y se creían que ya lo habían pillado!

—¡A ese no se le atrapa tan pronto! Cuando creen tenerle en sus manos, prende fuego en otro lugar.

—Mira qué botas tan bonitas tiene ese bandido... Ya me gustaría que fueran mías.

—Pues quítaselas.

Todo el mundo rió.

—Quítaselas tú. Yo me conformo con las mías.

—Parece que la propiedad que arde es la de Polinov.

—No, no es la de Polinov. A esa no le ha llegado todavía el momento.

Uno de los campesinos dijo en alta voz, para que le oyera la policía:

—Son los mismos propietarios los que queman sus tierras para cobrar las primas de seguros, y luego achacan el incendio a los «Hermanos de los bosques». ¡A ellos sí que habría que echarles mano!

Del grupo silencioso de policías surgió una voz enfadada:

—¡Eh, tú, cállate! ¡Eres valiente cuando no te ven! ¡Ven a decirme eso de día, y te ganarás un buen estacazo!

—¡Gracias! ¡Guárdatelos para ti! —respondió el campesino.

Otro aldeano añadió, dirigiéndose al policía y provocando una carcajada general.

—¡Ten cuidado! ¡Yegulev va a disparar!

Todo el mundo miró los cadáveres. Bajo el resplandor fantástico que descendía

del cielo, parecía que los cuatro postes, con los cuerpos atados a ellos, se balanceaban levemente. Y Sascha Yegulev, mostrando sus dientes blancos a través de la mejilla desgarrada, tenía un rictus macabro.

Así, en el día y la hora establecidos por los que vivieron antes que él, llenando la tierra rusa de pecados, murió de un modo horrible y vergonzoso Sascha Pogodin, el noble y desgraciado adolescente.

## EPÍLOGO

**A**l día siguiente de la visita al gobernador, Helena Petrovna y Lina comenzaron a buscar otra casa.

Helena Petrovna cruzaba de una acera a otra, tranquilamente, y leía los anuncios en las ventanas.

Al fin su búsqueda concluyó en un edificio de tres pisos, situado en una de las arterias principales del centro de la ciudad; lo eligieron precisamente porque había allí siempre mucho ruido. La casa se hallaba en el primer piso; tres ventanas daban a la calle y las otras a un patio.

El piso era algo sombrío, pese a que no había visillos ni cortinajes; las ventanas exteriores eran las únicas que tenían cortinas, para que los transeúntes no pudieran ver el interior. En una habitación había una gran chimenea de mármol gris, que más parecía un lavabo. En suma: la vivienda tenía pretensiones de lujo.

Los primeros días, las dos mujeres se dedicaron a colocar los muebles, pero esta tarea dejó pronto de interesarlas y se desentendieron de la organización; dos meses después, la casa tenía el mismo aspecto que el primer día; en el vestíbulo seguían amontonados cajas y baúles; los portamantas no se habían deshecho; los trajes colgaban de los clavos dejados por los antiguos inquilinos. Había una caja de madera en el comedor, donde la criada colocaba la vajilla sucia durante la comida.

Helena Petrovna y Lina comían y tomaban el té en un extremo de la mesa, única zona que estaba cubierta por un mantel; el resto se diría reservado para Sascha. El samovar y el juego de té solían quedarse encima de la mesa todo el día. La criada se había vuelto perezosa, y se pasaba el tiempo en la calle, tan animada y bulliciosa.

Helena Petrovna no recibía visitas. Al principio, venían a verla algunas personas, pero como Helena Petrovna no recibía a nadie, pronto desistieron. Las dos mujeres vivían completamente aisladas del mundo, siempre vestidas de negro. Cuando terminaron las vacaciones escolares, a mediados de agosto, Lina no volvió al Liceo. Ni ella ni su madre hablaron de ello; pero se estableció un acuerdo tácito de que Lina no continuara sus estudios.

Durante aquel verano Lina creció tanto, que llegó a alcanzar en estatura a su madre; adelgazó tanto, que casi estaba desconocida. El parecido con su padre se desvaneció; sus rasgos se transformaron y se convirtió en la viva imagen de Helena Petrovna. Su cara había perdido la expresión de serena felicidad que, aun en los momentos de tristeza, tenía antes siempre; sus ojos se agrandaron y se tornaron brillantes, oscuros y profundos, envueltos en la negrura de los sufrimientos, como signo de tristeza y de pensamientos dolorosos. Los cabellos rubios que había heredado de su padre se oscurecieron y se volvieron casi negros; ya no se rizaban en bucles, sino que caían lacios sobre su espalda.

De vez en cuando, si el tiempo acompañaba, madre e hija salían a pasear en las horas tranquilas de la tarde. Recorrían los lugares que, en otros tiempos, Sascha

prefería.

Las dos de negro, Helena Petrovna, grave y silenciosa, con la arrogancia de una auténtica generala, caminaban lentamente por los barrios apartados, donde vivía la gente humilde. Lina proponía a veces a su madre que se pararan a descansar en la ribera del río, pero Helena Petrovna se negaba.

—Ya sabes —decía— que no me gusta sentarme en el suelo.

Encontraron en sus orillas un viejo banco sin respaldo que, indudablemente, había colocado allí un amante de la naturaleza. Se sentaban en él de vez en cuando, y contemplaban la corriente y los barquichuelos que navegaban por el agua. Al ver pasar algún vapor de viajeros, con las luces encendidas, a pesar de la claridad vespertina, Helena Petrovna comentaba:

—Algún día tenemos que dar un paseo por el río, Lina.

Lina miraba el barco y se decía: «¿Por qué no sé contestar ahora a mamá? Debería decirle que ese paseo promete ser muy interesante, que tenemos que hacerlo. Pero no digo nada. ¿Por qué?...».

Sin embargo, ambas mujeres salían muy de cuando en cuando de paseo. Pasaban los días y las noches entre las cuatro paredes de su casa, sin preocuparse de lo que sucedía detrás de las ventanas; allí, en la calle, las gentes andaban siempre apresuradas, corrían, hablaban, gritaban. Poco a poco Lina y su madre fueron acostumbrándose al ruido, como antes al silencio. Cuando llegó el otoño, con sus cambios bruscos de sol y de lluvia, Helena Petrovna exteriorizó una leve inquietud.

—Habrás que comprar un termómetro para saber el tiempo que hace —dijo a Lina.

—No es un termómetro, mamá, sino un barómetro —rectificó la muchacha.

—Sí, eso es, un barómetro.

A veces las dos se pasaban horas enteras deambulando por el comedor, que era la habitación más amplia de la casa: no se sentaban más que para comer o para tomar el té. Si la criada se olvidaba de encender la luz, paseaban en la oscuridad creciente, que iba dando a las cosas el tono fúnebre de sus vestidos negros, y así seguían hasta que ya no se veía nada. Pensaban en Sascha constantemente, pero apenas hablaban de él. Los pensamientos que sus mentes elaboraban, pero que sus labios no llegaban a verbalizar, les parecían, sin embargo, conversaciones en alta voz, hasta el punto de que Lina solía desechar las ideas demasiado dolorosas, por temor a que su madre las oyera. Helena Petrovna caminaba con paso lento, la mirada fija en el suelo, la cabeza inclinada, jugando mecánicamente con la cadena de oro de su reloj.

En cierta ocasión, como si continuara una conversación que estuvieran manteniendo, comentó a la joven:

—¿Te acuerdas, Lina? Yo, antes, siempre decía que Sascha no tenía talento.

—No, mamá, te engañas: era yo la que lo decía.

—No, querida, la que te engañas eres tú; yo era la que lo decía. Y ahora, ya ves qué talento tiene.

—Sí.

—¡Es un gran talento, muy grande! Naturalmente, un talento singular, masculino, que nosotras no comprenderemos jamás, Lina mía.

Madre e hija compartían la misma alcoba. Helena no supo nunca lo que Lina sufría durante la noche. El horror comenzaba en el momento en que se apagaba la luz. Lina sabía muy bien que su madre estaba despierta, que no podría dormir, pensando en Sascha, y que procuraría no moverse, para no perturbar su descanso. El silencio y la necesidad de aparentar que estaba dormida le resultaban intolerables. Este suplicio duraba largas horas. Cuando Helena Petrovna pensaba que Lina dormía, comenzaba a suspirar. Suspiraba lentamente, musitando palabras incomprensibles; a continuación, un silencio de muerte, que duraba algunos minutos, y aquellos minutos eran para Lina los más insoportables; no latía su corazón y esperaba angustiada que su madre volviera a suspirar. Helena Petrovna suspiraba y murmuraba de nuevo; luego, de pronto, se levantaba, en camión, y arreglaba en el vaso verde la lamparilla, que ardía mal. Lina, conteniendo la respiración, espiaba los movimientos, asustada, y cuando la madre volvía a la cama, escondía la cabeza debajo de la colcha. Crujían los muelles; la madre se había vuelto a acostar..., y se reanudaban los suspiros y los murmullos, semejantes al ruido que hace un ratón de noche en una casa dormida. A veces Lina oía una palabra y hasta una frase entera, intrascendente: —¡Qué lluvia, Dios mío, qué lluvia! Después, el silencio de nuevo, como si el ratón, espantado por la voz humana, se hubiera escapado.

Pero lo más terrible de todo para Lina era cuando su madre, convencida de que no la veía ni la oía nadie, se levantaba, se hincaba de rodillas y comenzaba a rezar en voz alta:

—¡Mi Sascha! ¡Mi hijo querido!

Todas sus oraciones comenzaban siempre con estas palabras; el resto era algo incomprensible, desatinado, frases de pesadilla que se negaba a comprender la razón humana. Lina sentía que su corazón se desgarraba. Presa de terror, metía la cabeza debajo de la almohada y temblaba con todo su cuerpo. Pero, aunque se tapara los oídos, seguía oyendo las plegarias que murmuraba su madre.

Helena Petrovna permanecía despierta hasta el amanecer. Por la mañana se levantaba, se ponía su vestido de seda negra, se peinaba, se dirigía al comedor, y, después de ponerse las gafas, comenzaba a leer el periódico.

El té lo servía Lina, triste, serena y bella en su negra indumentaria.

Aquel periódico, que leía todas las mañanas su madre, era también una tortura para la joven. Se levantaba siempre antes que Helena, y lo revisaba para ver si contenía alguna cosa que ella no debería leer.

Una mañana, al repasar el diario —esto era a fines del mes de julio—, Lina leyó una noticia, según la cual el célebre Sascha Yegulev había sido abatido la víspera, en una escaramuza con la policía. Hasta que entró su madre en el comedor, pasó momentos de un horror indecible. No fue, como tenía por costumbre todas las mañanas, a saludarla a la cama; la esperó, conteniendo los sollozos que desgarraban

su corazón, sentada a la mesa. Cuando Helena Petrovna entró, le tendió el periódico sin darle siquiera los buenos días.

Helena Petrovna miró a su hija, a continuación el diario; luego, con manos temblorosas, se puso apresuradamente las gafas, y, moviendo su cabeza cana, recorrió con la vista las líneas impresas, sin poder distinguir nada. Al fin encontró la noticia, la leyó, se quitó las gafas sin prisa, y fijó atentamente su mirada en Lina.

—No es nuestro Sascha... Serénate, no llores; ¡te digo que ese no es nuestro Sascha!

Pero Lina no conseguía ahogar el llanto. Cayó de rodillas ante su madre, ocultó su rostro en el vestido negro de la dama, y exclamó:

—¿Cómo puedes saberlo tú? ¡Oh, mi querida madre, yo no puedo más! ¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir!... ¿Por qué crees que no es él?...

Helena Petrovna lloraba en silencio, no por ella, sino por Lina, y trataba de calmarla.

—¡Serénate, hija mía! Ese no es nuestro Sascha. ¡Yo sé bien lo que me digo!

Lina se pasó el día entero llorando, sin creer en la corazonada de su madre. A la mañana siguiente, el periódico, milagrosamente, corroboró el veredicto de Helena Petrovna: el muerto no era Sascha Yegulev, sino otro.

Discurrieron de nuevo los días y las noches terribles que la memoria se negaba a retener, y que parecían malos sueños de angustia.

Hacia finales de agosto, los pensamientos de Helena Petrovna tomaron un nuevo derrotero. Mientras paseaba tranquilamente por la habitación, al lado de su hija, se detuvo un instante y posó los ojos en Lina; luego movió la cabeza y siguió andando, sumida en sus reflexiones. Al fin, dijo:

—¿Te has fijado, Lina, en que hace ya mucho tiempo que no se escribe nada sobre Sascha? ¡Tendrías que haberlo notado, hija mía!

Lina respondió tímidamente:

—No, mamá; los periódicos siguen diciendo cosas de él.

—¡Ah, Dios mío! Escriben tonterías. No hay que hacer caso. ¿Quieres que te diga lo que pienso?...

Y, en tono grave, con mucha dignidad, con una alegría a duras penas contenida, expuso:

—Yo creo, Lina... ¿No podría ser, Lina, que Sascha se hubiera embarcado para América?... ¡No, no; un momento, déjame terminar! ¡Sé muy bien que te gusta llevar la contraria! América es un país bastante bueno, y Sascha podría muy bien haberlo elegido para vivir en él. Recuerdo que me contaba siempre maravillas de aquel país. ¿No te acuerdas tú de eso?...

Durante algún tiempo no volvió a hablar de este asunto, probablemente molesta por las objeciones de Lina, o tal vez no muy segura aún de su propia idea.

Cuando, a finales de octubre, los periódicos anunciaron la muerte de Sascha Yegulev, Helena Petrovna acogió la noticia con la misma serena desconfianza, y hasta



consiguió inspirar su sentimiento a Lina durante algunas horas. Pero había algo inefablemente terrible en las letras negras del periódico... Y Lina, enferma de angustia y de incertidumbre, corrió a ver a Eugenia Egmont.

Mas la joven no tardó en volver a casa. Su mirada tenía un brillo extraño; el día, en suma, transcurrió como de costumbre. A la mañana siguiente salió de nuevo, y así los días sucesivos. Aparte de este hecho, se diría que nada había cambiado.

En cierta ocasión, Helena Petrovna experimentó un profundo desasosiego al oír el viento Norte, huracanado, que sacudía, furioso, las aldabas colgadas sobre las puertas de las casas; el día fue breve, triste y sombrío, y aunque no había nevado aún, había manchas blancas en los bordes de las aceras, en las fachadas y en los baches del pavimento. Durante toda la jornada, Helena Petrovna estuvo consultando el barómetro, quejándose de un frío terrible; por la noche, el viento rugía y azotaba las ventanas; Helena Petrovna empezó a rezar y a murmurar antes que de costumbre.

Pero el vendaval cesó, y llegó el nuevo día; Helena Petrovna recobró su tranquilidad, y estuvo paseando, al lado de Lina, por la habitación. Hacía mucho tiempo que nadie acudía a visitarlas; y, cuando, en medio del profundo silencio, sonó la campanilla en el vestíbulo, Helena Petrovna se estremeció; temblando, se puso las gafas y se volvió hacia la puerta. Lina se quedó inmóvil y silenciosa. Alguien estaba en el rellano.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Helena Petrovna—. ¡Tengo miedo!

Le costó trabajo reconocer a Eugenia Egmont en aquella muchacha alta y esbelta que se encontraba de pie ante ella, sollozando. Lina lloraba también.

Eugenia Egmont dio unos pasos; cayó de rodillas ante Helena Petrovna; ocultó su rostro, bañado en lágrimas, en las manos trémulas de la anciana, y gimió:

—¡Mamita mía! ¡Mamita mía!

Helena Petrovna, rechazándola y moviendo la cabeza, lanzó un alarido espantoso:

—¿Ha muerto Sascha? ¿Ha muerto Sascha?

—¡No, no! —respondieron Lina y Eugenia a la vez—. ¡Vive, está vivo!

—Pues si está vivo, ¿por qué lloráis? —les reprendió la madre casi con ira.

Y, estrechando entre sus manos los débiles y huesudos hombros de Eugenia, empezó a zarandearla sin compasión, gritando:

—¿Lo crees?... ¿Crees que haces bien, completamente bien? Di, ¿lo crees?

—¡Sí, mamita mía, lo creo! Soy su prometida. ¡Vengo a esperarle aquí contigo!...

Desde aquel día, tres mujeres vestidas de negro profanaban apenas con el frufrú de sus vestidos el silencio de las oscuras estancias. Se deslizaban suavemente, sin rozarse, y hablaban con voz dulce y cariñosa. Las tres esperaban: la madre, la hermana y la novia.

La tierra se cubrió de nieve. Las habitaciones se inundaron de luz; las dos jóvenes se encargaron de decorarlas, de colocar muebles, de colgar cortinas. Helena Petrovna las observaba con indiferencia.

Prepararon una habitación para Sascha.

Por la noche, las tres se sentaban juntas, hablaban de mil cosas y leían, sobre todo leían. Helena Petrovna estaba segura de que Sascha se había ido a América.

Todas las noches, después de ponerse las gafas —se las ponía hasta para escuchar—, decía:

—Vamos, Lina, léeme algo de América. ¿Tienes algún inconveniente, Eugenia? Es un país muy hermoso.

—Sí, mamá. Yo también leeré —respondía alegremente Eugenia—. Leeremos las dos, por turnos.

—¡Está bien! ¡Vamos, Lina, ahora te toca a ti!

Las dos jóvenes se turnaban en la lectura; mientras una leía, la otra salía de la habitación para llorar. Helena Petrovna se enjugaba los ojos bajo las gafas; luego las guardaba en el estuche, y comentaba, suspirando:

—Nuestro Sascha estará bien. América es una hermosa tierra, una hermosa tierra.



LEONID ANDRÉIEV (Orel, 1871 - Finlandia, 1919) nace el 9 de agosto en Orel, ciudad de la Rusia central de la que también eran oriundos sus maestros Turguéniev y Tolstói, en el seno de una familia de funcionarios. A los seis años aprendió a leer, y desde ese momento devoró todo cuanto caía en sus manos. Andréiev tuvo una juventud difícil desde el punto de vista material, que se vio agravada, además, por el alcoholismo de su padre.

Su primera colección de relatos vio la luz en 1901, y vendió un cuarto de millón de ejemplares en poco tiempo. Tras su publicación, fue aclamado como una nueva estrella en Rusia, donde su nombre pronto se hizo célebre.

Fuertemente influido por la filosofía pesimista de Nietzsche y Schopenhauer, la muerte, la incomunicación, la soledad del hombre contemporáneo, el miedo y la locura son los temas sobre los que se vertebra su excelsa y generosa creación literaria.

Idealista y rebelde, Andréiev vivió sus últimos años acosado por la penuria.